

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR  
FACULTAD DE CIENCIAS FILOSÓFICO – TEOLÓGICAS  
ESCUELA DE TEOLOGÍA**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN TEOLOGÍA**

**La religiosidad popular y la piedad popular como manifestaciones  
vivenciales del Evangelio de Cristo**

**AUTOR: Marco Vinicio Gualoto Sotalín**

**DIRECTOR: Dr. Fernando Barredo S.I.**

**Quito, 2014**

## **DEDICATORIA**

**Este trabajo es un sentido homenaje de gratitud a los pueblos latinoamericanos en los que se vive, con alegría y sencillez la religiosidad popular y la piedad popular como una expresión viva del amor a Dios y al prójimo.**

**A quienes, con su sabiduría, trabajo y empeño fortalecen la fe de las nuevas generaciones manteniendo con valentía sus tradiciones y costumbres, en un esfuerzo único por conservar la fe verdadera.**

**A mi mamá que, desde el cielo, espero mire complacida el presente trabajo y me consiga de Dios la fortaleza para seguir compartiendo con las comunidades la alegría de servir a Dios y transmitir su mensaje,**

## **AGRADECIMIENTOS**

**Gracias a Dios que, al darme la vida, me dio la oportunidad de experimentar la riqueza de fe que nuestras tradiciones y costumbres tienen en un esfuerzo por hacer realidad el amor en el mundo.**

**Gracias a quienes día a día se esfuerzan por educar, enseñar y vivir el mensaje de Cristo, en especial, a los maestros y maestras de la Facultad de Ciencias Filosófico-Teológicas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.**

**Gracias al P. Fernando Barredo S.I. Director de esta disertación por las correcciones, observaciones y palabras de aliento con las que acompañó el proceso de elaboración del presente documento y a todos mis maestras y maestros de la Facultad de Teología por su entrega a la labor educativa de los futuros presbíteros de la Iglesia.**

**Gracias a mi familia de sangre y a mi familia espiritual. Gracias a la familia Pazmiño Parra por su cariño y atenciones. Gracias a la comunidad de Alóag y a los grupos de apostolado por su trabajo y por sus oraciones.**

## RESUMEN

Desde que el ser humano es consciente de su dimensión religiosa, es decir, de su necesidad innata de relacionarse con el Absoluto ha creado diversas formas para manifestar su fe. La religiosidad y la piedad popular son algunas de estas formas, podríamos decir que son las más antiguas, por lo que estudiarlas es volver al primer encuentro del ser humano con Dios. En todas las religiones coexisten estas formas de expresión de la fe con el culto oficial. El Cristianismo no es la excepción, desde los inicios de nuestra fe, la religiosidad y la piedad populares han sido junto a la Liturgia los pilares donde se ha ido asentando la fe de nuestros pueblos.

Con el paso del tiempo y con una mejor comprensión del misterio cristiano la Iglesia ha ido paulatinamente afirmando la supremacía de la Liturgia sobre cualquier otra forma de expresión de la fe con el fin de garantizar la unidad de la Iglesia y la pureza del mensaje que se transmite en cada celebración. Esto ha creado ciertas dificultades en diversos momentos de la historia, dificultades que estamos llamados a superar para el bien del Pueblo de Dios que tiene en gran estima y como parte de su vida de fe, las diversas manifestaciones de religiosidad popular.

Para cumplir con este propósito debemos conocer de manera amplia, objetiva y profunda las diversas notas características tanto de la religiosidad popular como de la piedad popular, para valorarlas tanto por el aporte que dan a la vida de fe de las personas, como por su influencia en la actividad misionera de la Iglesia. El estudio de la religiosidad popular y de la piedad popular como los grandes tesoros de la fe de nuestros pueblos, nos ayudará a evitar prejuicios y acciones que por un afán puritano pueden terminar con esta riqueza cultural y cultural. El reto para la Iglesia de hoy es

iluminar con la luz del evangelio estas manifestaciones de fe y convertirlas en lugar de encuentro con Cristo y con la comunidad.

**PALABRAS CLAVE:** Religión, religiosidad, piedad, sincretismo, popular, liturgia, fe, comunidad, signo, evangelización.

## **ABSTRACT**

Since the human being is aware of its religious dimension, ie its innate need to interact with the Absolute has created various ways to express their faith. The Religiosity and the popular piety are some of these ways, we could say that they are the oldest, so study them is to return to the first encounter of man with God. In all religions coexist these forms of expression of faith with the official cult. The Christianity is no exception, from the beginnings of our faith, religiosity and popular piety have been, next to the Liturgy, the pillars where has been strengthening the faith of our people.

With the passage of time and with a better understanding of the Christian mystery the Church has gradually asserting the supremacy of the Liturgy over any other form of expression of faith in order to ensure the unity of the Church and the purity of the message transmitted in every celebration. This has created some difficulties at various times in history, difficulties are called to overcome for the good of the People of God that esteem and loves, as part of their faith, the various manifestations of popular religiosity.

In order to fulfill this purpose we must know of comprehensive, objective and profoundly characteristic features both popular religion and popular piety, to value them as much for the contribution they give to the life of faith of the people, as its influence on the activity missionary of the Church. The study of popular religiosity and popular piety as the great treasures of the faith of our people, help us to avoid prejudices and actions that by a puritanical zeal can end this cultic and cultural richness. The challenge for the Church today is to illuminate with the light the gospel

these manifestations of faith and make them a meeting with Christ and with the community.

**KEYWORDS:** Religion, religiosity, piety, syncretism, popular, liturgy, faith, community, sign, evangelization

## TABLA DE CONTENIDOS

RESUMEN.....	IV
ABSTRACT.....	VI
TABLA DE CONTENIDOS.....	VIII
INTRODUCCIÓN.....	1

### **CAPÍTULO I**

#### **NECESIDAD DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR**

1.1. Las dimensiones del ser humano y la religiosidad popular.....	6
1.1.1. Dimensión histórica.....	6
1.1.2. Dimensión ética.....	8
1.1.3. Dimensión cultural.....	10
1.1.4. Dimensión social.....	12
1.2. Definición y características de la religiosidad popular.....	14
1.2.1. Significado de religión.....	14
1.2.2. Definición de religiosidad popular.....	16
1.2.3. Características de la religiosidad popular.....	20
1.3. La religiosidad popular en América Latina.....	28
1.3.1. Las formas de religión en la América Latina pre cristiana.....	29
1.3.2. La primera evangelización.....	30
1.3.3. La importancia de la religiosidad popular en los pueblos Latinoamericanos.....	32

## **CAPÍTULO II**

### **NECESIDAD DE LA PIEDAD POPULAR**

2.1. Características de la piedad popular.....	44
2.1.1. Es una manifestación cultural.....	45
2.1.2. Carácter privado y comunitario.....	46
2.1.3. Es un espacio de encuentro con Jesucristo.....	48
2.1.4. La piedad popular y su emotividad.....	50
2.1.5. El carácter festivo de la piedad popular.....	52
2.1.6. La piedad popular y el primado de la Liturgia.....	53
2.2. La piedad popular en la vida de la Iglesia.....	54
2.2.1. Jesús y las primeras comunidades cristianas.....	55
2.2.2. La época antigua.....	57
2.2.3. La Edad Media.....	59
2.2.4. La Época Moderna.....	62
2.2.5. La Época Contemporánea.....	65
2.3. Principales manifestaciones de piedad popular en América Latina.....	67
2.3.1. Las fiestas patronales.....	69
2.3.2. El Rosario y el Viacrucis.....	73
2.3.3. Las danzas y los cánticos del folklore religioso.....	76
2.3.4. El cariño y la veneración a los santos y a los ángeles.....	79
2.3.5. La devoción mariana.....	81
2.3.6. Las devociones familiares.....	83
2.3.7. Las peregrinaciones.....	84

## **CAPITULO III**

### **EL EVANGELIO QUE CREEMOS Y ANUNCIAMOS**

3.1. El Dios que es amor y nos habla.....	88
---	----

3.2. Jesucristo, verdadero Dios, que se hace verdadero hombre para mostrarnos el amor del Padre. ....	93
3.3. El Espíritu Santo nos hace partícipes de la vida de gracia.....	97
3.4. La comunidad, lugar de encuentro con los demás y de vivencia del Evangelio.....	101
3.5. Las obras de misericordia, punto de encuentro de la humanidad interpelada por el amor de Dios.....	106
3.6. La vida de gracia en los sacramentos nos impulsa a una vida más humana y más cristiana.....	109
3.7. La devoción a María.....	113
3.8. La esperanza cristiana.....	116

#### **CAPÍTULO IV**

#### **HACIA UNA RELIGIOSIDAD Y PIEDAD POPULARES IMPREGNADAS DEL EVANGELIO**

4.1. La religiosidad y la piedad populares en la actualidad.....	120
4.2. La religiosidad y piedad popular en el Concilio Vaticano II.....	123
4.3. La religiosidad y piedad popular en el Documento de Aparecida.....	126
<b>SUGERENCIAS PASTORALES Y CONCLUSIONES.....</b>	<b>129</b>

### SIGLAS UTILIZADAS

<b>DA</b> = Documento Final de Aparecida.
<b>AG</b> = Decreto Conciliar Ad Gente del Concilio Vaticano II
<b>CCE</b> = Catecismo de la Iglesia Católica
<b>DPPL</b> = Directorio para la Piedad Popular y la Liturgia
<b>DV</b> = Constitución Dogmática Dei Verbum del Concilio Vaticano II
<b>EN</b> = EvangeliiNuntiandi
<b>FC</b> = FamiliarisConsortio
<b>GS</b> = Constitución Dogmática Gaudium et Spes del Concilio Vaticano II
<b>LG</b> = Constitución Dogmática Lumen Gentium del Concilio Vaticano II
<b>SC</b> = Constitución Dogmática SacrosanctumConcilium del Concilio Vaticano II

## INTRODUCCIÓN

Dentro del proceso de evangelización nos encontramos con la riqueza incalculable de la fe popular manifestada en la religiosidad y en la piedad popular. De hecho se podría decir que el camino de fe de muchos bautizados comienza en una experiencia de religiosidad o piedad popular: en la peregrinación a un santuario, en el rezo del santo Rosario, en el priostazgo de una fiesta, en la promesa que se hace a Dios o a la Virgen María, en las fiestas patronales de una parroquia o de un pueblo, en la pertenencia a una cofradía, etc. En cada una de estas actividades de devoción popular, con una adecuada formación y acompañamiento pastoral, se puede ir gestando el deseo de llegar a saciar la sed que se tiene de Dios en un compromiso más responsable.

En algún momento de nuestra vida hemos sentido la necesidad de establecer un contacto personal con Dios más allá de la participación y vivencia de las celebraciones litúrgicas. Hemos tenido la certeza de que el Espíritu Santo sigue inspirando nuevas y variadas formas de expresión de la fe. Cuando ocurre esto, estamos frente al fenómeno de la fe popular que se manifiesta en la religiosidad y en la piedad popular. El término popular, suena peyorativo, sino se lo comprende en su dimensión más profunda, es decir, como indicador de que algo nace y se desarrolla en el Pueblo de Dios, que es también el Cuerpo de Cristo.

La religiosidad y la piedad popular, por tanto, son espacios de encuentro con Cristo y con la comunidad. Pueden tener desviaciones, limitaciones e incluso malos entendidos pero al final son expresiones del esfuerzo que hace el ser humano por encontrarse con Dios, por hallar en Él el sentido de la vida. El hombre es un ser religioso, eso es parte de su esencia, y como tal se esfuerza día tras día por buscar y encontrar al ser que lo trasciende. En cada acto de fe o de piedad que el ser humano

realiza está inserto lo que los santos padres llamaban “las semillas del Verbo”<sup>1</sup>, es decir las improntas de la presencia de Cristo en el corazón de todo ser humano, aún cuando todavía no haya recibido el mensaje del Evangelio.

Estamos llamados, desde *Aparecida*<sup>2</sup>, a ser discípulos misioneros en el mundo de hoy, es decir, a mostrar con nuestras palabras y nuestra vida que conocemos lo que creemos y porque lo creemos lo anunciamos(DA 42, 2007). En este trabajo pastoral, que nos compromete a todos, fieles y consagrados, es necesario conocer, valorar y evangelizar todas las formas de religiosidad y piedad popular que tiene nuestro pueblo, para hacer de estas expresiones de fe, fortalezas que acompañen la pastoral de conversión y de misión.

El presente trabajo de disertación tiene como materia prima las experiencias pastorales que he vivido en algunas parroquias rurales de la Arquidiócesis de Quito, como seminarista y como sacerdote. Debo añadir las vivencias de fe en el seno de mi familia y de mi parroquia de origen. La religiosidad y la piedad popular durante mucho tiempo fueron los referentes de mi fe. Conforme pasó el tiempo y con los estudios filosóficos y teológicos comencé a mirar estas expresiones de fe con cierto recelo, pero con el firme propósito de tratar de encontrar en ellas la presencia misma del Dios-Amor que se hace presente también en estas expresiones culturales. A lo largo de estas páginas quiero mostrar desde la ciencia y desde el Magisterio de la Iglesia todo el aporte que puede dar una vivencia correcta de la piedad popular en nuestras comunidades y en la Iglesia Universal.

El papa Benedicto XVI y el papa Francisco han hecho un llamado a toda la Iglesia para redescubrir la riqueza espiritual de estas formas de expresión popular de la fe, las han recomendado como un camino de santidad y han propuesto los procesos necesarios para una purificación de cualquier exageración o vicio en el que

---

<sup>1</sup>El término es utilizado por primera ocasión por San Justino en el siglo II d.C. Es retomado y revitalizado por el Concilio Vaticano II, particularmente en el decreto *Ad Gentes*.

<sup>2</sup> *Aparecida* es el nombre con el que se conoce al Documento Conclusivo de la V Asamblea General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe realizada en la ciudad de Aparecida, en Brasil, en el año 2007.

puedan caer. Este llamado es para todos, por tanto, es deber de todos procurar informarnos ampliamente sobre las diversas dimensiones de la piedad popular, valorar su aporte en el camino de la evangelización y vivir con nuestras comunidades estas experiencias espirituales únicas e irrepetibles.

La presente disertación tiene cuatro capítulos. El primero se titula “La necesidad de la religiosidad popular”. El capítulo comienza con un estudio sobre cómo la religiosidad popular influye en todas las dimensiones del ser humano, luego se presenta una definición sintética de la religiosidad popular y las características que tiene esta manifestación de fe; termina el capítulo presentando una visión panorámica de la religiosidad popular en América Latina.

El segundo capítulo lleva por título “La necesidad de la piedad popular”. En él se analiza, en primer lugar, las características de la piedad popular, luego se hace un recorrido histórico en el que se expone la presencia de la piedad popular en la vida de la Iglesia; y, al final se presentan las principales manifestaciones de piedad popular en América Latina.

El evangelio que creemos y anunciamos es el título del capítulo tercero, en él se realiza un análisis del contenido de nuestra fe en relación con la religiosidad popular y la piedad popular. Y en el capítulo cuarto se exponen algunas conclusiones y recomendaciones para evangelizar y animar la vivencia de la fe y del mandamiento del amor en la religiosidad y piedad populares a la luz de los documentos del magisterio de la Iglesia.

Que el Espíritu Santo que inspira toda forma de oración y alabanza ayude a la Iglesia, en especial a sus ministros, a reconocer su acción en estas manifestaciones populares de fe y de amor al Padre en Jesucristo nuestro Señor.

## **CAPÍTULO I**

### **NECESIDAD DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR**

El ser humano es el ser que “piensa, quiere, ama, siente, obra y trabaja” (Gastaldi, 1995, pág. 79). Esta definición, nos permite comenzar este estudio a partir de la realidad del ser humano, considerado como una unidad psicocorpórea. Cada una de las actividades que realiza el ser humano requieren de la participación de los principios constitutivos que lo conforman: el alma y el cuerpo.

Por eso, el ser humano a diferencia de los demás seres animados, es el único que puede dar una orientación a los actos meramente físicos, es el único que puede buscar y encontrar una causa y una finalidad a lo que hace. Esto le permite utilizar a plenitud los dos principios básicos de todo acto humano: la conciencia y la voluntad.

Entre las actividades que realiza el ser humano están las que tienen que ver con el ámbito de lo espiritual, lo religioso o lo trascendente. Cuando el hombre busca la verdad, trasciende este mundo haciendo una verdadera experiencia religiosa, al hacerlo indaga sobre el origen y el sentido último de sí mismo, primero de una forma a priori y elemental y luego de un modo razonado y consciente: al comienzo motivado por el miedo y la duda y, más tarde, por la esperanza y la fe.

Estas actividades, realizadas por el ser humano desde tiempos muy antiguos, son: la consagración, la plegaria, la ofrenda, la lectura de textos sagrados, la construcción de lugares de culto, la elaboración de códigos éticos y las festividades culturales. Cada una de ellas constituye los caracteres más genuinos de la presencia y vivencia de la dimensión religiosa del ser humano. Conforme pasa el tiempo, estas actividades se van modificando en su forma externa, pero mantienen su anhelo más profundo: relacionarse con el Absoluto y con una realidad más allá de la muerte.

La presencia de la religiosidad en el hombre está marcada por el deseo de trascender, de superarse, de permanecer para siempre, y al mismo tiempo, por el anhelo de comunicarse con su creador, con el Absoluto, con aquel que sabe y siente que existe aunque no lo pueda ver.

Esta es la historia del hombre en su inquietante dimensión espiritual, la aventura del robo del fuego sagrado, la manzana comida del árbol del bien y del mal, el osado aldabonazo propinado a las puertas del Olimpo del que aparentemente fue expulsado en los tiempos primeros y al que siempre tercamente pretendió regresar (Navarro, Joaquín (Dir.), 2002)

A lo largo de los siglos la Iglesia ha valorado y declarado en su magisterio la importancia de esta dimensión religiosa original y el derecho que tiene todo ser humano a expresarla libre y conscientemente. En la declaración conciliar sobre la libertad religiosa, *Dignitatis Humanae*, en los numerales 1 y 2, el Concilio parte de la premisa fundamental de la antropología cristiana para defender el derecho de la persona a relacionarse con Dios, es decir, a tener una dimensión religiosa libre y consciente en su vida. Esta premisa es la conciencia de que la persona tiene dignidad por sí misma y que esa dignidad se manifiesta plenamente en el ejercicio responsable de su libertad, en especial, cuando se trata de los “bienes del espíritu humano, entre los que ocupa un lugar primordial la religión” (DH 1). Esta dimensión religiosa, entonces, es inherente al ser del hombre que desde que apareció en el mundo, busca diversos medios y mediaciones para entrar en relación con el Absoluto, con lo trascendente.

Las reflexiones realizadas por los grandes filósofos griegos y que luego se transformaron en fundamento del pensamiento cristiano son pruebas, del modo como Dios fue revelándose progresivamente al ser humano y como la Iglesia, de manera sabia y prudente, fue descubriendo la presencia y la acción de Espíritu Santo, en las semillas del verbo encontrados en las diversas formas de religiosidad de los distintos pueblos, civilizaciones y culturas.

La dimensión religiosa o trascendente, por su importancia y por el modo como influye en la vida de las personas da sentido al resto de las dimensiones que conforman al ser humano.

## **1.1. LAS DIMENSIONES DEL SER HUMANO Y LA RELIGIOSIDAD POPULAR**

El término dimensión alude a la propiedad metafísica, propia de un objeto. En el caso del ser humano encontramos las siguientes que, por el motivo de este trabajo, serán relacionadas con la dimensión religiosa.

### **1.1.1. Dimensión histórica**

El hombre es un ser en el mundo. Es un ser que es consciente de la realidad en que vive y de las posibilidades que tiene de mejorar, mantenerse estático o degradarse. Se puede afirmar que el hombre es un ser de posibilidades y esa es su historia como lo explicó el filósofo español Xavier Zubirí.

La historia es la transmisión tradente, dice X. Zubirí, en el sentido que recibe y entrega. Recibe todo el conjunto de información y conocimiento acumulado a lo largo de los siglos tanto a nivel individual como comunitario. Lo recibe como posibilidad para mejorarlo o empeorarlo. Al momento que una civilización o generación se extingue, esto que ha entregado a la nueva civilización o generación es a su vez, también entregado con las mejoras y degradaciones que puede haber tenido a la generación siguiente. Esta es la dinámica de la historia como transmisión tradente (Zubirí, 1998).

Entre las experiencias que transmite y entrega el ser humano, está la religiosa que conforme pasa el tiempo también se modifica. La importancia de la experiencia religiosa en la historia radica en la forma como ella influye en el modo de ver la vida, los acontecimientos, las circunstancias que cada civilización y generación experimenta. Como se dijo anteriormente el ser humano al recibir una posibilidad en la historia se encarga de modificarla, purificarla, pero también, en algunas ocasiones, de destruirla.

Esto es lo que ha pasado con la experiencia religiosa a lo largo de los siglos, todos los pueblos y culturas la han tenido como herencia ancestral, pero cada uno ha dado su aporte para la mejor comprensión del fenómeno religioso. La historia de la salvación, escrita en la Sagrada Escritura, es la manifestación de esta realidad cuando se la plantea como revelación progresiva. En esa historia cada generación que pasa comprende algo más de Dios y de la vida. No siempre esta nueva comprensión es aceptada, en algunas ocasiones también es rechazada.

Podemos afirmar entonces que el ser humano es un ser histórico porque es consciente de la realidad que recibe, su pasado; sabe que tiene posibilidades de modificar la realidad en la que está, es decir su presente; y conoce también lo que puede entregar a los que siguen, es decir la realidad futura.

En esta dinámica histórica de recibir, modificar y entregar, la experiencia religiosa ocupa un lugar privilegiado pues marca el ritmo de las nuevas formas de vivir y de existir que tiene el ser humano y las nuevas concepciones de Dios y de la sociedad que se van desarrollando en cada etapa con cada civilización y en cada generación que pasa.

De acuerdo con nuestra fe el momento cumbre de la comunicación entre el hombre y Dios se produce en el momento de la Encarnación del Verbo. En la vida de Jesucristo encontramos el modo definitivo de la relación de Dios con el hombre, expresada en las categorías de la paternidad y de la filiación. En Jesucristo, Dios se

presenta en la historia humana desvelando de “una vez por todas” su designio salvador definitivo (Hb. 7,27)<sup>3</sup>. Del hombre dependerá aceptar o rechazar al amor divino, manifestado en la presencia de Cristo entre nosotros.

Este designio universal de Dios para la salvación del género humano no se realiza solamente de un modo casi secreto en la mente de los hombres o por las iniciativas, incluso religiosas, con las que antes buscaban de muchas maneras a Dios, para ver si por casualidad lo descubren... Dios decidió entrar en la historia de los hombres de un modo definitivo para establecer la paz o comunión con Él y amenizar la sociedad futura entre los hombres. (AG 3)

### 1.1.2 Dimensión ética.

La palabra “ética” proviene del término griego “*ethos*” que significa costumbre, modo de vivir, el carácter o la forma de ser de un individuo o de una sociedad. También se entiende como norma, principio o precepto. La palabra “moral” proviene del latín “*mors*” y tiene la misma traducción que “*ethos*”. Tanto la ética como la moral se refieren al mismo objeto de estudio: los actos humanos y su valoración. La diferencia estriba en que la moral hace referencia a las costumbres en su nivel práctico y la ética a la reflexión filosófica que se puede hacer sobre dichas costumbres en su nivel teórico (Ferrater Mora, 1999, pág. 1142).

Al hablar de la dimensión ética del ser humano nos enfrentamos al problema filosófico acerca de la valoración que podemos dar a un acto humano para calificarlo como bueno o malo, entendiendo lo bueno como lo que fortalece a su dignidad como persona y lo malo aquello que lo degrada. Aparece, entonces, otro elemento de la dimensión ética, esto es, lo que debe y no debe hacer el hombre.

---

<sup>3</sup> Los textos bíblicos citados en este trabajo son tomadas de la Biblia del Peregrino. Ed. Mensajero. España. 1993

A lo largo de los siglos la ética ha buscado el principio último que permita al ser humano saber lo que debe hacer o lo que no debe hacer y, por tanto, evitar el relativismo moral. Es en esta búsqueda que aparece la religión como fundamento de la ética. La relación ética-religión se presenta en todas las manifestaciones religiosas que han aparecido desde que el hombre existe. Toda experiencia religiosa, de alguna manera, resuelve el tema de lo que debe hacer o no debe hacer el hombre al fundamentar las normas de comportamiento en una autoridad divina.

El acto religioso es el fenómeno originario por el cual el hombre encuentra fundamento para su vida y su quehacer en el mundo. El acto religioso tiene tres aspectos constitutivos en cuanto a su objeto: el mito, el rito y el ethos, es decir, las normas de vida conformes al mito o a la creencia que se tiene y permiten la convivencia. Un ejemplo de esta interacción entre mito, rito y ethos se puede encontrar en la Sagrada Escritura, en ella se nos indica que los códigos morales y rituales del pueblo judío van siempre en constante reciprocidad y concordancia, de modo que el transgredir una norma establecida por la ley de Moisés convertía al israelita no solo en infractor o reo sino también en impuro (Lev. 5,20-25).

El objetivo fundamental de la dimensión ética del ser humano es la defensa y el cuidado de la vida. Cada religión hace que el creyente valore la vida de distinta manera. Por ejemplo, el budismo plantea la creencia de la vida como un proceso por estados progresivos hacia la perfección absoluta o nirvana. El Islamismo, otra de las grandes religiones, plantea la idea de la vida como algo sagrado y sobre la plenitud de la dignidad de la persona, el Corán, su libro sagrado, reza “matar a una persona es como matar a toda la humanidad, excepto cuando se cumple la justicia” (citado en Navarro, Joaquín (Dir.), 2002, pág. 331).

Junto a la defensa y el cuidado de la vida, en la dimensión ética también se encuentra la vivencia de los valores como la justicia, la solidaridad, la paz, la responsabilidad etc. Todos estos valores tienen como principio fundante la experiencia religiosa. Sin embargo, esta experiencia religiosa, en no pocos casos, ha

sido utilizada como pretexto y justificación para matar, parece ser que en la mayoría de los casos por influencia de otros intereses (político, económico y otros) que han llegado a manipular la esencia de una verdadera experiencia religiosa.

En el Cristianismo y en sus diferentes manifestaciones de religiosidad y piedad popular, el aspecto ético debería ser fundamental porque creer implica asumir un compromiso de vida a favor de la justicia y la caridad, como nos recuerda Jesús, al criticar la religiosidad de los fariseos: “¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas! que pagan el diezmo de la menta y el anís y el comino, y descuidáis lo más grave de la ley, la justicia y la misericordia y la lealtad. Eso es lo que hay que observar, sin descuidar lo otro” (Mt. 23,23)

La dimensión ética del ser humano se presenta de forma positiva en dichos, refranes, decálogos, jaculatorias que son parte de la religiosidad popular, pues, por su fácil memorización se incorporan al acervo cultural de una persona o de una sociedad de modo espontáneo y adquieren solemnidad en el momento que forman parte de un acto de culto o simplemente en una experiencia religiosa popular.

### **1.1.3. Dimensión cultural**

Al igual que con la historia y la ética, la cultura ha tenido diversas definiciones a lo largo de los años. En el *Diccionario de filosofía* de J. Ferrater Mora encontramos algunas de estas definiciones. Los griegos relacionaban la cultura a la civilización y servía para diferenciara una persona cultivada de otra en estado natural. El filósofo M. Scheler afirma que cultura es humanización, referida tanto al proceso que nos hace hombres como al hecho de que los productos culturales queden humanizados. J. Ortega y Gasset compara la cultura con el movimiento de sobrevivencia que hace la persona que nada para no hundirse, esto para indicar, que solo la cultura puede salvar al hombre de su degradación. M. Bunge considera la cultura como un

subsistema social, igual al de la política o la economía; en este subsistema se considera las actividades culturales como actividades sociales, llevadas a cabo por individuos, unas veces solos pero la inmensa mayoría en relación y cooperación con otros (Ferrater Mora, 1999, págs. 762-765).

La Constitución *Gaudium et Spes*, en el número 53, construye una definición de cultura en los siguientes términos:

Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus múltiples cualidades espirituales y corporales; pretende someter a su dominio, por el conocimiento y el trabajo, el orbe mismo de la tierra; hace más humana la vida social, tanto la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, en sus obras expresa, comunica y conserva a lo largo de los siglos las grandes experiencias y aspiraciones espirituales para que sirvan de provecho a muchos, más aún a todo el género humano.

Una vez revisadas las definiciones de cultura se puede construir la relación entre ésta y la religiosidad popular. Los filósofos mencionados coinciden en afirmar que la cultura es la prueba, por excelencia, del estado de humanización de la persona, estado que le permite superarse día tras día, no solo material sino espiritualmente. Cuando se entra en el mundo espiritual, de los valores, de lo trascendente estamos en el universo de la religiosidad.

Si la cultura es la tabla de salvación del ser humano, como dice Ortega y Gasset, (citado en Ferrater Mora, 1999, pág. 763) se puede afirmar que la religión y sus manifestaciones son la tabla de salvación de la cultura. Esto porque de por sí, la cultura tiene como finalidad última satisfacer el deseo del hombre de permanecer, de trascender, de no perderse en el recuerdo de los siglos y para ello se esfuerza por construir, crear, inventar diversas expresiones en las cuales quede plasmada para la posteridad su inteligencia y su habilidad. “Entre algunas de estas expresiones se puede encontrar al arte, la ideología, la tecnología, las humanidades, la ciencia, la matemática, etc. y todas ellas forman la cultura” (Ferrater Mora, 1999, pág. 764).

Todas estas expresiones de la cultura, en un momento dado, han sido utilizadas para manifestar la fe de un pueblo o de una región o han tenido en ella su origen. Es cierto, que en muchos casos estas expresiones de la cultura han sido colocadas en contraposición con la experiencia religiosa pero ha sido más por la incomprensión y manipulación de algunas personas, que por una real contradicción.

La cultura y la religiosidad se unen para intentar responder a las grandes inquietudes del ser humano sobre su futuro y sobre su realidad. Pero también para responder a la gran pregunta acerca de Dios y de la eternidad. Si la cultura es el camino por el cual el ser humano contribuye a construir un mundo más bello y agradable al crear distintos modos para expresar lo que es capaz, no debe perder de vista que es también una oportunidad para elevar a la “familia humana a las más altas concepciones de la verdad, el bien, la belleza” (GS 57) que al final, nos remite a la Sabiduría eterna, es decir a Dios, de la cual la sabiduría humana es un pálido reflejo.

#### **1.1.4. Dimensión social.**

Todos sentimos la necesidad de relacionarnos y convivir con los demás. El hombre no está en el mundo para vivir aislado sino para ser parte de la familia humana. El problema original del “no es bueno que el hombre esté solo” (Gén. 2,18) del Génesis se concreta en la capacidad que tiene el ser humano de relacionarse y comunicarse con sus semejantes y por extensión con todo lo que le rodea. Por tanto, el hombre, es por naturaleza, un ser social, solo en casos excepcionales se aísla y vive en la soledad.

Pero no se trata solo de estar a lado o junto al otro sino de hacer vida con el otro, es decir, construir juntos en diálogo y tolerancia las estructuras de convivencia

social: la familia, el trabajo, la política, el estado, la sociedad, la iglesia, etc. De hecho todas y cada una de las cosas que hacemos en la vida nos refieren a los demás, a los que nos rodean. Todo lo que hacemos, incluso aquello más íntimo o personal, termina siendo en función de las otras personas. Por esto, se puede afirmar que, el desarrollo integral de la persona se mide en cuanto mejor se relaciona con los demás.

La sociabilidad es una capacidad y, al mismo tiempo, una necesidad de interacción afectiva con los semejantes, se expresa en la participación en grupos, y la vivencia de experiencias sociales. Dentro de estas, ocupa un lugar privilegiado la religión como forma de socialización orientada a una participación cultural, en una iglesia o grupo religioso, que le permitirá satisfacer su necesidad de compartir la experiencia religiosa personal con los demás, y también, de experimentar juntos el encuentro con Dios (Santillana Ediciones, 2006, págs. 91-92).

La familia, la sociedad civil y la Iglesia son los espacios en los que el ser humano aprende, vive y se realiza como persona experimentando plenamente esta dimensión social de la que estamos hablando. En cada una de estas estructuras sociales, el ser humano busca cubrir su necesidad básica de escuchar y de ser escuchado. En cada una de estas estructuras sociales la religiosidad forma parte inherente porque, en muchos casos, es esa experiencia religiosa, la que garantiza la credibilidad, la unidad, la identidad de una familia, de un grupo, de una cultura o de una nación y, en otras, es ella la que les da origen.

La experiencia religiosa hace que la familia y la sociedad, recuerden siempre su finalidad: que el ser humano se desarrolle como persona. Sin esta dimensión religiosa, la dimensión social queda vacía de sentido y de finalidad o al menos con la tentación de olvidar su objetivo primordial. Es necesario entonces, que la familia y la sociedad recuperen el sentido religioso de sus acciones para que recuerden su sentido último y su misión en la construcción de mujeres y hombres sociables.

## 1.2. DEFINICIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR

### 1.2.1. Significado de religión.

Antes de entrar a definir el término religiosidad, conviene recordar el significado de la palabra religión. Etimológicamente la palabra “religión” proviene del latín “*religare*”. Cicerón y Lactancio, dos pensadores antiguos, presentaron la posibilidad de que la palabra religión hiciera referencia a dos verbos distintos. Para Cicerón, religión proviene de “*relego-ere*”, verbo que significa releer o revisar; para Lactancio, la palabra religión se deriva del verbo latino *religare*, que significa ligar, amarrar o sujetar.

Los estudios lingüísticos posteriores establecieron que el verbo que estaba más justificado era *religare*. La siguiente cuestión fue esbozar algunas posibilidades de significados con respecto a la partícula “re” que antecede al verbo *ligare*, entre los posibles significados destacan al menos dos, por una parte, *religare* sería volver a unir, entendiendo la partícula “re” como “volver” y; por otra parte, *religare* podría significar también unir con intensidad, con fuerza, en este caso, la partícula “re” está utilizada para dar intensidad y fuerza al verbo *ligare* (Anders, 2001).

Tomando en cuenta estas disquisiciones lingüísticas, se puede ahora revisar la definición real de la palabra religión. El diccionario filosófico de J. Ferrater Mora nos indica que el término religión, entendido como unir o ligar, presenta tres aristas: primero, se refiere a la relación de subordinación del hombre como creatura frente a Dios como su creador, relación cimentada en los sentimientos de temor y

fascinación; segundo, se refiere a la relación hombre-Dios como la búsqueda de los valores más estimados y supremos como los de la santidad, y; tercero, como un reconocimiento racional de una relación esencial entre el hombre y el Absoluto (Ferrater Mora, 1999, págs. 3062-3064).

Al unir estas tres consideraciones podemos afirmar entonces que, en su sentido más amplio, la religión es la relación primordial del hombre con la divinidad, relación que se basa en tres elementos fundamentales: un conjunto de creencias reveladas por la divinidad o intuitas por un iluminado; un sistema cultural con ritos, ceremonias y palabras sagradas; una comunidad de creyentes que comparten una misma fe, suelen construir templos como lugares para el culto y la formación; y, un código moral que orienta, de manera obligatoria, el comportamiento de los creyentes.

Finalmente, en la Sagrada Escritura el término religión es considerado como sinónimo de justicia, en el sentido bíblico de esta expresión, es decir, “como un atributo de Dios que obra como se espera de Él” (Haag, 1987, pág. 1055) y como sinónimo de la misericordiosa caridad de Dios que manifiesta su amor en su obra salvífica en favor del hombre. El apóstol Santiago en su Carta explica este tema indicando que “una religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre consiste en cuidar de huérfanos y viudas en su necesidad y en no dejarse contaminar con el mundo” (Stgo. 1, 27). En el Antiguo Testamento encontramos este sentido de justicia relacionado con la religión. Se considera a la práctica de la justicia con Dios y con los más necesitados (Is. 63,16; Sir. 23, 1.4; Sáb. 2,16) como la garantía de una religiosidad verdadera.

### **1.2.2. Definición de religiosidad popular**

Fácilmente en la práctica pastoral e incluso en la reflexión teológica se cae en la tentación de considerar a los términos “religiosidad popular” y “piedad popular”

como sinónimos, pero no lo son. El *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, escrito por la Pontificia Congregación para el Culto Divino y los Sacramentos, con el fin de aclarar la terminología, realiza en su primera parte una definición básica de los términos utilizados al hablar de religiosidad popular. El documento citado, con respecto a la religiosidad popular afirma en el número 9:

La realidad indicada con la palabra religiosidad popular, se refiere a una experiencia universal: en el corazón de toda persona, como en la cultura de todo pueblo y en sus manifestaciones colectivas, está siempre presente una dimensión religiosa

De esta definición podemos destacar dos elementos constitutivos de la religiosidad popular, por una parte, ésta es considerada como parte de la cultura de un pueblo, en cuanto que los actos que realizan las personas, aunque nacen en su corazón se manifiestan de modo colectivo en las distintas expresiones de fe. Por otra, la religiosidad popular es experiencia universal de contacto con la trascendencia, con la divinidad, pues, en cualquier momento de la vida el hombre asume la necesidad de encontrarse con Dios y busca satisfacerla.

En el discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe S.S. Benedicto XVI definió a la religiosidad popular como “el alma de los pueblos latinoamericanos”(DA 258). Al afirmar esto el Santo Padre reconocía la dignidad y el respeto que se debe dar a esta manifestación cultural de la fe de los pueblos, particularmente, de los de nuestro continente. Decir que la religiosidad popular es el alma de los pueblos es recordar que ella es el comienzo de una relación plena con Dios que llegará en el momento en que se acepte la verdad revelada y se viva el misterio del amor de Dios en el amor de la gran familia humana. La búsqueda de Dios comienza con el reconocimiento de que el ser humano necesita del Otro para encontrar sentido pleno a los principios básicos de la vida, el amor, la paz, la justicia y la verdad.

Como ya se dijo en el primer título de este capítulo, al hablar de las dimensiones del ser humano, la dimensión religiosa es la más profunda de las que conforman la persona porque ella lleva al ser humano a recordar, reflexionar y vivir su realidad más fundante, esto es, su relación con el totalmente Otro, el ser trascendente, la divinidad. La religiosidad que tiene cada persona y cada pueblo tiene sus propios lenguajes y maneras de expresión que van más en la línea de lo simbólico e intuitivo antes que de lo racional. Con el término religiosidad, entonces se entiende, las diferentes manifestaciones religiosas que tiene un pueblo a partir de la religión que profesa y de los símbolos que utiliza

Como se hace hincapié en que la religiosidad nace y se desarrolla en un pueblo, se debe considerar, al momento de estudiarla, los elementos que constituyen un pueblo y las circunstancias en las que este pueblo vive y cree. Podemos hablar de su geografía, historia, economía, política, clima, ciencia, etc., porque cada uno de ellos hace que la religiosidad tenga su perfil propio en cada pueblo

La religiosidad popular es la forma como un pueblo anuncia su fe, según su idiosincrasia cultural. El adjetivo popular que se le ha añadido al término religiosidad, puede tener algunos significados, como menciona A. Gómez, en su artículo Religiosidad Popular, publicado en el Dossier de Religiosidad popular y santuarios. Lo primero que destaca este autor es el hecho de que, para definir el adjetivo popular debemos siempre considerar la definición de pueblo, pues ambos se corresponden.

Dentro de los significados del adjetivo popular, siguiendo al mismo autor, en referencia a la religiosidad, podemos encontrar los siguientes: (Gómez, 1995, págs. 28-30):

1. Lo popular contrapuesto a lo oficialmente establecido en cuanto a la expresión religiosa. En un momento de la historia en la comunidad de fe se produce una escisión con respecto a los integrantes de la misma. Esta ruptura es causada por la acentuación de las diferencias entre los que dirigen el culto o la liturgia y quienes

participan de ella. Poco a poco esta participación en el culto oficial va menguando conforme se va acrecentando el número de creyentes hasta llegar, incluso, a convertirse en meros espectadores de una función cultural. Esto hace que los fieles busquen otras formas, no oficiales, para expresar su fe. Estas expresiones van a estar de acuerdo al acervo cultural y a la idiosincrasia de cada pueblo o región.

2. Lo popular contrapuesto a lo ilustrado. Lo popular se entiende como lo sencillo, lo básico, lo que todavía no ha tenido una profundización racional que lo lleve a un nivel teológico o doctrinal. Esta forma de ver la religiosidad podría negar o, al menos, desvalorizar la gran riqueza doctrinal que encontramos en las diversas manifestaciones de fe de nuestros pueblos presentadas de modo intuitivo pero con un gran sentido de la fe en Dios y en lo trascendente. Lo que la Iglesia llamará el *sensus fidei*.

3. Lo popular contrapuesto a lo dominante. En este caso se quiere colocar la religiosidad popular como una forma de rebeldía frente a lo que la clase dominante, dentro de una comunidad de fe impone. En el caso de la Iglesia Católica contrapone al pueblo contra la jerarquía. Esta idea fue una de las que más caló en un momento de la historia de los pueblos latinoamericanos, a propósito de la llamada Teología de la liberación. Desde la década de los 80 la Iglesia comenzó a explicar de manera oficial los peligros de una determinada comprensión de la Teología de la Liberación. El cardenal Ratzinger cuando se desempeñaba como Prefecto de la Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe (1981 a 2005), escribe en la *Instrucción sobre algunos aspectos de la "Teología de la liberación"* sobre los peligros de una comprensión equivocada de los conceptos de esta forma de reflexión teológica

La puesta en duda de la estructura jerárquica y sacramental de la Iglesia; la denuncia contra la jerarquía y el Magisterio como representantes objetivos de la clase dominante; consideración del pueblo como fuente de los ministerios y elección de ministros conforme a las "necesidades de su misión histórica revolucionaria" (Congregación de la Doctrina de la Fe, 1984)

La teología de la liberación mal entendida, dice el documento de la Congregación, desacredita apriorísticamente a la jerarquía, y muy especialmente al Magisterio, a los que se les presenta como pertenecientes a la clase de los opresores

4. Lo popular relacionado con el Pueblo de Dios. A partir del Concilio Vaticano II se plantea la idea de Pueblo de Dios para referirse a la Iglesia en general y a los fieles laicos en particular. Dentro de esta corriente la religiosidad popular es parte de la fe de la Iglesia que hay que acompañar, valorar y, cuando es necesario, purificar como lo recuerdan los documentos del Magisterio de la Iglesia, en especial los de la Iglesia latinoamericana.

A partir de estas consideraciones acerca de lo que es religiosidad y de lo que se entiende por popular se puede definir a la religiosidad popular como la experiencia religiosa vivida por un pueblo en el seno de su misma cultura. Podría decirse que la religiosidad es la primera etapa de la inculturación del mensaje religioso.

En el caso del Cristianismo, el Concilio Vaticano II en su Constitución Dogmática *Lumen Gentium* menciona esta dinámica de inculturación del mensaje religioso al decir:

Por eso, la Iglesia o Pueblo de Dios, al hacer presente el Reino, no quita ningún bien temporal a ningún pueblo. Al contrario, ella favorece y asume las cualidades, las riquezas y las costumbres de los pueblos, en la medida en que son buenas, y al asumirlas, las purifica, las desarrolla y las enaltece (LG 13).

Este hecho de inculturación no necesariamente resulta ventajoso, pues siempre hay la posibilidad de llevar estas manifestaciones de fe sencilla a la superstición, como se explicará en los capítulos siguientes. La superstición, resulta entonces, la respuesta a una de las preguntas más urgentes que se hace la persona: saber lo que le espera en el futuro, ¿qué va a ser de él?

### 1.2.3. CARACTERÍSTICAS DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Dentro de las muchas características que puede tener la religiosidad popular, las que siguen nos parecen primordiales para el presente estudio:

1. Es intuitiva: la intuición, según el diccionario de la RAE, vigésima segunda edición, es la “percepción clara e inmediata de una idea o situación, sin necesidad de razonamiento lógico” (2001). La religiosidad popular tiene esta característica porque es parte de la esencia misma del ser humano, aparece con él. El sentido religioso es fruto de un proceso de maduración de la conciencia del hombre que parte desde su misma aparición en el mundo. Desde ese momento el hombre se ha hecho tres interrogantes fundamentales, como nos recuerda la Constitución *Gaudium et Spes* en el número 10, que son: ¿Cuál es el significado de la vida? ¿Cuál es el sentido de su actividad? ¿Cuál es el sentido de su muerte? Frente a estas preguntas el hombre ha buscado y busca respuestas de distintas maneras porque siente, en el fondo de su corazón, que las respuestas que ha encontrado hasta ahora no son suficientes. Por eso al final de esta búsqueda, la conclusión a la que llega, sea personal o comunitariamente, es que solo en Dios puede hallar el sentido último a su vida, solo en Él puede sentir la satisfacción de llegar a sentirse seguro porque se siente amado y porque solo Él es el fin último del hombre. San Pablo, en su predicación a los atenienses del areópago recuerda este proceso al decirnos que “Dios definió las etapas de la historia y las fronteras de los países. Hizo que buscaran a Dios y que lo encontraran aun a tientas. Pues no está lejos de ninguno de nosotros, ya que en el vivimos, nos movemos y existimos” (Hech. 17,27).

En la religiosidad popular esta intuición se manifiesta de modo pleno, cuando el ser humano, solo o en colectividad, siente la presencia de Dios y su amor misericordioso en la creación, en la oración y en el encuentro con la naturaleza y con los demás sin la necesidad de un razonamiento filosófico o, incluso, teológico sistemático. Es la teología popular que elabora, desde la experiencia natural de Dios, sus principios religiosos y morales.

El DPPL, en el número 10, en la definición que hace sobre la religiosidad popular, plantea este tema al decir que la religiosidad popular es una experiencia universal porque en el corazón de toda persona y en la cultura de todo pueblo está siempre presente directa o indirectamente la dimensión religiosa.

En la religiosidad popular, como lo advierte el mismo documento, por su carácter intuitivo y universal no necesariamente podemos encontrar una relación directa con la revelación cristiana pero, en no pocos casos, se puede descubrir una convivencia, más o menos armónica, entre el sentido religioso natural de la vida, la cultura propia de un pueblo y la revelación cristiana.

Al hablar del carácter intuitivo de la religiosidad popular el autor A. Gómez en su artículo "Religiosidad popular", indica que este debe entenderse, como el esfuerzo del pueblo por buscar formas más sencillas y directas de relación con la divinidad que le permitan acceder a los grandes misterios de la fe en su propio lenguaje, símbolos e incluso categorías (Gómez, 1995, pág. 31).

2. Es simbólica: El hombre es un ser que se deleita en el uso de los símbolos y de los signos para transmitir sus emociones, sus ideas y, también, sus creencias. Desde el lenguaje hasta las distintas formas de expresión cultural se utilizan los signos como el idioma universal para transmitir ideas y compartir conocimientos. En la religiosidad popular el uso del símbolo es vital para garantizar la perpetuidad y continuidad de esta forma de expresión de la fe.

El símbolo, según el diccionario de la RAE (2001) es “una imagen, figura, etc. con que se representa un concepto moral o intelectual, por analogía o por convención”. Con frecuencia se usa como sinónimos signo y símbolo pero, la diferencia radica en que el primero se caracteriza por ser convencional y por su función comunicativa, el símbolo, en cambio tiene una función representativa perceptible de una realidad.

La religión, como hemos indicado anteriormente, es la necesidad del ser humano de buscar lo que está más allá de sí mismo, lo que lo trasciende. En este sentido necesita de los símbolos porque ellos son “signos representativos de realidades no accesibles por medio de la razón teórica”, según el diccionario filosófico de Ferrater Mora (1999, pág. 3282). En el citado diccionario encontramos algunas clasificaciones, entre ellas, destaca la de Wilbur Urban que indica que los símbolos pueden ser extrínsecos, intrínsecos y penetrativos. Según este autor, los símbolos religiosos son de tipo intrínseco o descriptivo, es decir, que son de alguna manera, internos a la cosa simbolizada.

El símbolo es una necesidad constante de la naturaleza humana que une al alma con el cuerpo, que permite pasar de una realidad a la otra. Los símbolos religiosos en este aspecto mantienen una dualidad material y espiritual, donde una realidad concreta lleva a una verdad escondida o espiritual. En todas las religiones los símbolos constituyen uno de sus principales elementos, nacidos en la aceptación convencional de su significado, llegan a convertirse en baluarte de identificación y valoración de tal o cual credo. En el Cristianismo, por ejemplo, la cruz es símbolo de vida y de amor para quienes creen, mientras que, para que quienes no confiesan el mismo credo es signo de muerte y de derrota; y, para que quienes no creen carece de significado.

El símbolo requiere, entonces, nacer en una comunidad, ser aceptado y ser utilizado permanentemente. En una religión podemos encontrar símbolos oficiales, los que caracterizan a un credo, pero también encontramos símbolos nacidos de la fe

popular. Estos símbolos religiosos han sido consecuencia de una ampliación y reasignación de significados de símbolos oficiales o creación de nuevos símbolos a partir de las nuevas experiencias de fe de los fieles (Ferrater Mora, 1999, pág. 3283).

En el libro *Fundamentos de Semiótica y Lingüística* de Víctor Niño(2007, págs. 12-13), se encuentra la siguiente definición sobre el símbolo:

Los símbolos, en general, son lo que permiten la cognición y la designación de las cosas, de las cuales es posible hacer referencia en la comunicación, aún siendo ellas entes abstractos o seres físicamente ausentes. Son la forma de representación de todo lo que se produce en el pensamiento, bien sea como aprehensión del mundo exterior, producto de fantasía o creación cultural, o bien sea una elaboración en términos de la construcción del conocimiento, de organización afectiva, volitiva o de interacción social.

La religiosidad popular, en su carácter simbólico, responde a esta definición de símbolo, porque los símbolos religiosos que utiliza son un intento de aprehensión del mundo espiritual aunque, en muchos casos, también son fruto de la fantasía y la imaginación. Por otra parte el símbolo religioso se construye en el transcurso de la historia de un pueblo o de una región como producto de la interacción social.

3. Es imaginativa. La imaginación es la capacidad que tiene la mente humana para representar en el pensamiento las imágenes de cosas o hechos reales o ideales. Esta capacidad utiliza el material que la percepción ha grabado en la memoria humana y lo manipula para la creación de nuevas ideas. Es tal el poder de la imaginación que podemos “ver sin ver”, es decir, hacer que lo que todavía no es, lo que está lejos o lo que está fuera de nuestro alcance cognitivo o perceptivo, se haga presente en nuestra mente.

Lo más importante de esta facultad mental es el aspecto creativo de la misma. Podemos imaginar e inventar sin límite alguno, sabiendo que no tiene por qué ser algo real. Aquí radica uno de los más grandes legados del género humano: el arte.

La imagen inventada se crea en la mente y luego, si es factible, se elabora en la realidad.

En el ámbito religioso debemos decir que el papel de la imaginación es realmente importante, aunque fácilmente mal interpretado. Esto último porque, algunos pensadores, a propósito de esta capacidad del ser humano, afirman sin ningún desenfado que, Dios, la religión, el mundo espiritual son simples creaciones de la mente del ser humano, es decir, de su imaginación. Sin embargo, la religión no es solo imaginación, sino sobre todo, es vivencia, experiencia mística.

Un anhelo de la religiosidad popular es que las relaciones con lo divino sean más sencillas. La imaginación y la creatividad fomentan este deseo. En cada costumbre, tradición, mito, leyenda, símbolo, etc., que utiliza la religiosidad popular el hombre se esfuerza porque lo misterioso, lo sagrado, lo lejano, lo trascendente se hagan más cercanos.

Hay un gran riesgo en este tema porque fácilmente esa creatividad e imaginación pueden confundirse con lo mágico, lo fanático y lo supersticioso. Y en la religiosidad popular encontramos, en la práctica, mucho de esto último. Las prácticas religiosas populares llevan, a veces de manera directa y otras de manera velada, el sello de lo mágico y lo supersticioso, que atenta contra el deseo más puro de la religiosidad popular.

4. Es mística.- El diccionario de la RAE (2001) nos presenta tres acepciones al término místico:

Es el estado de la persona que se dedica mucho a Dios o a las cosas espirituales, también es el estado extraordinario de perfección religiosa, que consiste esencialmente en cierta unión inefable del alma con Dios por el amor, y va acompañado accidentalmente de éxtasis y revelaciones; y, finalmente, es la doctrina religiosa y filosófica que enseña la comunicación inmediata y directa entre el hombre y la divinidad, en la visión intuitiva o en el éxtasis.

En la práctica de la religiosidad popular encontramos algunos elementos de estas definiciones. Primero al hablar de que la religiosidad popular es mística se está indicando que, el fiel que vive las prácticas religiosas popular lo hace como respuesta a su necesidad de encontrarse con Dios de manera directa. En algunos casos, pretende hacerlo sin la mediación clerical, cuando esta se convierte en un obstáculo para su conectividad con Dios.

Todas las religiones tienen en su haber la experiencia mística como parte constitutiva de su fe. En el caso del Cristianismo, la mística dio origen a una verdadera corriente artística en todas sus ramas. En el caso de la Literatura, por ejemplo, surgieron en el siglo de oro español grandes maestros y maestras de la experiencia mística.

Pero esto, que podríamos considerar como mística oficial, con el pasar de los años se trasladó también a los fieles en general, en forma de una especie de mística comunitaria. Sin embargo, es necesario, estar atento a las desviaciones que la llamada mística ha suscitado entre las expresiones de fe popular. Algunas de estas desviaciones pueden ser: visiones, médiums, oráculos, profecías, etc. que aunque pretenden justificar su origen en una verdadera experiencia religiosa, fácilmente pueden transformarse en engaños y fraudes.

5. Es festiva. El diccionario de la RAE (2001) nos trae algunas definiciones para el término fiesta. Algunas de estas definiciones son:

Solemnidad civil o religiosa en conmemoración de algún acontecimiento o fecha especial, y día en que se celebra; actividades culturales y diversiones que se celebran en una localidad en unos días determinados; solemnidad con que se celebra la memoria de un santo; diversión o regocijo; regocijo dispuesto para que el pueblo se recree; y, reunión de gente para celebrar algún suceso, o simplemente para divertirse.

En estas definiciones confluyen dos elementos fundamentales que caracterizan a la fiesta, por una parte el recuerdo de un acontecimiento en la historia de un pueblo y por otra los sentimientos de alegría y regocijo.

Es posible que la fiesta sea el elemento más antiguo que caracteriza a un pueblo o cultura. Se conoce que las religiones más antiguas tenían el elemento festivo como parte constitutiva de su experiencia religiosa. Y es que, en términos generales, el encuentro con la divinidad suscita, de por sí, el deseo de festejar y alegrarse por el encuentro con la divinidad.

A lo largo de la historia las fiestas religiosas han ido marcando el paso del tiempo, pues siempre estaban en relación con el ciclo de siembra y cosecha. En nuestro país, por ejemplo, se conoce que antes de la llegada de la fe, las fiestas religiosas marcaban el transcurso de las estaciones y de la vida de las personas. Más tarde, con la llegada de la fe a estos pueblos, las fiestas religiosas pre-cristianas se integraron a las fiestas cristianas y ambas aportaron para la construcción de una religiosidad popular con algunos rasgos de sincretismo religioso.

Anteriormente se había indicado que la fiesta necesitaba acudir a la memoria para encontrar el motivo por el que se realiza el festejo, porque “en la fiesta religiosa los cultos se viven como en los tiempos originarios, cuando el fenómeno cultural se dio por primera vez” (Moya, 1995, pág. 22). La religiosidad popular procura mantener el sentido original y creativo de la fiesta. En las fiestas populares encontramos elementos originarios que en la fiesta oficial o litúrgica se van perdiendo en beneficio de una comprensión más racional del hecho religioso.

Entre los elementos propios de las fiestas religiosas populares, sobre todo, en nuestras culturas indígenas, encontramos las coplas, los poemas, los cantos, la danza, el disfraz, el priostazgo, entre otros. Cada uno de estos elementos culturales refleja la memoria de un pueblo y expresan la alegría de la fiesta.

6. Es comunitaria. En la definición que nos presenta el DPPL, numeral 10, encontramos mencionada la característica comunitaria de la religiosidad popular cuando dice que todo pueblo “tiende a expresar su visión total de la trascendencia y su concepción de la naturaleza, de la sociedad y de la historia, a través de mediaciones culturales, en una síntesis característica, de gran significado humano y espiritual”

Se deduce de esta definición, entonces, que la religiosidad popular nace en un pueblo, en una comunidad, en la relación con los demás. A diferencia de la piedad popular, que es más de carácter privado y personal, la religiosidad popular da importancia al aspecto comunitario, porque sus costumbres, ritos y demás manifestaciones culturales deben ser aceptados por la comunidad para poder sobrevivir al paso del tiempo.

De hecho, muchas manifestaciones de la religiosidad popular de nuestros pueblos, se han ido perdiendo, porque se ha perdido el sentido de identidad y pertenencia a un pueblo o cultura. Es el caso de las parroquias urbanas o de ciudad a las que llegan personas de diferentes lugares del país y al no sentirse en comunidad optan por perder sus tradiciones religiosas y adaptarse a las nuevas formas de expresión de la fe. Lo contrario, ocurre en las parroquias de campo, en donde todavía se conserva la familiaridad y el sentido de pertenencia e identidad a un pueblo y por tanto, se mantiene la responsabilidad de cuidar y transmitir las costumbres y ritos propios de su pueblo o cultura a las futuras generaciones.

Otro aspecto de este carácter comunitario de la religiosidad popular es el que se refiere al compromiso social y fraterno en un pueblo o cultura. La minga, que en quichua quiere decir, trabajo en común para todos, es otra de las manifestaciones de la religiosidad popular. Los grandes templos y los grandes monumentos religiosos se logran construir con el trabajo mancomunado de quienes creen y confiesan una misma fe. Pero no solo eso, sino la misma fiesta religiosa es una de las presentaciones de la minga. Para la fiesta popular todos los integrantes de la

comunidad se comprometen en el trabajo de organizar, colaborar, ejecutar y disfrutar de la fiesta religiosa. Esto ha hecho que ni la crisis económica ni los cambios socio-culturales, sean un obstáculo para mantener la fiesta popular religiosa con sus costumbres, ritos y manifestaciones, en muchos casos ancestrales.

Un estudio realizado sobre la fiesta religiosa indígena en nuestro país nos revela este carácter comunitario de la religiosidad popular:

La fiesta en sí implica una serie de actividades que involucran a todas las autoridades formales y tradicionales de la comunidad y a los miembros de la comunidad en conjunto... Toda la comunidad está en movimiento. Aquí se activan las relaciones entre padres e hijos, entre parientes colaterales, entre los afines, entre los rituales –padrinos y ahijados-. Aquí se recuerdan y ponen en práctica las precisas obligaciones que tienen entre unos y otros (Moya, 1995, pág. 9).

De entre los valores que florecen, a partir de la vivencia del carácter comunitario de la religiosidad popular, se encuentra el de la solidaridad. La experiencia de fe popular vivida en comunidad trae como consecuencia el que, quienes la practican, se vean identificados con su pueblo o su cultura y esta pertenencia les motive a ayudar a los demás, con un verdadero espíritu de compañerismo y solidaridad.

### **1.3. LA RELIGIOSIDAD POPULAR EN AMÉRICA LATINA**

#### **1.3.1. Las formas de religión en la América Latina pre cristiana**

Antes de la llegada del evangelio a nuestro continente encontramos, debidamente documentada, la existencia de distintas formas de religión ancestral y milenaria. Estas formas de religión pre cristianas o, llamadas también, precolombinas

se desarrollaron en los grandes imperios de la época anterior al descubrimiento de América. Estos imperios, dice Navarro (2002, págs. 109-111), fueron el Maya, el Azteca y el Inca. Cada uno de ellos desarrolló una forma de religión a lo largo de algunos miles de años. Tenían los rasgos propios de las religiones del resto del mundo, es decir, tenían mitos, rituales, costumbres, un panteón divino y normas morales. Lo común a todas estas religiones es el admitir la existencia de lo sobrenatural que lleva, como consecuencia aceptar una relación bilateral, entre creyente y divinidad. El creyente presupone que puede ser escuchado por su objeto de devoción y que éste tiene capacidad de intervenir modificando a su favor el curso de los acontecimientos.

Durante muchos siglos se mantuvieron las distintas religiones, en nuestros territorios, gracias al poder organizativo de los grandes imperios, que hallaron en la religión un apoyo fundamental para constituir las relaciones políticas, sociales e incluso económicas.

En el caso del imperio inca podemos decir, siguiendo la explicación de la Enciclopedia Religiones del Mundo de la editorial Océano (Navarro, Joaquín (Dir.), 2002), que fue un imperio que se desarrolló a partir de la unión de dos culturas anteriores: la chimú, en el norte, y, la chincha en el sur. Ambas culturas aportaron con sus distintos dioses, para luego formar una sola religión. Según los estudios realizados se tiene noticias del culto religioso desarrollado en Chavín de Huántar, el primer culto común para todo el imperio que logró unificar estos territorios por casi mil años, desde el 400 hasta el 1400 d.C. Junto al culto de Chavín de Huántar se desarrollaron en distintos lugares del imperio diversos cultos a otros dioses como el venerado en Tiahuanaco (dios de la puerta) y Pachacamac. Para la época de expansión incaica el dios aceptado por todos era el Inti (dios sol) y los incas eran considerados como hijos del sol. La época previa a la llegada de los españoles fue la época de mayor esplendor para los emperadores incas. Los emperadores incas eran considerados hijos del sol y debían guardar la línea sanguínea real por medio del matrimonio con su misma hermana de modo que sus hijos continuarán la monarquía

divina. La religión inca tenía como centro de su devoción al culto a los antepasados. Debido a esta devoción los incas crearon una serie de rituales y costumbres para recordar a los difuntos, pedirles su protección y, en el caso de los emperadores, solicitarles una consulta. Junto al dios Inti había también, otros dioses que se destacaban como la Killa (diosa luna), Viracocha (dios creador) y la Pachamama (diosa tierra). El sacrificio también era característica fundamental de la religión inca, no había sacrificios humanos, pero si de llamas junto al consumo de la chicha y la coca. Este último producto tenía la finalidad transportar a los sacerdotes incas a las regiones de los dioses para conseguir de ellos sabiduría o simplemente favores.

### **1.3.2. La primera evangelización**

Con la llegada de los españoles y de los misioneros europeos a nuestro continente comenzó una nueva época. Las fiestas ancestrales se convirtieron, con el pasar del tiempo, en la materia prima de la religiosidad popular cristiana. Esto se evidencia, particularmente en la fiesta religiosa que ha sobrevivido hasta el día de hoy. En el libro *la Fiesta religiosa indígena en el Ecuador* se encuentra una explicación de este fenómeno social y religioso:

Las fiestas incluyen danzas, recorridos de una casa a otra, comidas, libaciones, juegos rituales. Puede haber, inclusive, corridas de toros, ferias o intercambio de productos, juegos pirotécnicos, peleas sangrientas por la toma de la plaza, los sacrificios sangrientos de animales, la comida ritual, el consumo de bebidas preparadas con hierbas curativas y la realización de rituales de curación, los juegos eróticos de las jóvenes solteras, las ofrendas del primer animal o del más desfavorecido y, claro, la Misa y la procesión (Moya, 1995, pág. 10)

Cuando se analiza el fenómeno social de la fiesta religiosa popular, podemos descubrir ciertos elementos ancestrales que, con el pasar del tiempo, se han ido añadiendo a las tradiciones cristianas. Esto se remonta al proceso evangelizador que

realizaron los primeros misioneros. Las crónicas de la época presentan dos tendencias: la una, preocupada por conservar el acervo cultural y religioso de los nativos y esforzándose por inculturar el evangelio; y, la otra, la de eliminar por completo cualquier forma de religiosidad que recuerde los cultos antiguos, en su afán de proteger la pureza de la fe cristiana tanto en su contenido como en sus manifestaciones externas. Parece ser que este fue el motivo, afirma Moya (1995, pág. 15) para que durante la colonia, las fiestas y tradiciones indígenas fueran no solo manifestaciones de la cultura cristiana, sino también, en algunos casos una estrategia para esconder la verdadera intención religiosa de los nativos: hacer un simulacro que encubría antiguos cultos.

En nuestro país es famosa la historia de la imagen de la Virgen del Quinche, que llegó primero a Oyacachi, un recóndito pueblito del Oriente ecuatoriano. En Oyacachi la gente conservaba el recuerdo de sus ritos ancestrales, motivo por el cual en una ocasión se dice que junto a la imagen de María realizaron cierto culto a la cabeza de un oso. El obispo de Quito decidió, hace más de 400 años, retirar la sagrada imagen desde este poblado hasta El Quinche.

En algunas parroquias de la serranía encontramos otro ejemplo de esta dinámica de evangelización ocurrida durante los más de 300 años de colonización. La tradición afirma que en ciertos árboles se apareció la imagen del Cristo Crucificado. Estos árboles en la cosmovisión indígena eran considerados sagrados. Al “aparecer” la imagen del Cristo crucificado en un árbol sagrado se había logrado evangelizar a todo un pueblo utilizando sus mismos signos y símbolos.

De todas maneras, a pesar de la intención evangelizadora de los misioneros europeos, es evidente que en muchos momentos del proceso colonizador los recién llegados utilizaron la fe cristiana para dominar y justificar diversas formas de humillante y escondida esclavitud en contra de la población indígena. Es por esto que, de alguna manera, la religiosidad popular se convirtió en una forma de protesta frente a lo establecido por la autoridad y al mismo tiempo “una forma de desahogar

todas las emociones y sentimientos, muchas veces reprimidos por el bastón del capataz” (Moya, 1995, pág. 14)

Uno de los puntos de encuentro entre la fe cristiana y las religiones precolombinas fue el que ambas, así como otras muchas religiones en el mundo, se regían por un calendario agrícola, solsticial y tenían que ver con la fertilidad. Las fiestas cristianas del Corpus Cristi, de San Juan Bautista y de San Pedro y San Pablo, por ejemplo, correspondían a la época de la cosecha y al solsticio de verano. En América caló profundamente la devoción a María, virgen y madre, según algunos antropólogos (Moya, 1995, pág. 13), porque permitía, de una u otra manera relacionarla con el culto a la diosa tierra y a la fertilidad.

### **1.3.3. La importancia de la religiosidad popular en los pueblos latinoamericanos.**

Tanto en el ámbito religioso como en el científico, se coincide en afirmar que en la religiosidad popular se expresa tanto la cultura como la historia de un pueblo, a partir de lo que siente y de lo que cree. En 1997 en el Primer Encuentro Cuba-México sobre Religión se abordó desde la perspectiva de la Ciencias Sociales el fenómeno de la religiosidad popular, en este encuentro llama la atención la definición que se elabora con respecto a la religiosidad popular a partir de la importancia y la influencia que ella ha tenido en los pueblos latinoamericanos, la definición a la que hago referencia dice:

En la religiosidad popular se expresa el rico potencial creador del imaginario del pueblo, resume las vivencias históricamente compartidas y el modo con que el pueblo asume y manifiesta la representación de sus problemas y el modo de enfrentarlos, así como sus fiestas y esperanzas(Ramírez, 1997)

El citado texto recuerda el origen y las características esenciales de la religiosidad popular analizadas en las páginas anteriores, de manera general. Es necesario, a partir de estas ideas, realizar un análisis de la influencia que ha tenido la religiosidad popular en la formación de la cultura latinoamericana o cultura mestiza. Esta cultura que resulta de la unión de la autóctona o indígena y de la europea.

Para este análisis consideremos algunos elementos propios de la religiosidad popular en nuestra realidad, citados por Ramírez (1997)

a. La religiosidad popular como un fenómeno social y cultural. Este aspecto, como en otros pueblos y culturas, es el que más destaca en la realidad latinoamericana, puesto que la religión es, en sí mismo, un fenómeno trascendental puesto que hace que el ser humano trascienda en la búsqueda del Absoluto y de lo sobrenatural. Pero ahí no termina su labor en la vida del ser humano, sino que a partir del encuentro con el Absoluto se comienzan a regular las relaciones entre los seres humanos y de estos con la naturaleza. Esto se presenta en forma de leyes y normas que necesitan un fundamento mucho más sólido que el de la sociedad humana, por eso hablamos de la ley natural.

Pero sobre todo la religión plantea una nueva forma de ver la vida y esto se presenta en el culto y en la fiesta religiosa. En estos dos aspectos de la religión se presenta la vida del ser humano en su relación con los demás y con la naturaleza. Sin embargo, con el paso del tiempo, la religión comienza a aparecer como un sistema el que se van determinando de manera obligatoria, la forma del culto y de la fiesta religiosa. Es en ese momento cuando surgen diversas formas de vivir la misma fe, pero de manera creativa y hasta rebelde. A estas expresiones de la misma religión se denominará religiosidad popular.

La primera observación a nivel social de la religiosidad popular aparece al definir el término popular. El calificativo popular indica la vivencia religiosa de las grandes mayorías y se distingue con claridad de la religión que presentan los grupos

acomodados. En la actualidad está muy influida por los grandes procesos sociales a los que está sometida América Latina: la crisis global, las migraciones, los desproporcionados suburbios de las grandes ciudades, donde desde la vivienda, toda forma de vida, y aun de posibilidad de culto religioso, es radicalmente distinta a lo tradicional, las mayorías empobrecidas y con identidad creyente, la consolidación de otras denominaciones religiosas. Todos estos factores hacen que pensemos en la religiosidad popular no solo como un fenómeno de antaño sino como una nueva expresión de la fe que pide ser evangelizada por medio de la inculturación del evangelio en los distintos ámbitos donde ésta se expresa.

b. Fuentes de la religiosidad popular en América Latina. En América Latina las fuentes de la religiosidad popular tienen por los menos dos orígenes bien distintos: las que proceden de la implantación y desarrollo de la religión católica, y las que se derivan de otras culturas o formas religiosas subyacentes en el pueblo a través de diversas épocas y circunstancias.

Entre las fuentes de religiosidad popular se puede citar las siguientes, no por ser las únicas, sino por ser las más conocidas, siguiendo a Daniel Camarero (2011):

1. Fuentes indígenas y mestizas. Proviene de las culturas que han permanecido hasta el día de hoy guardando celosamente sus raíces y su fe, en Sudamérica en la región de los Andes destaca la cultura quechua y aymara. En Centroamérica y México superviven muchas etnias que, a pesar del paso del tiempo, siguen manteniendo sus costumbres, sus rituales y sus fiestas; y, finalmente está también el centenar de pequeños grupos indígenas amazónicos. En su universo simbólico resaltan: lo comunitario, lo ético, el culto a los antepasados, a los espíritus buenos y malos, la hechicería, el culto a la Madre Tierra. Generalmente son festivos y contribuyen a la religiosidad popular no solo con símbolos autóctonos, sus ritmos, sus músicas, instrumentos, vestidos, danzas, y la participación de las autoridades comunitarias.

2. Fuentes afro-americanas. La trascendencia de esta fuente es grande en muchas zonas de América Latina sobre todo en el Caribe, en el Brasil, en Venezuela y Colombia, en parte de la costa del Perú. Su sentimiento está marcado por el signo de la esclavitud. Añoran su tierra, su libertad anterior, y lo expresan en formas religiosas. Enfatizan la experiencia del trance y de ser poseídos, cultos como el *candomblé*<sup>4</sup> o el *vudú*<sup>5</sup>, la sanación física y espiritual, los bailes religiosos, la identidad como negros.

Junto a estos elementos, también se destaca, el culto a los difuntos que está bastante arraigado en el corazón del pueblo afro. Sobre este tema es conocido en nuestro país los cantos que acompañan al rito de las Tres Horas o, más conocido, como el de las Siete Palabras del Viernes Santo y el Canto de los Difuntos, tradiciones propias del pueblo afro del Valle del Chota. En el libro *Las tres horas y cantos de difuntos* (Peña, 2011), editado por la Universidad Politécnica Salesiana, se indica que en América, de los ritos africanos, los funerarios fueron los que tuvieron mayor preponderancia. Tal fue el cuidadoso celo que se tuvo en guardar de la manera más pura estas tradiciones, que se llega a afirmar que lo que se canta, incluso no es del todo católico “sino que son cantos que ayudan a dirigir al alma del difunto hacia su morada definitiva” (Peña, 2011, pág. 32). Hay que indicar por experiencia propia que los cantos que acompañan al Rito de las Tres Horas han trascendido del pueblo afro al pueblo indígena y se mantienen hasta el día de hoy en ciertas parroquias rurales de la serranía en las que se mantienen vivas las tradiciones propias de la Semana Santa, como el Sermón del Descendimiento y la Procesión del Silencio.

---

<sup>4</sup>El *candomblé* es un culto animista (alma o espíritu de la naturaleza) nacido entre los esclavos africanos y desarrollado sobre todo en los *cimarrones* o *quilombos*, los asentamientos formados por esclavos huidos.

<sup>5</sup>El *vudú* es una de las formas religiosas más antiguas que se originó en el oeste de África en tiempos desconocidos. El significado africano de la palabra vudú es “*espíritu o misterio*”, la idea originaria de la práctica del vudú era la de sanar espiritualmente y buscar la sabiduría a través de la consecución de un nivel superior de conciencia.

3. Fuentes rurales. Hasta la década del 50 la mayor parte de la población de los pueblos latinoamericanos estaba concentrada en el sector rural en el campo, las selvas, los valles y las sierras, generalmente en pequeños poblados, que, por las dificultades de acceso y por la falta de vocaciones, tenían escasa presencia de sacerdotes.

Sin embargo es evidente que a pesar de la presencia ocasional de los sacerdotes los fieles mantuvieron su fe transmitiéndola de generación en generación en las diversas manifestaciones de la religiosidad popular como fiestas religiosas, procesiones, patronos para los poblados, cofradías, etc.

Esta fuente tal vez sea la más importante o la que mayor aporte ha dado para el sostenimiento de la religiosidad popular en la actualidad, ya que al mantener las costumbres y tradiciones propias también ha logrado crear un principio de identidad que se mantiene incluso cuando por diversos motivos las personas tienen que migrar. En nuestro país es común escuchar como nuestros paisanos llevan a otros países las fiestas religiosas autóctonas y las celebran con la misma alegría y quizá con más entusiasmo por la nostalgia de celebrarla en tierra extranjera. Son promovidas las fiestas de la Virgen del Cisne y del Quinche, propias de la serranía ecuatoriana, en diversos lugares del mundo, en especial en Europa y Estados Unidos.

4. Fuentes urbano marginales. Pertenecen ya a la última mitad de nuestro siglo. Nace en el deseo de los migrantes, de conservar su identidad y para ello se agrupan por los lugares de origen, recrean sus fiestas religiosas, mantienen los valores de los alimentos de la sierra. En nuestro país se han formado, con el pasar de los años, nuevas ciudades alrededor de las grandes metrópolis urbanas de Quito y Guayaquil. Estas nuevas ciudades están formadas en casi el cien por ciento de migrantes venidos del campo que al encontrarse con otros coterráneos se plantean la posibilidad de hacer renacer las costumbres y tradiciones ancestrales. En Quito, por ejemplo, al norte encontramos a la parroquia de Carapungo que aloja a miles de personas

llegadas de todas partes del Ecuador. En esta parroquia se celebran diversas festividades autóctonas a petición de un grupo grupos de personas que se reúnen para recordar con cariño sus fiestas y devociones.

Junto a la celebración de estas festividades propias está también, como rasgo distintivo de su idiosincrasia y religiosidad popular, la presencia de la medicina tradicional y la actuación de los chamanes que siguen teniendo una gran influencia.

5. Fuentes de “status”. Es una forma nueva que aparece para mostrar, un antiguo deseo del ser humano, de hacer que la religión le conceda cierto status social o religioso, sea por el prestigio que proporcionaba el pertenecer a cierto grupo o asociación religiosa o por el disfrute de cierto grado de santidad que procuraba el estar dentro de este tipos de grupos o asociaciones. En la Iglesia Católica este fenómeno se presentaba en la pertenencia a una Hermandad o Cofradía. Con la desaparición de estas organizaciones han aparecido nuevas formas de organización religiosa en donde también se tiende a buscar este “status religioso”, que en no pocas veces ha desembocado en un encierro de estos grupos en sus costumbres y tradiciones, podemos mencionar el Camino Neocatecumenal, la Renovación Carismática Católica, el Movimiento de Retiros Parroquiales Juan XXIII entre los más conocidos

c. Principales manifestaciones de la religiosidad popular en América Latina. Entre las principales manifestaciones de la religiosidad popular en nuestros pueblos latinoamericanos tenemos:

1. Fiestas y procesiones. En la fiesta y en las procesiones la religiosidad se presenta en su máximo esplendor pues ambas manifestaciones son vistas como oportunidades para sacar todo el sentimiento, la emotividad, la devoción y la fe de la persona, que se siente en muchas ocasiones aprisionada por las normas litúrgicas y culturales. La fiesta y la procesión a más de ser manifestaciones religiosas son también ricas expresiones de la cultura y de la idiosincrasia de un pueblo. En la fiesta

y en la procesión se presentan personajes sui generis que presentan el mensaje religioso de un modo creativo, vital, aunque a veces irrespetuoso, como el caso de Los Diablos de la Semana Santa en las parroquias del valle del Ilaló en la Arquidiócesis de Quito (Vacas, 2011).

2. Los signos. Los signos y símbolos también son abundantes en nuestros pueblos. A partir de los signos oficiales cristianos, los fieles han ido construyendo o elaborando símbolos y signos propios que resaltan en las grandes fiestas populares. En Corpus Cristi, por ejemplo, la fiesta está llena de simbolismo que nos permite recordar la experiencia religiosa de los primeros pobladores de estos territorios. En las parroquias del valle del Ilaló como El Tingo, Guangopolo, Alangasí, La Merced del Valle y Pintag, la fiesta de Corpus Cristi presenta algunos personajes característicos de la cultura indígena de estos pueblos que recuerdan la fiesta nativa de la cosecha, entre los más importantes tenemos a la “Palla”<sup>6</sup>, los “Sacha Runas”<sup>7</sup>, los “Alférez”<sup>8</sup> los “Danzantes”<sup>9</sup> y los “Rucos”<sup>10</sup>.

Una palabra especial dentro de los signos y símbolos de la religiosidad popular, merece la presencia de las imágenes en el ideario religioso popular. Los fieles tienen mucho cariño y fe en la presencia de la imagen, lo que hace que alrededor de ella se vayan creando una serie de mitos, como poner de cabeza a San Antonio de Padua para conseguir esposo.

Hay también santos "no-oficiales", es decir no canonizados por la Iglesia, que no están en los altares, pero sí en el corazón del pueblo sencillo y gozan de amplia

---

<sup>6</sup> Princesa indígena.

<sup>7</sup> Espíritu del monte. Danzantes vestidos hechos con musgo y espinas del que cuelgan varias frutas para que la gente “coseche”

<sup>8</sup> Miembros de la nobleza inca que juraban fidelidad al rey de España. Bailarines vestidos con ropa militar.

<sup>9</sup> Es un personaje ataviado con trajes elegantísimos y de mucho valor, de los que cuelgan cantidades de monedas de plata y adornos costosos, en su cabeza luce un adorno que simula un altar gobernado con penachos de vistosas plumas, es un verdadero honor ser danzante ya que se goza de ciertos privilegios dentro de la comunidad

<sup>10</sup> Bailarines vestidos de trabajadores indígenas de hacienda y que portan una mazorca de maíz y un muñeco de animales, para significar la producción agrícola y ganadera.

veneración: es el caso de la Difunta Correa<sup>11</sup> en Argentina, las "animitas"<sup>12</sup> en Chile; Sarita Colonia<sup>13</sup> en el Perú, el Doctor Hernández<sup>14</sup> en Venezuela y Colombia; y el niño Fidencio<sup>15</sup> en México.

Es muy grande la difusión de imágenes, medallas, cuadros, etc., así mismo el simbolismo que para ellos tiene el cirio, el agua bendita, el incienso. Entre los signos por excelencia está la Cruz. No hay pueblo en nuestro continente, cuyo cerro más cercano no esté rematado por una Cruz, con su simbolismo propio y como sello de recuerdos de la Pasión. La fiesta de la Cruz de Mayo es una de las de mayor devoción. Aunque por motivos histórico-litúrgicos la fiesta de la Santa Cruz se trasladó en el calendario del 3 de mayo al 14 de septiembre sigue en el corazón de muchos pueblos el recuerdo y la celebración de esta fiesta antigua. La imagen del Señor Crucificado junto a la de la Virgen María, en la advocación de Nuestra Señora de los Dolores, sin duda son las devociones más queridas y centrales en la religiosidad popular de América Latina.

El signo de la cruz se hace presente también en el fenómeno del Cristo "aparecido" en lo árboles sagrados de los indígenas. La historia popular sobre estos hechos milagrosos tiene el mismo contenido: un leñador golpea con su hacha el árbol y al instante sale sangre y luego se va formando la imagen del Señor crucificado. El quishuar, el casanto, entre otros, son los árboles en los que se produce el milagro de la "aparición" de Jesús crucificado.

---

<sup>11</sup>En el marco de la guerra entre unitarios y federales aparece Deolinda Correa, quien, al enterarse de que su esposo ha caído prisionero, toma a su pequeño hijo en brazos partió en su búsqueda. Pero la sed y el cansancio pudieron más que su voluntad, y murió en las cercanías de Caucete. Dicen que antes de morir invoca a Dios para que salve a su pequeño hijo. Y el milagro se produjo. Tres días después, unos arrieros atraídos por el llanto de un niño descubren el cadáver de Deolinda y al pequeño alimentándose de los pechos milagrosamente vivos. A partir de esa historia muchos argentinos depositan botellas de agua sobre la tumba de la Difunta Correa.

<sup>12</sup> Almas de personas que han muerto trágicamente en las carreteras y a quienes la gente se encomienda

<sup>13</sup> Joven peruana a la que se le atribuye la capacidad de hacer milagros y que, tras su muerte, tiene una gran veneración popular por su fama de santidad.

<sup>14</sup> Fue un médico y científico venezolano, solidario con los más necesitados. Murió de forma trágica, al golpearse la cabeza con el borde de la acera a consecuencia de un impacto con un automóvil.

<sup>15</sup> Famoso curandero. Venerado hoy en día por la Iglesia Fidencista Cristiana.

Es necesario mencionar, dentro de los signos y símbolos de la religiosidad popular, el tema de la bendición a la que los fieles le tienen mucha fe y devoción. Se aprecia la bendición del sacerdote sobre las personas y sobre las cosas. Se pide la bendición de las casas, los campos, los vehículos, los negocios, los implementos deportivos, de forma no esporádica, sino mayoritaria. Es una necesidad religiosa para algunos, y seguramente una costumbre y ocasión de reunión social para la mayoría.

3. Los espíritus. La religiosidad popular está en una fuerte relación con "la otra vida" donde los espíritus viven. Todo esto está cubierto de formas culturales, de tradiciones, de costumbres, de cultos esotéricos, etc., pero tiene una especial significación en el culto a los difuntos.

En la religiosidad popular encontramos un enorme respeto por los difuntos. Su recuerdo, el ofrecimiento permanente de oraciones y misas en sufragio de las almas de los difuntos, es algo que está muy dentro de la idiosincrasia de nuestros pueblos. La muerte, es algo cercano y se convierte a la vez en algo religioso. La obligación con el difunto no termina con su muerte sino que es necesario acompañarlo de diversas maneras en su paso de este mundo a la eternidad. Con las oraciones y los cantos se acompaña este camino pero con la colación, colocación de comida y bebida junto a los sepulcros, se provee al alma de lo necesario para su último viaje.

Se tiene, sobre todo en los ambientes rurales, la convicción de que la muerte es un tránsito, por eso el difunto necesita de sus familiares y amigos que lo velen, que lo acompañen porque eso le ayudará a apurar el paso de este mundo a la eternidad. Es un momento religioso del cual participa, en los pueblos andinos, el "chakchar" la hoja de coca y el recitar costumbres ancestrales. Pero no todo es dolor y sufrimiento en la noche del velatorio en ciertas comunidades el velatorio es un momento de encuentro, de alegría en medio de la tristeza, de acompañamiento a los dolientes e incluso de participación en juegos, por ejemplo, la búsqueda del borrego o el juego del maíz y en el compartir de la comida. Todo con la intención de ayudar a

los deudos a superar, al menos por un momento, el dolor del ser querido perdido. El espíritu del difunto se hace presente en la compañía y el cariño de las personas que acompañan el velatorio. Desgraciadamente estas costumbres que en principio no tendrían nada de deleznable se ven manchadas por el consumo del licor y sus consecuencias: riñas, discusiones, enemistades, entre otras.

El difunto tiene sus derechos, ese es el principio que se toma en cuenta a la hora de enterrar al ser querido. No hay familia por pobre que sea, que no intente un entierro digno, una sepultura, el agasajo a los presentes, las flores, la música, la misa de cuerpo presente y luego las Misas por los ochos días de fallecido, por el mes y por el primer aniversario. Todas estas actividades son realizadas con la correspondiente solemnidad en incluye comida para todos. Son costumbres que indican la relación que se sigue guardando con el difunto que "reclama" todo esto. El no cumplir con eso sería exponerse a un "castigo".

d. La religiosidad popular hoy y sus nuevas influencias. La religiosidad popular en América Latina ha recibido en la época moderna nuevas influencias que tienen una fuerte significación en el desarrollo de la concepción y relación con la fe y las formas religiosas, entre otras tenemos los sincretismos modernos y las prácticas funcionales.

1. Los sincretismos modernos. La práctica de la religión tradicional no impide que en ocasiones se acepten y se unan elementos provenientes de otras religiones o formas religiosas, que se reciben sobre todo por influencias de personas que llegan de otros lugares y también por la masiva presentación que, de una u otra forma, hacen los medios de comunicación. Destacan todas las prácticas de llamada a los espíritus, generalmente en reuniones privadas y clandestinas, y con gente especialmente invitada. Entre los jóvenes están haciendo daños las prácticas a modo de juego

como el de la "uija"<sup>16</sup> y también algunos rituales dañinos como los llamados cultos satánicos.

Esto ayuda también a resurgir con fuerza prácticas antiguas como la cultura del curanderismo e incluso los que pueden contra el "mal de ojo", o los que se dedican a "limpiar" las casas, las ropas y las personas porque "les están haciendo mal". Muchas personas católicas y aun practicantes, ante problemas en la salud, dificultades en la vida, y todo lo relacionado con problemas amorosos, acuden a quien "sana" o "limpia" El que "sana" o "limpia" utiliza recursos y ritos propios pero también confunde y mezcla algunos elementos católicos como cruces, imágenes, agua bendita, incienso, etc.

Otras veces se admiten nuevas formas para alcanzar dinero, o para progresar en la vida, incluso para situarse modernamente bien en relación con los espíritus o para admitir la novedad de otras religiones practicadas por personas que han progresado en la vida. En nuestro país existen diversas prácticas que llaman la atención por el ofrecimiento de la triada salud, dinero y amor, por medios "fáciles" o conjuros mágicos. La práctica de la astrología se mantiene desde siglos y cobra fuerza por temporadas en el corazón de las personas. Los rituales propios de la Nueva Era también forman parte de estos sincretismos modernos.

2. Prácticas funcionales. El artículo (Camarero, 2011), del cual estoy realizando esta síntesis, menciona algunas prácticas funcionales de religiosidad popular, todas ellas responden al interés de ciertos grupos religiosos por desacreditar a la Iglesia Católica o utilizar su prestigio para exponer intereses propios.

Aquí situamos algunas nuevas formas de la práctica religiosa que utilizan la tradicional religión católica, de forma fanática e inadecuada, simplemente para obtener lo que ellos necesitan o reclaman, por el solo hecho de "cumplir rigurosamente con unas formas dadas". En realidad no son nuevas, pero sí,

---

<sup>16</sup> Es un tablero dotado de letras y números con el que supuestamente se puede entablar contacto con los espíritus de los difuntos.

en estos últimos tiempos, quizá se han fortalecido más”.Recordamos toda la gama de promesas y demandas, (fuertemente extendidas en el pueblo latinoamericano tanto para pedir como para agradecer) visitas a santuarios, rezos preceptivos donde se exige exactitud completa. Las famosas cadenas de oraciones con obligación de enviar a otras personas (si no lo hacen caerá la desgracia sobre ti o tu familia). Siguen teniendo bastante fuerza las prácticas de ascética corporal, como andar descalzo en largas procesiones, o peregrinar a santuarios, realizadas por algunas personas, sobre todo en las manifestaciones religiosas de grandes solemnidades y a santuarios de mucha tradición o procesiones más significativas(Camarero, 2011)

Entre todas las prácticas religiosas mencionadas en la cita anterior encontramos algunas que son prácticas antiguas que permanecen al margen del actual sentimiento religioso. Otras introducen en una práctica que bien llevada puede ser correcta eliminando ciertos elementos mágicos que prevalecen sobre ella y la convierten en inadecuada. Finalmente, algunas son prácticas nuevas fuera de todo correcto sentido religioso y solo buscan aprovecharse de la ingenuidad, de la desesperación o de la ignorancia de la gente. Las que se relacionan con la fe católica es necesario purificarlas de modo que no creen confusión en los fieles y transmitan el mensaje del evangelio.

## CAPÍTULO II

### NECESIDAD DE LA PIEDAD POPULAR

#### 2.1. CARACTERÍSTICAS DE LA PIEDAD POPULAR

En el DPPLse define a la piedad popular de la siguiente manera:

El término piedad popular, designa aquí las diversas manifestaciones culturales, de carácter privado o comunitario, que en el ámbito de la fe cristiana se expresan principalmente, no con los modos de la sagrada Liturgia, sino con las formas peculiares derivadas del genio de un pueblo o de una etnia y de su cultura.

La piedad popular, considerada justamente como un “verdadero tesoro del pueblo de Dios”, manifiesta una sed de Dios que sólo los sencillos y los pobres pueden conocer; vuelve capaces de generosidad y de sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe; comporta un sentimiento vivo de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante; genera actitudes interiores, raramente observadas en otros lugares, en el mismo grado: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desprendimiento, apertura a los demás, devoción (DPPL 9)

Sobre la piedad popular existe abundante bibliografía que recoge las enseñanzas de la Iglesia sobre esta expresión de la fe<sup>17</sup>. En comparación con la

---

<sup>17</sup> González, Ramiro. Piedad Popular y Liturgia. Centre de Pastoral Litúrgica. España. 2005  
Serra, Rafael. La piedad popular y la Liturgia. Centre de Pastoral Litúrgica. España. 2003  
Luengo, Jesús. Liturgia, cultos y Cofradías. ABEC. 2013  
Documento final sobre la Nueva evangelización y la transmisión de la fe  
Luis Maldonado, Para comprender el catolicismo popular, Verbo Divino, Estella 1990.  
Juan Pablo II. Catechesi Tradendae.  
Pablo VI. Evangelii Nunctiandi

religiosidad popular, la piedad popular es algo más propio de la fe cristiana, porque nace a partir de ella, se deja iluminar por la Liturgia eclesial y se desarrolla en la comunidad no como una reacción a la religión oficial, como es el caso de la religiosidad popular, sino como una prolongación del culto oficial de la Iglesia aunque no con los modos prescritos por la sagrada Liturgia (DPPL 9),

De la definición dada en el Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia se pueden desprender algunas características, entre las cuales tenemos:

### **2.1.1. Es una manifestación cultural**

Uno de los elementos característicos de la religión es el culto, por él el fiel creyente se relaciona con Dios de un modo solemne, directo y seguro. Desde el apareamiento de las distintas religiones cada una de ellas se ha preocupado por crear formas y estilos diversos para rendir culto a la divinidad. La creatividad y la originalidad no han faltado al momento de desarrollar una estructura cultural.

El término “culto”, de acuerdo con el diccionario de la RAE significa “Homenaje externo de respeto y amor que el cristiano tributa a Dios, a la Virgen, a los ángeles, a los santos y a los beatos. Conjunto de ritos y ceremonias litúrgicas con que se tributa homenaje. Honor que se tributa religiosamente a lo que se considera divino o sagrado” (2001). El término “culto” proviene del latín “cultus” que puede hacer referencia a algunos significados entre ellos: como derivado de cultura, como homenaje, como admiración y, finalmente, en relación con la agricultura como sinónimo de cultivo para hacer mención de las plantas cultivadas.

Al recoger toda esta gama de significados para el término culto podemos descubrir que en él se encierra el fin último de la piedad popular. En la piedad popular el ser humano pretende cumplir con una de las principales obligaciones de amor que tiene para con Dios: rendirle homenaje de piadosa sumisión y respeto. Es necesario decir, sin embargo, que este homenaje de alguna manera responde a una necesidad más personal que comunitaria de alabar a Dios. Es la persona la que llena del amor de Dios crea y desarrolla una serie de actos que nacen del deseo de estar en relación con Dios para rendirle homenaje y devoción. Por eso el Directorio (DPPL 9) afirma que gracias a la piedad popular el ser humano es capaz de mostrar su generosidad y su sacrificio hasta el heroísmo. La finalidad de la piedad popular, entonces, no es otra sino la de dar culto a Dios, entendiendo este como homenaje de admiración, respeto y amor.

### **2.1.2. Carácter privado y comunitario**

A diferencia de lo que ocurre en la religiosidad popular, en la piedad popular existe un predominio más o menos constante de lo privado sobre lo comunitario. En la religiosidad popular es claro que predomina la experiencia religiosa de todo un pueblo o cultura; en cambio, en la piedad popular, prevalece la relación personal del fiel con Dios y con lo sagrado.

Este carácter privado se origina en el deseo del ser humano por buscar agradar a Dios más allá de las manifestaciones litúrgicas propias de la Iglesia y hace que la piedad popular tenga una riqueza enorme de formas de dar culto a Dios, formas que se derivan del genio y de la creatividad de la persona y también de todo un pueblo. El documento conclusivo de la V Conferencia del CELAM – Aparecida, ilustra esta característica en el número 261 en el que se indica lo siguiente:

La piedad popular penetra delicadamente la existencia personal de cada fiel y aunque también se vive en una multitud, no es una “espiritualidad de masas”. En distintos momentos de la lucha cotidiana, muchos recurren a algún pequeño signo del amor de Dios: un crucifijo, un rosario, una vela que se enciende para acompañar a un hijo en su enfermedad, un Padrenuestro musitado entre lágrimas, una mirada entrañable a una imagen querida de María, una sonrisa dirigida al Cielo en medio de una sencilla alegría.

El texto de Aparecida nos presenta el misterio de la piedad popular en su carácter individual y personal cuando afirma que ella penetra en la existencia de cada fiel. Juega mucho en la piedad popular el aspecto emotivo y sentimental de cada persona, por eso, Aparecida menciona algunas formas en las que la piedad popular manifiesta lo más profundo de cada persona cuando se debe enfrentar a situaciones límite en la vida. La enfermedad, el dolor, el sufrimiento pero también la alegría, la gratitud y el amor a Dios son motivaciones suficientes para que el fiel quiera rendir culto a Dios no solo con la sagrada Liturgia, sino con su manera propia de dirigirse a Él, en ese momento estamos en el origen de la piedad popular.

Este carácter personal hace que la piedad popular sea tan variada como variada es la forma de ser de cada persona. En una misma comunidad o en una misma familia cada miembro es capaz de expresar su fe en Dios de distintas maneras con tal que sus expresiones nazcan del amor a Dios y del deseo de darle culto. Pero no se trata solo de un sentimentalismo barato, sino que se trata también de que de esta experiencia surjan compromisos de vida que alimenten la vida en comunidad. El DPPL(9) afirma que ella genera actitudes interiores que difícilmente se pueden hallar en quienes no la practican o al menos no el mismo grado. Una piedad popular vivida de manera plena origina en el fiel actitudes como la paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desprendimiento, apertura a los demás y devoción.

Del ejercicio de la piedad popular surge la devoción. La devoción, del latín “devotio”, es la disposición de la voluntad para cumplir con prontitud lo propio de una relación. Por ejemplo, un hombre puede ser devoto a su esposa. La devoción

expresa la alianza de amor: afecto, cuidado, atención. Al hablar de piedad popular, evidentemente, estamos hablando de la devoción hacia Dios. De ahí que la devoción a Dios es la disposición de la voluntad para hacer con prontitud lo referente al culto y el servicio a Dios. Esencial para la devoción es la disponibilidad para hacer cualquier cosa que honre a Dios, sea en público o en privado, sea oración o sea servicio. En todo caso, la raíz de la auténtica devoción es un gran amor por Dios.

Esta dimensión personal de la piedad popular hace que la fe se transmita a otras personas. Al transmitirla, llena de devoción y de amor, dentro de la comunidad aparecen fraternidades o hermandades que se unen para mantener unas mismas expresiones de piedad. Son conocidas a nivel mundial las Hermandades y las Cofradías, especialmente en relación con la Semana Santa y la fiesta patronal de un pueblo. En nuestro país superviven hasta nuestros días el grupo de los Santos Varones, los Cucurucho, Almas Santas, Hijas de María, etc., que mantienen la devoción de nuestros pueblos activa y emotiva.

Se puede decir entonces que la piedad popular nace en la persona, en su amor y en su devoción, y luego se traslada a la comunidad en la figura de un grupo de personas, de un pueblo, de una etnia o de una cultura.

### **2.1.3. Es un espacio de encuentro con Jesucristo**

La piedad popular, por definición, tiene su fundamento en el mensaje cristiano, es decir, en el Evangelio. Por este motivo, la piedad popular es un espacio de encuentro con Jesucristo.

Desde su mismo origen la piedad popular nos lleva al encuentro con Jesucristo porque nace del amor a Dios, como dice el Directorio “manifiesta una sed de Dios que sólo los sencillos y los pobres pueden conocer” (DPPL 9). La sencillez y

la pobreza evangélicas son características de la piedad popular. Así como Jesús llevó una vida sencilla pero íntima con Dios, la piedad popular lleva al cristiano a encontrarse con Dios en lo más íntimo de su corazón.

Es también un encuentro con los misterios de la vida de Cristo. A lo largo de la historia los grandes movimientos de renovación de la Iglesia estuvieron acompañados por el aparecimiento de la piedad del pueblo. Los franciscanos, por ejemplo, a su propuesta renovadora de la pobreza evangélica, acompañaron la promoción de la devoción al rezo del Viacrucis y a la construcción de los pesebres. En este ejemplo es la piedad popular la que lleva al cristiano a compenetrarse del misterio salvífico de Cristo en su Natividad y en su Muerte Salvadora (DPPL 9-10).

Es realmente revitalizadora la experiencia de piedad popular, en particular en los Santuarios. En ellos el peregrino no solo es invitado a realizar su acto de fe sino que también, por medio de ese ejercicio, es invitado al encuentro con Cristo en los sacramentos, en especial, la Confesión y la Eucaristía.

Pero no solo es el encuentro con Cristo el que se produce en la piedad popular sino también con su Cuerpo Místico, la Iglesia. En cada acto de piedad popular que el creyente realiza se siente parte de la Iglesia. Un ejemplo de este valor son las peregrinaciones hacia los santuarios: “Allí el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos caminando juntos” (DA 142). Cuando realiza las largas caminatas hacia el lugar de devoción en compañía de otras personas, el cristiano no puede menos que sentirse en familia, primero porque llega al encuentro con Dios a quien halla como Padre amoroso que lo espera y segundo porque a este encuentro no llega solo sino en compañía de las personas que han emprendido el mismo camino y van junto a él. El documento de Aparecida sobre este particular dice: “La decisión de partir hacia el santuario ya es una confesión de fe, el caminar es un verdadero canto de esperanza, y la llegada es un encuentro de amor” (DA 143)

#### **2.1.4. La piedad popular y su emotividad**

Una de las características de la piedad popular es la demostración de emociones y sentimientos, de la más variada índole, que se producen en la psiquis del ser humano al momento de dar culto a Dios. El Directorio para la Piedad Popular manifiesta que ella genera actitudes interiores, es decir, emociones, que en otras condiciones no se producirían.

Antes de avanzar en el estudio de la emotividad en la piedad popular debemos aclarar el término. El psicólogo Lester Levenson, citado en [psicologosenlinea.net](http://psicologosenlinea.net), afirma que las emociones son:

Reacciones psicofisiológicas que representan modos de adaptación a ciertos estímulos ambientales o de uno mismo, involucra un conjunto de cogniciones, actitudes y creencias sobre el mundo, que utilizamos para valorar una situación concreta y, por tanto, influyen en el modo en el que se percibe dicha situación. Sirven para establecer nuestra posición con respecto a nuestro entorno, y nos impulsan hacia ciertas personas, objetos, acciones, ideas y nos alejan de otros (Levenson, 1994)

Existen un sinnúmero de emociones que se producen en el espíritu humano, sin embargo podemos indicar que hay emociones fundamentales, ellas son: alegría, enojo, tristeza, interés, repugnancia, dolor y sorpresa. Se denominan fundamentales porque son comunes a todas las personas, independientemente de su credo o filosofía. Como son comunes a todas subsiste en ellas ciertos elementos comunes que nos permiten identificar lo que caracteriza a una emoción. “Las emociones básicas son comunes a las personas en todo el mundo y constan de tres elementos: una sensación subjetiva, un cambio fisiológico y una conducta externa” (Kail, 2008, pág. 183).

En la piedad popular las emociones responden a un estímulo externo e interno. El estímulo interno es de carácter trascendental: Dios. El estímulo externo es “la sed de Dios” que tiene el ser humano y que hace que todas las expresiones de su fe se eleven de una manera única. En la definición de emoción se indicó que otro elemento de este fenómeno psíquico es la reacción somática que tiene el ser humano frente a este estímulo. Esta reacción fisiológica lo encontramos en las diversas manifestaciones que el creyente hace de su fe en un momento de oración. Entre las principales reacciones fisiológicas de una emoción encontramos: temblor, sonrojarse, sudoración, respiración agitada, dilatación pupilar y aumento del ritmo cardíaco. En una manifestación de piedad popular se presentan estas reacciones fisiológicas. Por ejemplo, en la predicación del Sermón de las Siete Palabras o en el de Descendimiento, el predicador procura despertar en los fieles emociones tales que pueden ser motivo para que se susciten cualquiera de estas reacciones fisiológicas. Es frecuente mirar a los fieles llegar a un santuario mariano con estas manifestaciones fisiológicas de las emociones producidas por el estímulo que ocasiona el llegar a la meta: el santuario y el encuentro con la imagen de la Virgen María.

Finalmente la emoción tiene como elemento también la conducta externa, entre ellas tenemos: expresiones faciales, acciones y gestos, cercanía o distancia entre personas. En la piedad popular las conductas externas son las diversas devociones que el ser humano va creando como consecuencia de este momento emotivo que le ha llevado a encontrarse con su Creador.

Las emociones fundamentales que tiene el ser humano de alguna manera son una respuesta a las necesidades que tiene en el fondo de su espíritu, así tenemos que “el miedo nos hace pensar en la necesidad de estar protegidos; la sorpresa nos ayuda a orientarnos frente a la nueva situación; la alegría nos induce hacia la reproducción del suceso que nos hace sentir bien y la tristeza nos motiva hacia una nueva reintegración personal” (Kail, 2008, pág. 184)

Pero este carácter emotivo de la piedad popular no es ni el único ni el más importante. La piedad popular, a diferencia de otras manifestaciones religiosas no católicas, purifica su emotividad con la lectura atenta y consciente de la Sagrada Escritura y la guía del Magisterio de la Iglesia. Esto hace que la piedad popular supere el sentimentalismo y el emotivismo en el que puede desembocar. Uno de los graves problemas de la mayoría de sectas y grupos religiosos modernos es el abuso de la emotividad de las personas. En los actos de culto se llega a tal excitación que se raya en la locura y es campo abierto para el aprovechamiento económico de ciertos predicadores y pastores. Es un tema que se trata con detenimiento en el capítulo final del presente trabajo al analizar las propuestas pastorales para la evangelización de la religiosidad y piedad populares.

Esta purificación de la piedad popular hace crecer en el creyente no solo las emociones y sentimientos que al final pueden desaparecer con el paso del tiempo, sino que procura crear acciones concretas de compromiso de fe. Estas acciones son mencionadas en el Directorio cuando indica que la piedad popular hace que el creyente sea capaz de expresar su fe en la generosidad y el sacrificio hasta el heroísmo; en la vivencia de los atributos de Dios y en la praxis de los valores cristianos que rara vez se muestran con tal fervor.

### **2.1.5. El carácter festivo de la piedad popular**

La fiesta religiosa va más allá de la simple manifestación de la alegría. La fiesta popular es la manifestación de la presencia salvadora de Dios en medio de la comunidad. Quienes participan de la piedad popular descubren en esta manifestación de su fe la oportunidad de expresar con creatividad y sencillez la alegría de “los sencillos de corazón”. En las fiestas religiosas popular el cristiano se

esfuerzo por manifestar de diversas maneras su deseo de prolongar su encuentro con Dios en el encuentro con los hermanos.

El carácter festivo de la piedad popular se presenta, principalmente, en la devoción cariñosa de nuestros fieles a Jesucristo en sus diversas advocaciones y a los santos patronos. Ocupa un lugar especial el honor que se le tributa de manera festiva a la Madre de Dios. El Documento de Aparecida en el numeral 259 nos recuerda que las fiestas patronales son “expresiones de una espiritualidad que nace de la piedad popular”.

La fiesta religiosa se enmarca dentro del calendario litúrgico con las diversas celebraciones que se realizan a lo largo del año para vivir el misterio de Dios en la historia de la humanidad. Al hablar de la fiesta en la religiosidad popular habíamos indicado algunos aspectos que la caracterizan y que bien valen para piedad popular. La única diferencia se encuentra en que la piedad popular tiene fundamentos eminentemente cristianos. El carácter festivo de la piedad popular es una verdadera inculturación del evangelio. Cuando la escucha de la Palabra de Dios y la vivencia de los sacramentos forman parte de la fiesta religiosa entonces esta pasa de ser un acto cultural y social a un acto religioso, es decir, sagrado.

En la fiesta se encuentran también los valores humanos iluminados por la Palabra de Dios, valores como la solidaridad, la generosidad, el trabajo en común, la alegría, la sencillez y otros son el resultado de la experiencia festiva de la piedad popular.

#### **2.1.6. La piedad popular y el primado de la Liturgia.**

El DPPL afirma que la piedad popular, siempre y en todos los casos, debe estar sometida a las leyes generales del culto cristiano y a la autoridad pastoral de la

Iglesia. Por definición la piedad popular aunque no sigue los modos propios de la sagrada Liturgia, sin embargo hay un primado de la Liturgia sobre ella. El documento en mención indica también que las formas de piedad popular pertenecen al ámbito de lo facultativo. Los actos de piedad necesitan ser aceptados por la autoridad de la Iglesia pero pueden o no ser asumidos con el carácter de obligatorio por una comunidad o un fiel particular.

Las afirmaciones indicadas en el párrafo anterior no significan, sin embargo, que se puede rechazar o despreciar las prácticas de piedad popular. Todo lo contrario, necesitan ser valoradas en su amplio aporte a la vivencia y anuncio de la fe. Tampoco se debe entender esta valorización como una invitación a colocar los ejercicios de piedad popular dentro de las acciones litúrgicas que son, por excelencia, modos como el ser humano se comunica con Dios.

## **2.2. LA PIEDAD POPULAR EN LA VIDA DE LA IGLESIA<sup>18</sup>**

La piedad popular comienza a diferenciarse de la Liturgia en un determinado momento de la historia de la Iglesia. Al comienzo solo existía Cristo con sus palabras, sus gestos, sus obras y su misterio pascual. Todo lo demás se convertía en figura de la única realidad que vivían los primeros cristianos, es decir, la realidad de Cristo. Con el pasar de los siglos aparece la piedad popular como una forma de vivir más estrechamente el misterio de Cristo en la vida privada o grupal de los fieles. Este es el recorrido histórico que ha hecho la piedad popular hasta nuestros días y que en este título se transitará siguiendo ordenadamente las distintas épocas de la Historia de la Iglesia.

---

<sup>18</sup>El presente título es una síntesis de la historia de la piedad popular. Los textos básicos a los que se ha recurrido para elaborar esta síntesis son: el Directorio sobre la Piedad popular y la Liturgia de la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los Sacramentos y el libro titulado Para comprender la Historia de la Iglesia de Jean Comby.

### 2.2.1. Jesús y las primeras comunidades cristianas

En su predicación el Señor tiene una actitud crítica frente a la piedad de los fariseos. Los textos de los evangelios nos recuerdan diversos episodios<sup>19</sup> en los que Jesús pone en tela de juicio la validez espiritual de ejercicios de piedad como el ayuno, la oración y la limosna. En el evangelio de Mateo Jesús no elimina estos actos fundamentales de la piedad judía sino que les devuelve su sentido original. Es conocido que, en su afán de perfeccionar el cumplimiento de las normas mosaicas, los fariseos de la época de Jesús habían creado un sinnúmero de normas que las personas debían observar si querían ser judíos piadosos. Los enfrentamientos de Jesús con los judíos giran en torno a esta novedad que el Señor les presenta y se resume en la frase que dice Jesús respecto al sábado “el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc. 2,27). Sobre los tres ejercicios de piedad Jesús explica su sentido original en el discurso de la montaña de Mt. 6,1-18, en el que se desarrolla una nueva forma de practicar las mismas obras de piedad judías: vivirlas no solo como norma legal sino como el camino hacia la perfección.

El pueblo judío tenía muchas prácticas religiosas fundamentadas en las tradiciones y costumbres ancestrales por ejemplo: el paso del tiempo con sus días festivos, sus estaciones y sus años; el calendario lunar que establecía la celebración de novilunios y fiestas relacionadas con la siembra y la cosecha; la forma de tomar alimentos y bebidas con sus abluciones rituales; el descanso del sábado con sus cientos de normas prohibitivas; los distintos modos de orar, y en fin, una serie de prácticas muy queridas, practicadas y conservadas en el pueblo judío en la época de Jesús como signo de su identidad y pertenencia al pueblo de Israel.

---

<sup>19</sup> Jn. 5, 1-30; Mt. 6, 18; Mt. 15, 1-9; Mc. 2, 23-27; Lc. 5, 33-39; Lc. 20, 45-47.

Todas estas prácticas de piedad dejaron de tener sentido en las primeras comunidades cristianas como nos recuerdan los textos del Nuevo Testamento, en especial las cartas paulinas. En la carta a los Gálatas el apóstol se lamenta de los cristianos que siguen respetando y observando ciertos días, meses, estaciones y años (Gál. 4, 10). En Col. 2, 16-19 Pablo es más explícito para decir que todas las prácticas religiosas anteriores a Cristo son solo una sombra de lo que iba a venir y que la única realidad es Cristo. Incluso el apóstol exhorta a la comunidad de Colosas a no tener miedo ni vergüenza, ni temor porque alguien pueda querer descalificarlos por no cumplir las prácticas religiosas judías.

Separada la piedad popular judía del mensaje de Jesús las primeras comunidades cristianas buscaron pronto una piedad propia que les permitiera identificarse como seguidores y que también hiciera de ellos personas dispuestas a tener un encuentro más personal con Dios. La piedad entonces se manifestó en pequeñas acciones que consistían en imitar o seguir las recomendaciones de Jesús y de los apóstoles, especialmente de Pablo, sobre la oración incesante y la acción de gracias.

Otra forma de piedad que ha subsistido hasta el día de hoy es la aclamación de las jaculatorias que, en muchos casos, tienen referencia casi textual del texto bíblico. Algunos casos de esta forma de piedad popular los encontramos en los siguientes textos bíblicos: “Jesús manso y humilde de corazón/ haz mi corazón semejante al tuyo” (Lc. 11, 28-30); “El Señor es mi pastor/ nada me puede faltar” (Sal. 22, 1); “Señor aumentanos la fe” (Lc. 17, 5-10); “Señor mío y Dios mío” (Jn. 20, 28) (Catholic.net).

A partir del siglo II todas estas manifestaciones de piedad popular, porque evidentemente todavía no podemos hablar de Liturgia en el sentido estricto de normas para el culto, confluyen en un documento histórico llamada “Traditio

Apostólica” escrito en Roma por San Hipólito, en el que se encuentra la primera plegaria eucarística, citada por Comby en su libro *Para leer la Historia de la Iglesia* (2007, pág. 87).

De modo especial merece mencionarse el culto a los difuntos en el que hasta el día se presenta una variedad ancestral de devociones y formas de piedad popular. Hay que recordar que el culto a los difuntos no es algo propio de la fe cristiana sino que se halla ya establecido de diversas maneras en religiones anteriores. En el cristianismo la conmemoración de los fieles difuntos toma relevancia a partir del culto a los mártires de los primeros siglos de nuestra fe, aunque desde el comienzo hubo la presencia de ciertos ritos tomados de la religiosidad pagana, como el “refrigerium”, ofrenda de alimento sobre los sepulcros, como afirma Comby (2007, pág. 88). No se puede olvidar la piedad popular en lo referente a la devoción a la Virgen María que ya se encuentra también en esta época.

Podemos decir que en esta primera etapa de nuestra fe la Iglesia “no duda en incorporar ella misma, en los ritos litúrgicos, formas y expresiones de la piedad individual, doméstica y comunitaria” (DPPL 23). Esto garantiza que en esta etapa de formación de la Liturgia ésta y la piedad popular no se contraponen sino que concurren de manera armónica a la celebración del único misterio de Cristo y al sostenimiento de la fe y de la praxis cristiana de los primeros creyentes.

### **2.2.2. La época antigua.**

A partir del siglo IV la situación política y social de la Iglesia varía por diversos acontecimientos históricos tanto eclesiales como del mundo. Estos acontecimientos marcan una nueva perspectiva en el modo de vivir la Liturgia y la piedad popular. El Edicto de Milán, los Concilios Ecuménicos, el apareamiento de la vida eremítica y

luego monástica marcan esta nueva etapa en la historia de la Iglesia y en la relación entre la piedad popular y la Liturgia.

Los procesos que predominan en esta época en la relación Liturgia-piedad popular son de adaptación y enculturación<sup>20</sup>. Primero las Iglesias locales y luego a nivel universal se van adaptando, previo un proceso de purificación, algunas formas culturales provenientes del paganismo, sobre todo aquellas que despertaban la emotividad y el sentimiento en el pueblo.

Durante los siglos IV y V se produce un nuevo avance en la constitución de la Liturgia con la concientización sobre la necesidad de darle un sentido sagrado al tiempo y a los lugares. Estamos en los inicios de la configuración del Año Litúrgico y de los ritos de la dedicación de templos. En ambos casos el anhelo es no solo santificar el tiempo y el lugar donde se realizan los actos de fe sino hacer de ellos un reflejo del misterio de Cristo y de la Iglesia.

Otro aspecto importante a destacar es la configuración de los distintos ritos litúrgicos cuya diversidad responde, entre otras razones, a la tradición cultural, social y religiosa de los distintos lugares. De todas maneras a pesar de la diversidad siempre subsiste el anhelo de unidad para no olvidar que todos los ritos deben siempre orientar el corazón del ser humano al culto al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo.

En este período también se encuentran las acciones que Obispos y Sínodos realizan para mantener la unidad del culto. Entre otras acciones está la elaboración de normas que determinen y hasta limiten la creatividad original de la piedad popular y del culto el general.

---

<sup>20</sup> Según el Diccionario de la RAE Ed. 22º el término enculturación se define como “proceso por el cual una persona adquiere los usos, creencias y tradiciones, etc., de la sociedad en la que vive”. Por este motivo se utiliza en el presente texto el término enculturación, en lugar de inculturación que, por el contrario, no consta en el citado diccionario.

Con San Gregorio Magno (590-604) se suscita una relación rica y provechosa entre Liturgia y piedad popular, con la creación de procesiones, estaciones, rogativas y otras formas de expresión emotiva de la fe del pueblo por una parte; y por otra, con la cimentación del culto cristiano en la celebración de la Pascua, fiesta universal y fundamental de la fe. Una carta escrita por el papa Gregorio Magno a Agustín, monje misionero en Inglaterra, revela el esfuerzo de este sucesor de Pedro, por concebir la conversión de los paganos como un proceso menos sangriento y censorador:

Que se derribe el menor número de templos y que sólo se destruyan sus ídolos, que se rocíe con agua bendita, que se levanten altares y que se pongan reliquias en los edificios para que, si los templos son de buena construcción, se cambie simplemente su objetivo, que era el culto a los demonios, para que en adelante se adore allí al verdadero Dios. Así, el pueblo, al ver que no se destruyen sus errores y, adquiriendo el conocimiento del verdadero Dios, vendrán a adorarlo en los mismos sitios en que se reunían sus antepasados. Y como tenían la costumbre de sacrificar un gran número de bueyes en honor de los demonios, no hay que cambiar en nada sus costumbres de fiesta; así, en el aniversario de la dedicación o en las fiestas de los santos mártires cuyas reliquias reposan en la iglesia, que levanten chozas ligeras de ramas alrededor de la iglesia, como hacían alrededor de los templos paganos, y que celebren la fiesta con banquetes religiosos. Permitiéndoles así exteriorizar su alegría del mismo modo, se les llevará más fácilmente a conocer el gozo interior, pues no cabe duda de que es imposible quitarlo todo de un solo golpe a unas almas tan frágiles. No se sube a una montaña saltando, sino con pasos lentos (citado en Comby, 2007, pág. 130)

### **2.2.3. La Edad Media**

Esta época histórica comprende desde el siglo VII hasta el siglo XV. Lo propio de esta época es “que se determina y acentúa progresivamente la diferencia entre Liturgia y piedad popular hasta el punto de crearse un dualismo celebrativo” (DPPL 29). Este dualismo celebrativo se da por la coexistencia de la liturgia oficial celebrada en latín y la piedad popular comunitaria expresada en las diferentes lenguas vernáculas.

Este hecho característico de la Edad Media tiene algunas causas según el Directorio para la piedad popular, entre los más destacados tenemos:

- Se desarrolla la idea de que los clérigos celebran y los laicos son solo espectadores.

- Se delimita las funciones de los miembros de la Iglesia de manera jerárquica excluyente. Esto ocasiona que los laicos desarrollen su creatividad para formar nuevos estilos de oración.

- La consideración distinta y particularizada de los diversos aspectos del Misterio de Cristo, hace que se vayan creando distintas formas de vivir con intensidad y cariño los momentos de la vida Cristo.

- Conocimiento insuficiente de las Sagradas Escrituras por parte de clérigos y laicos haciéndolos incapaces de descubrir el sentido del lenguaje simbólico de la Liturgia.

- Difusión de la literatura apócrifa que exageraba ciertos episodios de la vida de Cristo y de los apóstoles. Pero esta exageración hacía que nazca en los fieles el deseo de imaginar los diversos momentos de la vida del Señor y convertirlos en objeto de la piedad popular. Influyó también la presencia de leyendas y mitos sobre la vida de Cristo, procedentes de los llamados “evangelios apócrifos”.

- Escasez de la homilía, la catequesis y la mistagogia, que expliquen a los fieles la celebración litúrgica y por tanto se opta por buscar formas comprensibles y sencillas para dar culto a Dios.

- Liturgia incomprensible y distante del pueblo lo que hace que los fieles busquen recuperar formas y estructuras de la piedad popular comprensibles y cercanas al corazón de los fieles.<sup>21</sup>

Como respuesta a esta grave crisis en la relación Liturgia – piedad popular nacen en este período nuevas órdenes de vida religiosa, las hermandades religiosas, escuelas de espiritualidad, etc., todas ellas favorecen la aparición de distintos ejercicios de piedad que sirven para expresar el carisma del grupo o comunidad y para transmitirla a los fieles.

Otro aspecto que debemos considerar detenidamente es que a lo largo de toda la Edad Media nacen en la Iglesia diversas expresiones de piedad popular que permanecen hasta el día de hoy, entre las que menciona el DPPL en los números 32 y 33, encontramos:

- Las representaciones sagradas. Son formas de hacer vivo el misterio de Cristo su Nacimiento y su Pasión, Muerte y Resurrección. Estas representaciones llegaron a ser verdaderas joyas de la literatura en forma de autos sacramentales<sup>22</sup> y dramas<sup>23</sup>.

- Nace la poesía en lengua vernácula lo que ayuda a que el mensaje llegue de manera nítida al corazón de los fieles, quienes al escuchar poesía en su propia lengua le toman cariño.

- Aparecen formas devocionales alternativas o incluso paralelas a la celebración litúrgica de los grandes misterios de Cristo. Entre otros ejemplos nos encontramos con las diversas maneras de adoración al Santísimo Sacramento que

---

<sup>21</sup> Las características de la piedad popular en la edad Media están tomadas del DPPL 29-30 con un breve comentario sobre cada una de ellas.

<sup>22</sup> Los autos sacramentales son piezas de teatro de temática religiosa que se basan en alegorías y simbologías para representarlos.

<sup>23</sup> Obras de teatro que tenían como tema la Pasión y Muerte de Cristo y el martirio de los santos, entre otros

reemplazan a la comunión que era infrecuente; también la recitación del Rosario en el que las 150 avemarías reemplazan a los 150 salmos de la Liturgia de las Horas; en el Viernes Santo aparecen un sinnúmero de formas de vivir el Misterio de Cristo en su Pasión y Muerte hasta el punto de reemplazar la misma acción litúrgica del Viernes Santo.

- Se incrementan las formas populares del culto a la Santísima Virgen María y a los santos: peregrinación a Tierra Santa, veneración de las reliquias, súplicas letánicas y el sufragio por los difuntos.

- Aumentan considerablemente los ritos de bendición aunque acompañados de otros ritos propios con una mentalidad naturalista anterior incluso al cristianismo.

- Se crean “tiempo sagrados” al margen del Año Litúrgico como: días de ayuno, triduos, septenarios, octavarios, novenas y meses dedicados a devociones populares.

Hacia finales de esta época tanto la Liturgia como la piedad popular entran en un período de crisis ocasionado por la ruptura cultural de Occidente por las invasiones bárbaras y la Caída de Roma. La piedad popular, por falta de una catequesis adecuada, sufre desviaciones y exageraciones del mensaje que quiere transmitir.

#### **2.2.4. La Época Moderna**

Lo propio de la piedad popular en esta época radica en que se produce una tendencia a lo meditativo y afectivo. Aparecen grandes maestros espirituales que con sus escritos van encaminando a la piedad popular a un encuentro sentimental y contemplativo de la vida de Jesús. Uno de los libros que nos presenta esta nueva

forma de piedad popular es “La imitación de Cristo” de Tomás de Kempis. Desde el siglo XV hasta el XVII se desarrollan las grandes misiones motivadas por los descubrimientos de nuevos caminos y tierras. En los sitios de misión los ejercicios de piedad se convierten en un medio para transmitir el mensaje evangélico y conservar la fe cristiana. Estos ejercicios de piedad son propagados por los misioneros.

Para esta época parece que la influencia de la piedad popular fue poca en comparación con otras épocas, entre otras razones por la presencia de normas tuteladas por la Iglesia de Roma. Después del Concilio Lateranense V comienza la crisis surgida a partir del protestantismo que apunta sus principales dardos a la forma como la Iglesia realiza su culto no solo en la Liturgia sino también en la piedad popular.

La respuesta de la Iglesia a la crisis de la Reforma fue el Concilio de Trento. En este Sínodo la preocupación fundamental giró en torno a la recuperación de la pureza doctrinal en lo referente a la Liturgia. Este trabajo se hizo eliminando ciertos elementos que eran extraños a la Liturgia por estar demasiado ligados a la sensibilidad popular. Todos estos esfuerzos, sin embargo, produjeron consecuencias inesperadas en la relación Liturgia-piedad popular que favorecieron el dualismo del que se ha hablado anteriormente. La rigidez con que aparecía la Liturgia tuvo su legítimo contradictor en la piedad popular que, a diferencia de la Liturgia oficial, dejaba al fiel desarrollar su creatividad e imaginación. Esta creatividad trajo también exageraciones fantásticas y confusas que la Iglesia tuvo que aclarar poniendo reglas que ayudaban a que los ejercicios de piedad no se desligaran de la doctrina ortodoxa. De esta época vienen las Cofradías, instituciones dedicadas a los misterios de la Pasión del Señor, a la Virgen María y a los santos Patronos, estas instituciones tenían una triple finalidad: la penitencia, la formación de los laicos y las obras de caridad. Dentro del trabajo de las Cofradías se pueden destacar también la creación de imágenes bellísimas que hasta el día de hoy son llevadas en las grandes procesiones en todo el mundo católico y que sostienen la fe de millones de personas. Son muy conocidos los “pasos”, procesiones dirigidas por las asociaciones y

cofradías creadas para el efecto, que se desarrollan durante la Semana Santa en algunas ciudades de España y en todos los países de tradición hispana.

Los ejercicios de piedad surgidos en esta época se escriben en manuales de oración compuestos en lengua vernácula lo que facilitaba su rezo en los distintos momentos del día y del año y también para las más variadas circunstancias de la vida. La existencia de una gran variedad de ejercicios piadosos, sin embargo ocasionó que se superpusieran a las celebraciones litúrgicas coincidiendo ambas en los mismos lugares y tiempos. Es conocido, hasta el día de hoy, el caso de personas de edad avanzada que rezan en su manuales de oración mientras se celebra la Santa Misa, esto hace que no participen en la Liturgia y se alejen de la comunidad y de la lectura y explicación de la Sagrada Escritura.

Un momento histórico de crisis y persecución para la Iglesia fue la Revolución Francesa y el Racionalismo imperante después de ella. No solo fue enfrentar a quienes hablaban de una religión racional o de un ateísmo práctico desde fuera, sino también enfrentar a quienes desde dentro de la Iglesia querían transformarla a su provecho. La crisis dentro de la Iglesia tuvo el nombre de Jansenismo que tuvo su influencia en gran parte de esta época.

El Jansenismo ha quedado como sinónimo de un cristiano austero y fervoroso. Algunos jansenistas proponían una liturgia más accesible al pueblo mediante el uso de la lengua vernácula y una Iglesia en la que sacerdotes y laicos tuvieran más espacio frente a los obispos. Los jansenistas defendieron los derechos de la conciencia contra la razón de Estado. Sin embargo, algunos consideran que su estrechez de espíritu quizá se encuentra en el origen de una desafección religiosa (citado en Comby, 2007, pág. 242)

El texto anterior menciona un detalle que, conforme pasan los años, se hacía urgente en el culto divino: traducir los textos litúrgicos y la misma Sagrada Escritura a las lenguas vernáculas. Al terminar esta época moderna, alrededor del siglo XVIII, la Iglesia tiene un nuevo auge misionero. Esta nueva perspectiva de expansión del Evangelio, sin embargo, mantiene las dificultades de las anteriores experiencias

misioneras de los siglos XVI y XVII. Entre otras dificultades encontramos el afán de la pureza litúrgica siguiendo la fisonomía romana y el peligro de que la piedad popular se reduzca a un sincretismo religioso, en especial en aquellos lugares donde la evangelización no ha sido con la profundidad que requiere.

De esta manera, en medio de la crisis ocasionada por los vertiginosos cambios políticos, sociales y económicos de esta época, la piedad popular se desarrolla como una verdadera muralla que defiende la fe de la mayor parte del pueblo de Dios de los efectos negativos del movimiento protestante, de la ilustración francesa y del jansenismo. Las devociones al Corazón de Jesús y la consagración “popular” del tiempo para reflexionar en el Misterio Cristiano son algunos de los aportes más significativos para la Iglesia.

### **2.2.5. La Época Contemporánea**

En los últimos 25 años del siglo XIX se manifiesta en la Iglesia un propósito grande de renovación del culto cristiano. Esta renovación parte de un fundamento eclesiológico que define a la Iglesia no solo como sociedad Jerárquica sino también como Pueblo de Dios y comunidad cultural. Este nuevo concepto que se va enraizando en la teología cristiana hace que los grandes maestros de Liturgia se esfuercen por hacer de ella una expresión cultural, sentida y participada de todo el Pueblo de Dios.

Este nuevo modo de considerar la Liturgia favorece el incremento de la piedad popular, incremento que va desde la creación de nuevos cantos y subsidios litúrgicos bilingües (latín-lengua vernácula) hasta la difusión de devocionarios. La aparición de la corriente filosófico-literaria llamada del Romanticismo es también otro motivo para que se despierte en el corazón de los fieles el sentimiento y la búsqueda de Dios desde la piedad popular.

Otra característica propia de esta época es la aparición de los grandes santuarios, especialmente marianos, que deben su culto a la realización de hechos prodigiosos, entre ellos tenemos a Lourdes<sup>24</sup> y Fátima<sup>25</sup>. Estos Santuarios se convierten para los fieles en lugares hacia donde se debe peregrinar para encontrarse con Dios en los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía, pero también lugares para expresar de todas las formas posibles la piedad mariana.

Pese a todos estos aspectos positivos es necesario indicar que todavía siguen persistiendo en esta época en la piedad popular rezagos de un problema que aqueja al culto cristiano desde hace siglos: la superposición de los ejercicios de piedad sobre las acciones litúrgicas. Sobre este tema el Papa san Pío X (1903-1914) puso en claro la superioridad objetiva de la Liturgia sobre toda otra forma de piedad en el Motu proprio *Tra le sollecitudine*, en el que afirma:

Con este motivo, y para que de hoy en adelante nadie alegue la excusa de no conocer claramente su obligación y quitar toda duda en la interpretación de algunas cosas que están mandadas, estimamos conveniente señalar con brevedad los principios que regulan la música sagrada en las solemnidades del culto y condensar al mismo tiempo, como en un cuadro, las principales prescripciones de la Iglesia contra los abusos más comunes que se cometen en esta materia

. Al afirmar esto el Santo Padre ponía las bases para una mejor comprensión de la relación Liturgia-Piedad popular, relación que será vastamente explicada en el Concilio Vaticano II. Estos esfuerzos del Papa san Pío X perseguían al final un solo objetivo “favorecer en los fieles la comprensión, y consiguientemente el amor por la celebración de los sagrados misterios, renovar en ellos la conciencia de pertenecer a un pueblo sacerdotal” (DPPL 46).

---

<sup>24</sup> Aparición de la Virgen María a María Bernardette Soubirous en 1854 en Lourdes (Francia) y que hoy es un santuario al que acuden millones de peregrinos en busca de paz y salud para sus almas y sus cuerpos.

<sup>25</sup> La Virgen María se apareció en Fátima (Portugal) a tres niños pastores Jacinto, Francisco y Lucía. A esta última la Virgen María le revela los conocidos secretos de Fátima. Hoy es uno de los santuarios más grandes del mundo a donde acuden millones de peregrinos.

Pese a estos esfuerzos, surgió en la Iglesia un movimiento que veía con recelo esta apertura a la piedad popular y en su afán de mantener la pureza litúrgica rechazó toda manifestación de piedad popular nacida en la edad media o en la época postridentina. El ideal que se planteaba era el volver al modelo ideal: la Liturgia de los primeros siglos del Cristianismo. Frente a esta posición el Papa Pío XII en su carta encíclica *Mediator Dei*, numeral 217, de 1947, defiende los ejercicios de piedad al decir que:

Cuando hablábamos de genuina y sincera piedad, hemos afirmado que no podía haber verdadera oposición entre la sagrada liturgia y los demás actos religiosos, si éstos se mantienen dentro del recto orden y tienden al justo fin; más aún, hay algunos ejercicios de piedad que la Iglesia mucho recomienda al clero y a los religiosos

La defensa de los ejercicios de piedad se establece por tres razones: primero por haber sido aprobados y recomendados por la misma Iglesia; segundo porque han sostenido la vida espiritual de los fieles en las épocas álgidas de persecución y crisis; y, tercero, por haber producido en la vida de tantas personas frutos innegables de santidad, salvaguardando de esta forma, la fe cristiana y ayudando a su difusión.

### **2.3. PRINCIPALES MANIFESTACIONES DE PIEDAD POPULAR EN AMÉRICA LATINA**

El documento de Aparecida es el documento eclesial regional que más valor ha dado a la religiosidad y a la piedad popular de los pueblos latinoamericanos. Aunque el documento utiliza indistintamente ambos términos podemos encontrar el aporte tanto del uno como del otro en la labor evangelizadora de la Iglesia. En el numeral 37 Aparecida reconoce el enorme valor que ha tenido y sigue teniendo la religiosidad popular en la evangelización de los pueblos latinoamericanos pues, dice que ella, “ha

contribuido a hacernos más conscientes de nuestra común condición de hijos de Dios y de nuestra común dignidad ante sus ojos, no obstante las diferencias sociales, étnicas o de cualquier otro tipo” (DA 37).

De acuerdo con esta idea la religiosidad popular ha respondido aquí, como en otros lugares del mundo, al misterio planteado por algunos evangelizadores de que Dios llega antes que los misioneros. Con esta frase se quiere valorizar lo que san Justino llamaba “las semillas del Verbo” presentes en las diversas manifestaciones autóctonas de religiosidad de un pueblo que nacen de la sed que este tiene de Dios y de lo trascendente. En nuestro continente la religiosidad popular ha logrado cohesionar de tal forma a nuestros pueblos que su identidad depende, en gran parte, de los modos y formas de celebrar los actos de fe popular. Junto a este aspecto, más cultural que religioso, encontramos también el valor espiritual pues la religiosidad popular, en todas sus manifestaciones ha hecho que quienes vivimos en estas tierras vayamos tomando conciencia de nuestro ser de hijos de Dios, puesto que uno de los pilares de la religiosidad popular ha sido el transmitir el mensaje de un Dios que es Padre.

Otro valor que el documento de Aparecida rescata con respecto a la religiosidad popular es su carácter axiológico. El número 93 de Aparecida elabora una lista de valores que se han desarrollado y se han enriquecido a partir de las múltiples formas de auténtica religiosidad popular.

El número 99 de Aparecida destaca la piedad eucarística y la devoción mariana como los dos puntales en los que se asienta la piedad popular de nuestros pueblos. Todas las fiestas, celebraciones, devociones y actos religiosos tienen su centro en Jesús Eucaristía y tienen presente, siempre, la veneración a María.

El entonces Cardenal Jorge Mario Bergoglio en una entrevista al terminar la Asamblea General de Aparecida explicaba el valor que ella había dado a la religiosidad popular. Entre sus pensamientos hay uno que quizá marca el camino

hacia la nueva evangelización de nuestros pueblos en todos los campos de la pastoral especialmente en el de la piedad popular, el cardenal Bergoglio nos decía:

Ver a nuestra gente no como debería ser, sino cómo es para ver qué es necesario. Sin previsiones o recetas, sino con apertura generosa. Dios habló para las heridas y para las fragilidades. Dejemos que el Señor hable... En un mundo en el que no logramos interesar con las palabras que decimos, solamente Su presencia que nos ama y nos salva puede interesar. El fervor apostólico se renueva porque somos testimonio de Aquel que fue el primero en amarnos (Bergoglio, 2013).<sup>26</sup>

El futuro papa Francisco invita a los pastores a reconocer que nuestra misión está en dar a los fieles la formación necesaria para valorar las diversas manifestaciones de fe, entre ellas la religiosidad y la piedad popular, a la luz del evangelio. Estas expresiones de fe son parte esencial de la vida de los pueblos, por eso el futuro papa Francisco pide respeto a estas formas de expresión de fe popular y anima a buscar lo que sea necesario para ayudar ellas sean verdaderas expresiones vivenciales del evangelio.

Todos estas ideas planteadas por la Asamblea de Aparecida y por el entonces cardenal Bergoglio nos invitan a mirar las diversas manifestaciones de piedad popular de nuestros pueblos con ojos llenos de fe y de esperanza. Para enumerar las principales manifestaciones de la piedad popular en nuestro continente se seguirá la lista que elabora el documento de Aparecida en el título que corresponde a *La piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo*.

### **2.3.1. Las fiestas patronales**

Como se analizó ya en un título anterior la fiesta no solo forma parte de la

---

<sup>26</sup> Estas palabras se encuentran en una entrevista publicada en <http://vaticaninsider.lastampa.it/es/en-el-mundo/dettagliospain/articolo/gmg-26681/>

religiosidad popular sino también de la idiosincrasia de nuestros pueblos latinoamericanos. De entre todas las fiestas que se celebran, las fiestas patronales resultan las más conocidas y quizá las de más antigüedad también. Pudo tener su inspiración en las religiones antiguas, especialmente la greco-romana, en la que se acostumbraba poner una actividad, un pueblo o una región bajo el patrocinio de uno de los dioses del Panteón. Había dioses para todas las actividades que realizaba el ser humano.

Con la llegada del Cristianismo esta costumbre se asimiló en la forma de patrocinio de Jesucristo, de María o de algún Santo sobre un pueblo o una región e incluso sobre algunas actividades particulares de los fieles. La historiadora colombiana Alba Irene SÁCHICA, líder del proyecto Bicentenario del Instituto de Humanidades de la Universidad de la Sabana en una entrevista publicada en internet explica el origen de las fiestas patronales diciendo que

En principio son tomadas de la influencia hispana y la vinculación de los principios religiosos a las actividades culturales, económicas o fenómenos físicos de las regiones; en tal sentido en el territorio colombiano, siempre se busca encomendar dichas actividades a un santo que desempeña la labor de protector o benefactor por ejemplo para la siembra o la cosecha; o frente a fenómenos climáticos; o catástrofes naturales.<sup>27</sup>

En nuestro país casi todas las parroquias y en su totalidad las parroquias rurales mantienen viva la expresión de su fe en la realización de las fiestas patronales. Cada parroquia según una antigua tradición de la Iglesia es dedicada al patrocinio de un Misterio de Cristo o de la Virgen María o a un santo aprobado por la Iglesia. Alrededor de la devoción al patrono o patrona del lugar se ha ido desarrollando una serie de actividades que con el pasar de los años han ido enriqueciendo la fiesta popular.

---

<sup>27</sup> El contenido completo de la entrevista de la cual he extraído la cita textual se encuentra publicado en internet con la dirección <http://www.pueblospatrimoniodecolombia.travel/las-fiestas-patronales-desde-el-punto-de-vista-historico> Recuperado el 27 de octubre de 2013

A la fiesta patronal, propiamente dicha, que es un momento de alegría por el encuentro con todos los fieles de una parroquia o de un lugar se han agregado diversos elementos, unos nacidos de la religiosidad popular y otros de la piedad popular. En los elementos provenientes de la religiosidad popular podemos encontrar ciertos aspectos de sincretismo religioso por cuanto, algunas tradiciones y costumbres indígenas se han trasladado a la fiesta patronal. El juego, el baile, la diversión, el disfraz, los juegos pirotécnicos, la música, la comida son algunos de estos elementos. Por otra parte de la piedad popular han nacido otros elementos que han venido a enriquecer la vivencia de la fiesta patronal, como por ejemplo, la celebración de la novena previo a la fiesta patronal, el rezo de la Salve en el día de vísperas de la fiesta, la peregrinación al centro de la parroquia, la veneración a las imágenes que representan a los santos Patronos, el cambio de manto, las oraciones propias al santo Protector entre otros.

Todos estos elementos han hecho de la fiesta Patronal un verdadero momento de encuentro con Dios y con miembros de la comunidad en la que se celebra la fiesta. En las parroquias rurales sobre todo existe el afán de participar con cariño y responsabilidad de las distintas obligaciones que trae una fiesta patronal. Se produce una verdadera “minga” para realizarla.

Sin embargo de estos aspectos, que en general son positivos, se encuentra en la Fiesta Patronal otros elementos que podrían desvirtuar el aspecto comunitario y celebrativo de la fiesta. En nuestros pueblos todavía quedan rezagos de los sacrificios de animales, propios de culturas pre cristianas, como por ejemplo, la corrida de gallos, la corrida de toros y otras expresiones que bien pudieran pasar como bárbaras en los tiempos modernos. Hasta hace algunos años, por ejemplo, en la parroquia La Merced del Valle de los Chillos, en la Arquidiócesis de Quito, se mantenía la costumbre de tirar a los gallos desde las torres de la iglesia parroquial hacia el pueblo congregado en el parque. Esto se convertía en un acto trágico de descuartizamiento del pobre animal mientras estaba vivo. Esta costumbre, para

satisfacción de muchos, ha desaparecido gracias a un decreto ejecutivo del Presidente del Ecuador.

Otro aspecto que opaca los aspectos positivos que tiene la fiesta patronal es el consumo del alcohol. Se ha llegado a decir en ciertos sectores de la sociedad que el licor es parte de la idiosincrasia de la fiesta, parte de su celebración. Testimonio de este paradigma equivocado a la luz del Evangelio, es la descripción de la fiesta de San Juan en la parroquia de San Pablo del Lago en la provincia de Imbabura que dice:

El arranque de gallos es un ritual en el que una persona o una institución entrega dos gallos, una canasta de mote, una jarra con veinte litros de chicha y una poma de trago (aguardiente) de cinco litros a la persona que será el “capitán de los gallos” el próximo año...Los invitados al gallo caldo llevan al prioste una botella de aguardiente...también se brinda chicha y licor durante todo el día(Moya, 1995, pág. 48)

Es tarea de la Iglesia evangelizar este aspecto que tanto daño hace a la familia y a la sociedad de modo que la fiesta Patronal no sea un pretexto para el consumo del licor con sus consiguientes consecuencias nefastas para todos.

En conclusión se puede decir que la fiesta Patronal es el alma de toda la piedad popular porque en ella confluyen los más diversos elementos de devoción y religiosidad y además está abierta a nuevas y modernas expresiones de piedad popular. Es común ahora las serenatas, las vigiliadas de oración, la adoración al Santísimo, el rezo del Rosario de la Aurora y otras manifestaciones de piedad popular y las que se irán creando gracias al impulso del Espíritu que orienta la vida del Pueblo de Dios.

### **2.3.2. El Rosario y el Viacrucis**

Son quizá las más significativas prácticas de piedad popular que el Pueblo de Dios ha desarrollado a lo largo de su caminar en la fe. El Santo Rosario de origen medieval ha calado hondamente en el corazón de los fieles como la oración por excelencia a la Madre de Dios y su Hijo Jesucristo. El Viacrucis, también con una historia de algunos siglos ha sido el acto de piedad popular más importante de la Semana Santa al punto de opacar la misma celebración Litúrgica de la Muerte del Señor.

El rezo del Santo Rosario surge aproximadamente en el año 800 a la sombra de los monasterios, como Salterio de los laicos. Dado que los monjes rezaban los 150 salmos, a los laicos, los cuales en su mayoría no sabían leer, se les enseñó a rezar 150 padrenuestros. Al pasar el tiempo, se formaron otros tres salterios con 150 Aves Marías, 150 alabanzas en honor de Jesús y 150 alabanzas en honor de María.

En el año 1365 se hizo una combinación de los cuatro salterios, dividiendo las 150 Aves Marías en 15 decenas y poniendo un Padre nuestro al inicio de cada una de ellas. En 1500 se estableció, para cada decena, la meditación de un hecho de la vida de Jesús o María, y así surgió el actual Rosario de quince misterios (Aciprensa, 2013).

La palabra Rosario significa 'Corona de Rosas'. La rosa es la reina de las flores, así que el Rosario es la rosa de todas las devociones y por lo tanto es la más importante. El Santo Rosario es considerado como la oración perfecta porque tiene su fundamento bíblico tanto en las oraciones que se repiten como en los misterios que se contemplan y meditan. De esta manera se entrelazan las dos formas de oración: mental y verbal.

El DPPL dedica algunas páginas a esta oración estableciendo algunas disposiciones para el rezo del Santo Rosario, entre otras, los días para cada grupo de misterios y la sugerencia de que se los rece de acuerdo al tiempo litúrgico en el que se encuentra la Iglesia. En el año 2002 el Beato Papa Juan Pablo II agregó a los tradicionales 15 misterios de la vida de Jesús cinco misterios que los llamó de la Luz, en los que se contempla pasajes de la vida pública del Señor.

En nuestros pueblos latinoamericanos el ejercicio piadoso del Santo Rosario adquiere diversos matices conservando su estructura esencial. Se lo reza para preparar el corazón y la mente a la celebración de la Santa Misa tanto en los días de fiesta como en los días ordinarios. Es la oración por excelencia en al menos dos meses del año: el mes de Mayo, mes de María, y el mes de Octubre, mes del Santo Rosario. Otra forma propia de rezar el Rosario en nuestras comunidades es la del Rosario de la Aurora, para ello los fieles madrugan los sábados o domingos del mes de Mayo para elevar cantos y oraciones a la Madre de Dios. En algunos sectores se lo hace durante todos los días del mes de Mayo o los primeros sábados de cada mes.

Con respecto a la devoción del Vía Crucis podemos comenzar indicando que su nombre es una expresión latina que significa "camino de la Cruz" y hace referencia al camino que recorrió Cristo durante su Pasión, desde el Pretorio de Pilatos hasta el Calvario. La expresión Vía Crucis, por tanto, designa a la oración acompañada de meditación sobre los acontecimientos ocurridos en ese camino de Cristo, al que se añaden el hecho de su muerte en la cruz, el descendimiento de la misma y su sepultura. Junto a diversas oraciones, en general de penitencia y arrepentimiento, se van intercalando catorce meditaciones, que se llaman «estaciones», porque los que hacen este ejercicio de piedad se «estacionan» o detienen unos momentos para meditar en cada uno de los siguientes acontecimientos o escenas.

Los antecedentes del Vía Crucis datan de los primeros siglos del cristianismo, de la piadosa compasión con que los cristianos primitivos veneraban los pasos de la Vía Dolorosa. La española Silvia Eteria, peregrinó a Tierra Santa en el siglo IV, en su libro "Peregrinatio" describe el ejercicio piadoso de los cristianos de Jerusalén, recorriendo durante la Semana Santa el camino del Calvario. En la actualidad existen dos versiones de las estaciones que componen el Vía Crucis (Rivero, 2013).<sup>28</sup> La primera, más antigua, data de hace siglos y contiene nueve estaciones provenientes de los Evangelios y cinco nacidas en la piedad popular de los cristianos que recorrían desde hace siglos el camino de Jesús hacia el Calvario. La segunda versión fue establecida por el Beato Juan Pablo II y se caracteriza porque todas las estaciones tienen su respectiva referencia bíblica en los Evangelios.

En Latinoamérica el Vía Crucis es el ejercicio de piedad más extendido durante la Semana Santa llegando su trascendencia ha sido tal, especialmente el Viernes Santo, que hasta el día de hoy opaca la misma celebración Litúrgica de la Muerte del Señor. El éxito de esta devoción se encuentra en su aspecto emotivo, puesto que al ser una invitación a acompañar al Señor en su vía dolorosa los sentimientos de las personas comienzan a mostrarse más sensibles frente al dolor y al sufrimiento de Jesús.

Como en otros lugares del mundo católico también en nuestro continente el rezo del Vía Crucis, sobre todo el del Viernes Santo, va acompañado de la dramatización correspondiente a cada escena. En diversas parroquias existen grupos ya establecidos desde mucho tiempo atrás que guardan la responsabilidad de representar a los distintos personajes de la Pasión del Señor. A pesar del paso de los años y el mundo secularizado en que vivimos todavía se mantiene en ciertos lugares una tendencia a dramatizar en vivo los dolores y sufrimientos de Jesús, maltratando e incluso crucificando a quien representa a Jesús. Esta costumbre ha traído una serie de dificultades en el ámbito de la evangelización pues los fieles se han quedado

---

<sup>28</sup> La historia del origen y formación del Vía Crucis está tomada, en forma resumida, del artículo de Jordy Rivero sobre el origen, significado y formación del Vía Crucis.

en la impresión y emotividad que causa el mirar el dolor “en vivo” del que representa a Cristo. Es necesario recuperar el sentido del Vía Crucis como una oración que nos invita a reflexionar sobre el camino de la Cruz pero sin perder de vista la Gloria de la Resurrección. Por el carácter sensible de nuestros pueblos, en muchas ocasiones el Vía Crucis se ha convertido en la meta y cumbre de toda la Semana Santa.

### **2.3.3. Las danzas y los cánticos del folklore religioso**

En nuestro continente, así como en otros lugares, a donde ha llegado el evangelio se ha llevado un proceso de inculturación del Evangelio en la vida de los pobladores autóctonos. Con el pasar del tiempo se produce también un proceso de enculturación por el cual la Liturgia fue asimilando algunos elementos propios de las diferentes culturas a la celebración cultural. Estos dos procesos han ido enriqueciendo el simbolismo del culto cristiano agregándole un carácter cercano y familiar a la liturgia.

El arte es el lenguaje universal en todas sus formas pero de un modo especial en la danza y la música. Se habla hasta el día de hoy de música sagrada y de baile sagrado para referirse a aquellas canciones o danzas que acompañan determinadas acciones culturales. Desde la época de la Colonia y frente a las exigencias de la Contrarreforma los fieles optaron por expresar su fe en la lengua vernácula creando cantos y danzas que demuestren la alegría por el encuentro con Dios. Es cierto que en muchos casos hubo cierto recelo por parte de los evangelizadores para adoptar ciertos cantos y danzas por considerarlas lesivas al mensaje del Evangelio, pero con el pasar del tiempo y después de un momento purificador, si era necesario, se fueron aceptando estas formas de expresión como expresiones de fe pública.

En América Latina se presentan muchísimas canciones, con variados ritmos y melodías autóctonos, que reflejan el fervor y la emotividad propios de la piedad

popular. En nuestro país, por ejemplo, es fácil encontrar en la memoria popular cantos a Jesús Niño y a la Virgen María entonados con ritmos como el sanjuanito, el yaraví, el albazo, el alza, el capishca, el danzante, el yumbo, el fox incaico, el pasacalle, el pasillo, la tonada, el aire típico y los ritmos afroamericanos como la bomba. La piedad popular ha hecho que en todos esos ritmos se escriban y se entonen cantos llenos de fe y esperanza con los que la gente sencilla expresa su cariño a Dios, reconoce su omnipotencia y pide con humildad auxilio en los momentos de peligro.

Uno de los casos más conocidos en el tema de la música folclórica y el culto divino es el del canto de la Salve, que tiene un ritmo de yaraví. Es un cántico religioso dedicado a la Virgen María que se puede escuchar hasta la actualidad en iglesias y procesiones de la sierra andina del Ecuador. La música de este canto según el musicólogo Segundo Luis Moreno puede “tratarse de un himno dedicado al Sol o al Inca de épocas precolombinas, que en tiempos coloniales los misioneros lo tomaron para imponerle un texto católico con la finalidad de que la evangelización sea más sutil” (Moreno, 2012)<sup>29</sup>. El musicólogo en mención afirma que en ese cambio de texto, la versión en lengua original debió perderse con el tiempo, quizá por sometimiento, pues, según el parecer de algunos historiadores, muchas expresiones indígenas fueron prohibidas y destruidas quedando solo la música con la versión de contenido cristiano. Según algunos estudiosos de la música autóctona del Ecuador este himno, conocido y cantado por el pueblo católico desde hace muchos siglos, fue un himno que, en su letra original, se dirigía al sol, incluso se puede encontrar una posible letra original a este canto con algunas objeciones históricas al mismo. La letra original, según Moreno, podría ser: “*Salve, salve Gran Señor / Salve poderoso Padre / Salve emperador del cielo / Hijo del eterno Padre*”. Esta teoría, sin embargo, no considera la posibilidad de que el texto actual haya nacido en la fe y el cariño entrañable de la gente a la Madre de Dios, por lo que, querer buscar un origen

---

<sup>29</sup> El estudio sobre el canto del Salve, salve gran Señora, del cual se ha realizado el presente resumen se encuentra en internet en esta dirección <http://soymusicaecuador.blogspot.com/2012/09/salve-salve-gran-senora-carta-mesias.html> Recuperado el 30 de octubre de 2013

demasiado forzado a este canto parece por lo menos, hecho con dedicatoria en contra de la piedad popular.

El caso de este canto y de otros que han surgido con ritmos autóctonos ha abierto un debate respecto al uso correcto de los ritmos autóctonos en la celebración de la Eucaristía. Existe una norma litúrgica que prevé que los cantos de la celebración de la Santa Misa tenga la solemnidad que requiere el acto litúrgico y además respondan a la tradición de la Iglesia que alaba a su Señor desde siglos. No se trata, entonces, de sustituir el canto gregoriano o litúrgico por el autóctono o folklórico sino de darle a cada uno el lugar que le corresponde en el culto que se le tributa a Dios. Solo de esta manera se puede rescatar la solemnidad, la tradición y la emotividad del canto al servicio del culto divino.

En relación a la danza o al baile religioso existe la tradición, sobre todo en culturas afros e indígenas, de acompañar las celebraciones litúrgicas con el baile o la danza que permita mostrar elementos propios de la cultura pero también alabar a Dios y dar solemnidad y colorido a la celebración. En nuestros pueblos es común en las fiestas religiosas encontrarnos con danzantes, disfrazados y otra serie de personajes que son parte de la cultura religiosa de un pueblo. Aunque estas manifestaciones tengan su origen en las celebraciones indígenas o afros anteriores a la llegada del evangelio, sin embargo es bueno recuperar su importancia en el hecho de que permite unir la alegría de la fiesta y la danza al culto verdadero que se le debe tributar a Dios.

En los últimos años se ha desarrollado una tendencia a utilizar la danza en la celebración de la Eucaristía, particularmente en el momento de la presentación de las ofrendas. Es una tradición saludable mientras no distraiga en demasía la atención que debe estar centrada en el Misterio que se está celebrando.

En conclusión se puede decir que, al ser tanto la danza como el canto expresiones de la emotividad del ser humano, bien pueden ser utilizadas como

instrumento para despertar, avivar y acompañar la piedad popular en sus diversas manifestaciones.

#### **2.3.4. El cariño y la veneración a los santos y a los ángeles**

Así como en toda la Iglesia, en nuestro continente latinoamericano la devoción llena de fe y cariño a los santos y a los ángeles es parte de la piedad popular, como los describe Moya en su libro *La fiesta religiosa indígena en el Ecuador* (1995, pág. 16). Nace en las devociones que fueron traídas por los primeros evangelizadores europeos y se desarrolla, en algunos casos, en la coincidencia de fechas entre el santoral romano y las fiestas ancestrales autóctonas. Las más importantes devociones a los santos se relacionan con los apóstoles pilares de la fe cristiana, por ejemplo, Pedro y Pablo, y con Juan Bautista, en su honor se celebran, sobretodo en el mundo indígena, fiestas solemnes que coinciden con el Inti Raymi autóctono. Los otros apóstoles también tiene su cariño y devoción sobre todo Santiago apóstol, patrono de España, por la influencia de este país en nuestros pueblos y San Judas Tadeo, por su fama de protector de las causa imposibles.

Luego de los apóstoles, tienen un lugar muy querido en la piedad popular los santos que han adquirido cierta relevancia sobre los demás, ya sea por las anécdotas de su vida, algunas hasta el límite de la ficción y de lo inverosímil, ya sea porque se les ha asignado la protección de algo en particular o porque la misma Iglesia universal les tiene cariño por su gran aporte a la comprensión y vivencia del Misterio de Dios. En el primero caso se encuentran santos como san Jorge, san Cristóbal, san Lorenzo, san Roque, San Antonio de Padua, san Cayetano, entre otros. En el segundo caso se encuentran San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Francisco de Asís entre los que más se destacan.

La devoción y el cariño a los santos crece en nuestro continente con la canonización de los santos propios, los santos de nuestro continente. En quinientos años de evangelización la gracia de Dios ha dado abundantes frutos de santidad en casi de todos los países latinoamericanos, muchos de ellos han llegado a tener una fama inmensa en el corazón de los fieles no solo de su país de origen sino también en otros países. Es el caso de San Martín de Porres y Santa Rosa de Lima famosos por sus obras de caridad y por su humildad. En nuestro país la gracia de Dios también ha dado frutos de santidad en tres santos muy queridos en nuestro país: Santa Marianita de Jesús, Santa Narcisa de Jesús y el Santo Hermano Miguel.

Desgraciadamente este cariño y devoción a los santos también ha ocasionado en la piedad popular ciertos rasgos de superstición, engaño o, incluso alejamiento de la Iglesia y confusión. En Venezuela y en muchos lugares de Latinoamérica es conocido el caso del Dr. Gregorio Hernández a quien la religiosidad popular lo tiene por santo, sin estar reconocido por la Iglesia como tal. El no reconocimiento de la Iglesia como santo se debe al apresuramiento con que la gente actúo con respecto a su persona al tributarle culto y veneración antes de que finalice el proceso de canonización. También se origina una grave dificultad en el uso que las leyendas, mitos y cuentos han hecho de la vida de los santos para exagerar en sus anécdotas o para darles poderes que rayan en la ficción. Esto ha ocasionado que se cree ciertos ritos mágicos, brujerías o hechizos que tienen como elemento importante la devoción a algún santo. Es el caso, en la región interandina de nuestro país de la invocación que se hace a san Gonzalo para realizar todo tipo de brujerías. San Gonzalo es un santo que se venera en el sector de Quisapincha, en la provincia de Tungurahua y pese a ser un santo franciscano hindú, en el sector se lo conoce como el “santo de la venganza” y los brujos del sector los han convertido en el patrocinador de la mala suerte, las enfermedades inexplicables y las muertes repentinas. La imagen de san Gonzalo tiene una daga en su espalda y sangra por la boca, los oídos y los ojos, recuerdo del martirio al que fue sostenido, ha servido para crear y fomentar los temores de la gente. Los brujos inventan libros donde escriben una lista con nombres de las personas a quienes, supuestamente el mencionado

santo está causando daño. Detrás de estas creencias se esconde un lucrativo negocio lleno de engaño y muerte.

Con relación a la fe en los ángeles son muy conocidas en nuestros pueblos las manifestaciones de piedad popular que tienen que ver con la presencia y compañía del Ángel de la Guarda y de san Miguel Arcángel. La piedad popular, al hablar de los ángeles, ha centrado su fervor en las oraciones al ángel de la Guarda para pedir su protección personal y al arcángel san Miguel para defenderse de las calamidades y peligros. No obstante, esta saludable devoción ha ocasionado, sobre todo en los últimos años, una tendencia a dar demasiada importancia a la presencia de los ángeles y de alguna manera a completar con la imaginación y la creatividad lo que el Magisterio de la Iglesia dice sobre ellos.

En ciertos sectores, sobretodo urbanos, la devoción a los ángeles ha degenerado en una especie de angelomanía que ha hecho que se busque nombres para un sinnúmero de ángeles, se los relacione con las predicciones zodiacales, se cree ritos que están en el mundo de la magia y el esoterismo o incluso se lo ha relacionado con el fenómeno alienígena<sup>30</sup>. Es urgente, entonces animar al pueblo de Dios a buscar en los orígenes de la fe el sentido propio de la presencia de los ángeles para evitar estos excesos que ocasionan graves daños a las personas y a la comunidad de fe.

### **2.3.5. La devoción mariana**

El papa Juan Pablo II en uno de sus plegarias a María, al referirse a su presencia en la vida de fe de los pueblos latinoamericanos decía:

---

<sup>30</sup>En la web abundan las direcciones que mezclan las creencias en los ángeles con la presencia alienígena y con esoterismo: [www.sekher.com/angeologia.htm](http://www.sekher.com/angeologia.htm); [www.sherryshiner.com/spanish/aliens-overthrow-america.htm](http://www.sherryshiner.com/spanish/aliens-overthrow-america.htm); [ec.tuhistory.com/programas/alienigenas-ancestrales.html](http://ec.tuhistory.com/programas/alienigenas-ancestrales.html)

Permítenos María, participar en tu peregrinación a través de los países de América del Centro y del Sur, donde eres tan conocida y venerada. Desde Guadalupe, en México, hasta la Aparecida, en Brasil; desde Luján en la Argentina hasta la Caridad del Cobre, en Cuba; desde Coromoto en Venezuela, hasta Copacabana, en Bolivia y en muchos otros lugares<sup>31</sup>

El texto citado, nos permite decir que uno de los pilares de la piedad popular de nuestros pueblos latinoamericanos es su cariño entrañable a la Madre de Dios manifestado en un constante y permanente peregrinar a los santuarios marianos que se han construido en toda América. En estos lugares los fieles se congregan en torno a las imágenes de la Virgen María para experimentar el amor de Dios en el amor entrañable de María. Las historias y leyendas que han nacido en torno a estas imágenes nacen de la experiencia de dolor y de las esperanzas de nuestros pueblos latinoamericanos; por eso la fiesta y el culto que la Iglesia ofrece a estas advocaciones nacionales se han ido convirtiendo en el eje de una evangelización popular.

María es representada en los distintos santuarios en cuadros prodigiosamente pintados, hallados o renovados, figuras de barro, madera o piedra; encontradas en el mar o en medio de los caminos; rescatadas del lecho de los ríos o talladas como respuesta a una gracia obtenida o en recuerdo de la liberación de un gran peligro; blancas, morenas, mestizas, mulatas, indias; estas representaciones de María, entrañablemente queridas, son un elemento fuerte en la pertenencia a la fe católica y la identidad de los emigrantes que, lejos de su tierra natal, reencuentran sus raíces en la devoción y el culto a la patrona de su nación y a la imagen que particularmente la representa. Como prueba de estas acendradas devociones a María Santísima en todos los pueblos del mundo, en la Basílica de la Anunciación, en Nazareth se conservan una réplica de todas las advocaciones de la Virgen María que se han presentado en el mundo.

---

<sup>31</sup>Juan Pablo II, Plegaria a la Inmaculada en la Plaza de España, Roma, diciembre 8 de 1993. Texto encontrado en internet en <http://campus.udayton.edu/mary/resources/spanish.html>. Recuperado el 1 de noviembre de 2013.

Una cosa es común a todos los orígenes de estas grandes advocaciones y es su hondo sentido popular; los hallazgos y apariciones suceden siempre entre la gente humilde y sencilla: indios, mestizos, pobres; gente de corazón abierto a la acción de Dios.

El documento de Aparecida, en el número 265, al hablar de la devoción mariana de los pueblo latinoamericanos afirma que en ella encuentran la ternura y el amor de Dios que se manifiesta en el rostro de María, “en ella ven reflejado el mensaje esencial del Evangelio, Nuestra Madre querida de Guadalupe, hace sentir a sus hijos más pequeños que ellos están en el hueco de su manto”

### **2.3.6. Las devociones familiares**

Este es otro espacio donde la gracia de Dios se manifiesta de un modo especial. La familia en América Latina sigue siendo, aunque con muchas dificultades, el lugar del primer encuentro con Dios, la primera escuela de la fe a pesar de los vertiginosos cambios que ha dado el mundo en las últimas épocas

La fe de nuestros pueblos latinoamericano se mantiene gracias al esfuerzo de las familias cristianas por mantener las devociones y tradiciones religiosas. La mayoría de estas tradiciones van marcadas por el transcurso del año litúrgico y, entre otras, tenemos: la novena navideña, la construcción del pesebre en familia, el rosario en familia, las oraciones antes y después de los alimentos. Todas estas devociones van haciendo crecer en el corazón de los niños y niñas el amor a Dios y la pertenencia a la Iglesia por lo que son el comienzo de una vida cristiana piadosa que, en no pocos casos, desemboca en el llamado a la vida sacerdotal o religiosa.

### 2.3.7. Las peregrinaciones

En las plegarias Eucarísticas se hace mención del peregrinar de la Iglesia cuando se dice “y al terminar nuestra peregrinación por este mundo”<sup>32</sup> o cuando se invoca la protección de Dios para “la Iglesia que peregrina en la tierra”<sup>33</sup>. Estos ejemplos nos recuerdan que quienes estamos luchando y trabajando en este mundo formamos la Iglesia que camina, que peregrina hacia el encuentro definitivo con el Señor. La peregrinación es, entonces, una dimensión propia de la Iglesia.

Esta dimensión de la Iglesia se manifiesta también en la piedad popular. La peregrinación va íntimamente unida a los santuarios o algún lugar de culto aprobado por la Iglesia, puesto que esa ellos son la meta de toda peregrinación. Durante todo el año se tienen noticias de las largas peregrinaciones que los fieles hacen hacia los grandes santuarios con la esperanza de encontrarse con Dios en los sacramentos para sentir su amor, su ternura y volver a la vida renovados con la certeza de que no están solos en el camino de la vida sino que Dios los acompaña.

Las procesiones también son pequeñas peregrinaciones en las que el Pueblo de Dios camina junto a una misma imagen o la misma presencia del Señor en la Eucaristía, para dar pública demostración de su fe y para recordar que estamos en este mundo de paso que caminamos hacia la eternidad como reza el prefacio I de los difuntos “al terminar la carrera de nuestra vida mortal”.

La peregrinación tiene su referente bíblico en las grandes caminatas que hizo el pueblo de Israel trashumando de un sitio a otro por mandato del Señor y en las

---

<sup>32</sup> Texto tomado de la Plegaria Eucarística Va

<sup>33</sup> Texto tomado de la Plegaria Eucarística III

peregrinaciones que Jesús cumplió caminando hacia Jerusalén, la ciudad Santa. Junto al valor bíblico de la peregrinación está también el valor cultural y cultural porque es una experiencia religiosa común a todas las religiones del mundo:

La peregrinación es una experiencia común a la humanidad desde los orígenes. Marcha personal y colectiva hacia un lugar sagrado, tiende al encuentro con la divinidad, para una acción de gracias o una intercesión, y después un retorno a la vida cotidiana, con el corazón cambiado. En todas las religiones, es un acto cultural que pone en movimiento la memoria colectiva fundante a través de los ritos, de los signos y de los símbolos<sup>34</sup>

Los dos verbos que acompañan y dan sentido a la peregrinación son el caminar y el encontrarse. El caminar recuerda el estado en el que los fieles están en este mundo: peregrinos, caminantes, viajeros. El encontrarse hace referencia a la meta final que el cristiano tiene una vez terminada la carrera de su vida mortal. En el camino el cristiano va experimentando diversas formas de piedad aprendidas o nacidas de la creatividad impulsada por el mismo Espíritu. Los cantos, los actos penitenciales, las lecturas bíblicas, el rezo del Rosario, entre otros son manifestaciones de un caminar dinámico que mantiene prendida la esperanza de poder llegar hasta la meta. El caminar de la peregrinación es una invitación a compartir con el otro, con el hermano, con el que de pronto puede parecer extraño al inicio del camino pero que se hace conocido gracias a los momentos de dificultad que hay que atravesar juntos. La llegada a los sitios sagrados también reviste especial importancia, por cuanto hace que el peregrino satisfaga su sed de Dios en el encuentro con Él en los sacramentos, especialmente, la Eucaristía y la Reconciliación. Es en este momento cuando el peregrino puede sentir la gracia de Dios que le llama a la conversión y son muchos los testimonios que dan cuenta de esta acción salvífica de Dios en la vida de tantas personas.

La riqueza espiritual que tiene la peregrinación, sin embargo se ve empañada por algunos excesos o por introducción de elementos extraños al verdadero sentido

---

<sup>34</sup>El texto está extraído del Documento final del I Congreso Mundial de Pastoral de los Santuarios y Peregrinaciones (1992) que consta en el Dossier sobre la Religiosidad popular y Santuarios.

de la peregrinación. Los excesos se presentan en los actos penitenciales que se realizan en la peregrinación cuando se convierten en espectáculos que rayan en el masoquismo y pierden el sentido de la penitencia para convertirse en castigo autoinfligido. También afectan al verdadero sentido de la peregrinación ciertos elementos extraños a la misma que ya sea por desconocimiento, por negligencia o por algún otro motivo han entrado en la vivencia de esta práctica de la piedad popular. Entre otros elementos extraños se puede apuntar: el consumo del licor durante la peregrinación, el negocio indiscriminado de objetos religiosos y de otros objetos que nada tienen que ver con la peregrinación y la invitación a la diversión y al libertinaje aprovechando la multitud de personas que participan en la peregrinación. Todos estos aspectos requieren atención especial en el proceso de evangelización de las peregrinaciones para que en realidad sean espacios de conversión y vivencia del Evangelio.

### CAPÍTULO III

#### EL EVANGELIO QUE CREEMOS Y ANUNCIAMOS

Los evangelios sinópticos nos traen, en la escena de la Ascensión del Señor al cielo las palabras de Jesús con respecto a la misión que los apóstoles y, luego la Iglesia, debían realizar en el mundo. Cada evangelio con su particular perspectiva de Cristo procura, de manera didáctica, explicar las acciones de la obra evangelizadora. Aunque han pasado dos mil años de esa emotiva escena de envío del Señor a los apóstoles, su mandato sigue vivo y permanente y al mismo tiempo urgente y necesario para el mundo de hoy. Dos verbos reflejan el contenido de este mandato: creer y anunciar.

En el evangelio de Marcos Jesús les manda a los apóstoles: “Id por todo el mundo proclamando la buena noticia a toda la humanidad. Quien crea y se bautice se salvará; quien no crea se condenará” (Mc. 16,15) Este evangelio comienza y termina con el término griego “euangelion”, es decir buena noticia. Para Marcos la buena noticia es el mismo Cristo, y por eso, el mandato de ir por todo el mundo proclamando la buena noticia, equivale a decir que deben ir por todo el mundo anunciando lo que han visto, lo que han oído, lo que han compartido con el Maestro, es decir, todo lo que aprendieron en la escuela de la fe.

San Mateo nos refiere la misma escena de la ascensión y envío en el capítulo 28. El mandato de Jesús es: “Id a hacer discípulos entre todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir cuanto os he mandado” (Mt. 28,19-20). En el texto de Mateo

superviven también los principios de la obra evangelizadora: creer y anunciar. El anuncio kerigmático se concentra en el misterio de la Trinidad, misterio revelado por el mismo. El misterio de la Santísima Trinidad, es la novedad de Cristo que en su predicación hablaba de Dios como familia o comunidad de Amor.

El relato que hace san Lucas de la escena del envío de los Once dice: “Así está escrito que el Mesías tenía que padecer y resucitar de la muerte, que en su nombre se predicaría penitencia y perdón de pecados a todas las naciones empezando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de ello. Yo os envío lo que el Padre prometió” (Lc. 24, 46-48). Se resalta el testimonio, es decir, la vivencia y experiencia que los apóstoles han tenido con Jesús como la fuente de la evangelización. Se menciona también la presencia vital del Espíritu Santo como la fortaleza que hará que todo creyente lo sea de palabra y también con las obras.

Ahora se analizará cada uno de los fundamentos de nuestra fe para luego describir, de manera muy concisa, las expresiones de religiosidad y piedad popular que se producen en relación con la fe confesada en el Credo.

### **3.1. EL DIOS QUE ES AMOR Y NOS HABLA**

La novedad del mensaje de Cristo fue mostrar a Dios que es amor. Pero el amor entendido, no como en el Antiguo Testamento, un amor celoso, violento, pasional, que nacía de la comprensión que el ser humano tenía de Dios antes que de lo que era Él realmente. Pese a esta limitación el pueblo de Israel pudo descubrir, poco a poco, que Dios solo tenía una razón para darse a conocer y para escogerlo entre todos los pueblos y llamarlo pueblo suyo, esa razón era el amor gratuito. Solo el amor era la explicación para que Dios, a lo largo del Antiguo Testamento, no dejara de salvarlo y de perdonarle sus infidelidades y pecados. Los profetas

ayudaron a comprender mejor esta realidad con diversas comparaciones, así, el amor de Dios es comparado con el de un padre a su hijo (Cfr. Os. 11,1); es más grande que el amor de una madre “aunque tu madre te olvide, yo no me olvidaré de ti” (Is. 49, 15); Dios ama a su pueblo más que un esposo a su amada (Cfr. Is. 62, 4); es un amor que vence todas las infidelidades y está siempre dispuesto al perdón (Cfr. Ez. 16, 4).

En el Nuevo Testamento Jesucristo revela al Padre en su máxima expresión del amor, sus palabras en el momento cumbre de su misión salvadora revelan la grandeza del amor “este es mi mandamiento nuevo: que os améis uno a otros como yo os amé” (Jn. 15,12) “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Único Hijo” (Jn. 3, 16).

El amor de Dios es eterno y misericordioso es otra de las verdades que proclama la Sagrada Escritura a lo largo de sus páginas. Ya los profetas lo anuncian al decir que Dios ama con amor eterno y sin medida ni cálculos. (Jr.31,3). En los umbrales del fin de la revelación escrita el apóstol Juan afirma en sus cartas que “Dios es amor”(1Jn. 4,8), lo que quiere decir que la esencia, el ser mismo de Dios es Amor. Al final de los tiempos Dios, en la prueba máxima de su amor, decide revelarse a la humanidad tal y como es en su intimidad: Dios es una comunicación de amor Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios revela al ser humano su ser esencial en el Misterio de la Trinidad.

Ahora bien el Dios que es amor y que quiere manifestar su amor revelándose tal y como es, se revela en el momento en que nos habla. Así nos lo recuerda la Constitución “Dei Verbum” del Concilio Vaticano II, en el número 2, “*En esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía*”. Dios habla al ser humano como amigo para mostrarle quién es y qué espera de quien lo escucha y lo recibe. En el evangelio este anhelo se concretiza en la obra y vida de Jesús de Nazareth porque en cada uno de sus obras es Dios el que va obrando para mostrarnos su amor

incomparable. Con su presencia en cada una de las tareas que realiza habitualmente el ser humano Jesús santificaba el trabajo y el obrar humano. La Constitución Dogmática “Gaudium et Spes”, en el número 32, nos recuerda este particular al decir que *“el mismo Verbo encarnado quiso participar de la vida social humana. Asistió a las bodas de Caná, bajó a la casa de Zaqueo, comió con publicanos y pecadores. Reveló el amor del Padre y la elevada vocación del hombre”*

La piedad popular es un espacio de encuentro con Dios que es amor y que nos habla. Así nos lo dice el documento de Aparecida, en el número 261, cuando menciona que:

En distintos momentos de la lucha cotidiana, muchos recurren a algún pequeño signo del amor de Dios: un crucifijo, un rosario, una vela que se enciende para acompañar a un hijo en su enfermedad, un Padrenuestro musitado entre lágrimas, una mirada entrañable a una imagen querida de María, una sonrisa dirigida al Cielo en medio de una sencilla alegría

Estos momentos de fe popular despiertan en el creyente esa sed de Dios latente en el corazón de cada ser humano. Es un primer momento del camino hacia el encuentro con Dios. Es cierto que para algunos este momento de fe popular puede ser como un arma de doble filo, puesto que, así como nos puede llevar a saciar nuestra sed de Dios también puede hacer que el ser humano se quede en el pozo y no avance hacia la fuente. El Documento de Aparecida aclara este panorama para indicarnos que toda forma de espiritualidad nace en la acción del Espíritu y en la iniciativa gratuita del amor de Dios, pero que es importante que toda experiencia de fe esté impregnada de la lectura asidua y consciente de la Palabra de Dios guiada por el Magisterio de la Iglesia.

Dentro de los principios teológicos para la valoración y renovación de la piedad popular que ofrece el Directorio, en el numeral 79, se establece el que se debe tener siempre presente que la salvación del hombre es un don de Dios que brota de su misericordia, de una manera absolutamente libre y totalmente gratuita.

Todo el conjunto de los acontecimientos y palabras mediante los cuales Dios manifiesta su deseo de salvar al ser humano se dan en un marco de diálogo continuo entre Dios y el hombre. En este diálogo es Dios el que toma la iniciativa, porque eso es propio del que ama, y que exige por parte del hombre una actitud de escucha en la fe y una respuesta de obediencia a la fe. El capítulo 11 de la Carta a los Hebreos manifiesta esta realidad exponiendo una serie de ejemplos de los grandes hombres y mujeres de fe de la Sagrada Escritura.

Toda forma de culto y alabanza que le podemos tributar a Dios que es Amor y que nos habla, debe tener algunos elementos propios que, aunque no están enumerados en el Directorio (DPPL 80-82), se los puede enlistar de la siguiente manera:

1. Es la memoria de las maravillas de Dios. El pueblo de Israel comprendió que Dios lo amaba por las obras que había realizado por Él a lo largo de su historia. Uno de los salmos, escrito en forma litánica, repite constantemente esto que parece ser el motivo por el que se debe creer en Dios, la prueba de su amor; el salmo repite “porque es eterna su misericordia”. En la piedad popular esta costumbre antiquísima del pueblo de Israel se presenta de una forma viva y permanente sobre todo en las grandes peregrinaciones hacia los santuarios. En esas grandes caminatas el creyente va reflexionando en cómo el amor de Dios se ha ido manifestando a favor suyo a lo largo de su vida. Por eso, muchas personas, van con el deseo de agradecer a Dios por tal o cual favor recibido para sí mismos o para sus seres queridos, es decir en una palabra, están haciendo memoria de las maravillas de Dios obradas por su amor misericordioso.

2. Es el lugar en el que el Hijo nos habla del Padre. La carta a los Hebreos en sus primeros versículos expresa la dinámica con la que se ha desarrollado el diálogo entre Dios y el hombre. Dios hablaba de distintos modos al hombre hasta que en la etapa final de la historia quiso hablarnos a través de su Hijo. La palabra de Cristo es la misma palabra de Dios y su momento cumbre llega en la Pascua de su Muerte y

de su Resurrección, porque en ella Dios habla al mundo de su amor eterno y misericordioso. Pero al mismo tiempo que Jesús nos habla del Padre también nos enseña a ser hombres y mujeres de escucha. En Cristo tenemos el modelo de una existencia que en todo momento refleja la actitud de escucha de la Palabra del Padre y de aceptación de su querer, como un “sí” incesante a su voluntad, así nos lo recuerda el mismo Jesús en el episodio de la Samaritana cuando al preguntarle por si ha comido, la respuesta es “mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado” (Jn. 4, 34).

3. Tiene su origen y su fuerza en el Espíritu Santo. El Directorio es categórico y explícito respecto a la misteriosa y gratificante presencia del Espíritu en el culto al decir que *“sin la presencia de Cristo no hay auténtico culto litúrgico y tampoco puede expresarse la auténtica piedad popular”* (DPPL 79). La acción del Espíritu Santo, entonces, es absolutamente necesaria y determinante a la hora de dar culto al Padre por Jesucristo. San Pablo en su carta a los Romanos nos habla de esta acción del Espíritu al momento de orar o de dirigirnos al Padre, cuando dice:

El Espíritu de Dios viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros ni siquiera sabemos pedir lo que nos conviene, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables y el que escruta los corazones sabe cuáles son los deseos del Espíritu, porque intercede por los creyentes conforme a los designios de Dios (Rom. 8, 26-27)

En conclusión al hablar del misterio de Dios Amor, que se revela y que nos habla nos estamos refiriendo al misterio de la Santísima Trinidad. Este misterio, central para nuestra fe, debe ser fortalecido en todas y cada uno de las acciones cúllicas y piadosas que el creyente realice. La piedad popular es muy sensible al misterio de la Paternidad de Dios, al misterio del amor salvador de Cristo y al amor santificante del Espíritu Santo que va actuando en todos. Es deber de los pastores fortalecer estas grandes verdades de fe con la devoción y la piedad. La sed de Dios equivale, al reflexionar sobre este tema, en una sed de amor, pero no de cualquier

amor sino del amor que no termina, del que “todo lo soporta, todo lo cree y todo lo espera” (1 Cor. 13, 7).

### **3.2. JESUCRISTO, VERDADERO DIOS, QUE SE HACE VERDADERO**

#### **HOMBRE PARA MOSTRARNOS EL AMOR DEL PADRE.**

La segunda parte del Credo niceno-constantinopolitano se refiere a la segunda persona de la Santísima Trinidad, en ella se evoca todos los dogmas cristológicos desarrollados a lo largo de los primeros siglos de la Iglesia. Aunque tiene abundante terminología procedente de la filosofía griega, que en el mundo moderno es difícil de entender y aceptar, sin embargo sigue siendo el punto de referencia al hablar de Jesucristo. El texto del credo dice:

Creo en un solo Señor, JESUCRISTO, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz. Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo; y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre. Y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

En cada una de las líneas de esta parte del credo se puede mirar todo el proceso de escritura de esta fórmula de fe y todo el esfuerzo que conllevó a pensar todas y cada una de las palabras para ponerlas en este texto universal. Casi la mitad del texto cristológico está dedicado a presentar quien es Jesucristo y en cada una de sus artículos de fe se van resolviendo las dudas, las inquietudes y las equivocadas interpretaciones que las herejías plantearon a lo largo de los siglos acerca de la unión hipostática de Cristo, es decir, su doble naturaleza en una misma persona.

Pero en el corazón de toda esta reflexión filosófica y teológica hay algo más profundo, porque el Jesús de quien se dice es Hijo de Dios, es también alguien que nació en el pueblo judío en Belén en el tiempo del rey Herodes, de oficio carpintero, a quien los seguían miles y miles de personas, que eligió a doce para que estuvieran con Él, que renunció al matrimonio y que murió crucificado en Jerusalén en tiempos de Poncio Pilato. Todo esto nos lleva a proclamar que Cristo no es un ser inventado, imaginado o alterado por la conciencia colectiva de los primeros cristianos, sino que es Alguien que realmente existió, que vivió, que comió, que compartió, etc. Con esto tenemos el panorama claro Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

El acontecimiento único y totalmente singular de la Encarnación del Hijo de Dios no significa que Jesucristo sea en parte Dios y en parte hombre, ni que sea el resultado de una mezcla confusa entre lo divino y lo humano. Jesús se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios (CCE pág. 109).

Pero ahí no termina todo, es necesario buscar un motivo, una razón, una justificación para que la presencia maravillosa de Jesús se haya hecho posible en el mundo. Es necesario buscarlo porque debemos dar razón de nuestra fe en un mundo que en el que prima la indiferencia, la incredulidad y la desesperanza. Esa razón no puede ser otra sino el amor. En Cristo se cumplen las palabras del apóstol Juan en el capítulo 3, versículo 16 “tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo Único”. El Catecismo de la Iglesia recoge en el número 457 un texto antiquísimo de san Gregorio de Nisa, que expresa el para que el Hijo de Dios se hizo hombre:

Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta, ser resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador. ¿No tenían importancia estos razonamientos? ¿No merecían conmover a Dios hasta el punto de hacerle bajas hasta nuestra naturaleza humana para visitarla, ya que la humanidad se encontraba en un estado tan miserable y desgraciado?

El Verbo se encarnó, entonces, para que nosotros conociésemos así el amor de Dios. En Cristo, su vida, obras y mensaje se manifiesta el amor de Dios. La piedad popular tiene especial afecto a los misterios de la vida del Señor. Se identifica con el Siervo Doliente que enfrenta con valentía y humildad los embates de la vida en el momento de su Pasión, por cuanto, siente que Jesús es hermano en el dolor y en la angustia.

La piedad popular contempla con gusto la figura de Cristo, Hijo de Dios y Salvador del hombre y encuentra en esta contemplación algunos elementos propios, que son mencionados por DPPL en el número 79 cuando dice que el Pueblo de Dios se conmueve hasta el último rincón de su ser cuando se relata el misterio del nacimiento de Cristo e intuye el amor inmenso que se esconde en ese Niño Dios que se ha dignado ser verdadero hermano nuestro y que es pobre y perseguido desde su infancia; disfruta con la representación de numerosas escenas de la vida pública del Señor Jesús, el Buen Pastor que se acerca a los publicanos y pecadores. En cada uno de estos ámbitos de la vida de Jesús el pueblo creyente aumenta su fe a partir de la vivencia de los actos de piedad popular que se realizan en torno a la figura de Jesús.

Especial mención merece el cariño inmenso que el pueblo de Dios tiene por los misterios de la Muerte y Resurrección del Señor. Al contemplar la Pasión dolorosa del Señor el creyente advierte en ella el amor ilimitado de Dios por la humanidad y al mismo tiempo se da cuenta de la solidaridad que tiene Dios con el sufrimiento humano. Cuando se reflexiona sobre “Jesús traicionado y abandonado, flagelado y coronado de espinas, crucificado entre malhechores, bajado de la cruz y sepultado en la tierra, llorado por amigos y discípulos” (DPPL 79), el hombre piadoso se mira a sí mismo en sus diversas dificultades de la vida. Al hacerlo el fiel encuentra fuerza para continuar al frente de su vida primero y luego al frente de las responsabilidades que le corresponden en la Iglesia, en la familia y en la sociedad.

Justamente en honor a los misterios de Cristo en la cruz han nacido los más grandes ejercicios de piedad y devociones que, como ya se apuntó detalladamente en el capítulo segundo del presente trabajo, incluso llegaban a superponerse a las celebraciones litúrgicas oficiales. Las tradiciones y costumbres piadosas de esta época del año, la Semana Santa, están marcadas por la idiosincrasia de cada pueblo o región antes que por el misterio de fe que se celebra. Entre algunas de estas tradiciones nos encontramos con: cuadro vivos con representación de episodios de la Pasión de Jesús; grupos o cofradías de cucuruchos, santos varones, soldados romanos, almas santas, las marías, etc.; celebraciones paralitúrgicas como el Sermón del Descendimiento, la Soledad de María, la Predicación de las Siete Palabras, etc. son algunos de los ejemplos que nos permiten ilustrar esta gama de ejercicios piadosos en torno a la celebración del Misterio Pascual de Cristo.

Frente a esta realidad surge un primer compromiso para la purificación y evangelización de la piedad popular en el hecho de recuperar el valor primordial de la Resurrección en el Misterio Pascual.

La atención amorosa dedicada a la humanidad sufriente del Salvador, tan viva y presente en la piedad popular, se debe unir siempre a la perspectiva de su glorificación. Solo con esta condición se puede presentar de manera íntegra el designio salvífico de Dios en Cristo enviado a morir por nosotros y por nuestra salvación pero para resucitar glorioso y de esa manera abrirnos definitivamente el camino hacia el encuentro con el Padre. Sólo así se puede trazar, de manera inequívoca, el rostro genuino del cristianismo, que es victoria sobre la muerte, celebración del Dios de los vivos y no de los muertos (DPPL 80-81)

Únicamente de esta manera se podrá mostrar el verdadero sentido del dolor, el sufrimiento y la muerte, necesarios para comprender al ser humano que sufre y que muere. Las devociones y costumbres nacidas en la piedad popular deben aspirar a que el que sufre vislumbre en medio de su dolor la luz de la esperanza en Cristo que sufre pero que también es glorificado, que muere pero también que resucita.

El Directorio recuerda también que la devoción a la Pasión de Cristo debe llevar a los fieles, como lógica consecuencia de su vivencia del misterio Pascual, a una participación plena, consciente y fructuosa en la Eucaristía, “en la que se da como alimento el cuerpo de Cristo ofrecido en sacrificio por nosotros; y se da como bebida la sangre de Cristo, derramada en la cruz para la nueva y eterna Alianza y para la remisión de todos los pecados” (DPPL 81)

El momento cumbre en el que Dios nos da a conocer su amor es precisamente en el misterio Pascual de Cristo, en su muerte y resurrección.

### **3.3. EL ESPÍRITU SANTO NOS HACE PARTICÍPES DE LA VIDA DE GRACIA.**

En el Catecismo de la Iglesia Católica se encuentra detallada la acción del Espíritu Santo en la historia de fe de cada persona “el Espíritu Santo con su gracia es el primero que nos despierta en la fe y nos inicia en la vida nueva. No obstante es el último en la revelación de las personas de la Santísima Trinidad” (CCE pág. 164).

Creer en el Espíritu Santo es profesar que el Espíritu Santo es una de las personas de la Santísima Trinidad, consubstancial al Padre y al Hijo, “que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria”. El Espíritu Santo coopera con el Padre y el Hijo desde el comienzo mismo del designio de nuestra salvación y hasta su consumación. El Espíritu Santo que Cristo, Cabeza, derrama sobre sus miembros, construye, anima y santifica a la Iglesia. De este modo la Iglesia es el sacramento de la Comunión de la Santísima Trinidad con los hombres, es decir, en la Iglesia el ser humano debe mirar la realización de la unidad divina que respeta la individualidad en la diversidad.

El Catecismo (pág. 164-165) describe los momentos en los que se nota con especial dedicación la presencia del Espíritu Santo en la vida de la comunidad. Esos momentos son:

- en las Sagradas Escrituras inspiradas por Él mismo.
- en la Tradición, de la cual los Padres de la Iglesia son testigos siempre actuales, por sus escrito y por su vida.
- en el Magisterio de la Iglesia, al que Él asiste e ilumina.
- en la liturgia sacramental en la que Él nos pone en comunión con Cristo, pues Él hace posible la presencia de Dios en cada sacramento.
- en la oración en la cual Él intercede por nosotros, sobre todo cuando no sabemos orar, Él acude en nuestra ayuda para inspirar lo que debemos decir.
- en los carismas y ministerios, mediante los cuales edifica a la Iglesia. San Pablo nos recuerda que todo carisma y ministerio viene del Espíritu Santo.
- en los signos de vida apostólica y misionera, es precisamente, en esos momentos en los que el Espíritu Santo es fortaleza y consuelo de los misioneros
- en el testimonio de los santos, donde el Espíritu Santo manifiesta su santidad y continúa la obra salvífica.

Uno de los testimonio más importantes para comprender la misión actual del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia está en documento de Aparecida. En el numeral 137 de documento citado se menciona que:

El Espíritu Santo, que el padre nos regala, nos identifica con Jesús-camino, abriéndonos a su misterio de salvación para que seamos hijos suyos y hermanos unos de otros; nos identifica con Jesús-verdad, enseñándonos a renunciar a nuestras mentiras y propias ambiciones, y nos identifica con Jesús-vida, permitiéndonos abrazar su plan de amor entregarnos para que otros tengan vida en él.

En el texto de Aparecida se manifiesta que la actividad principal del Espíritu Santo en la vida del creyente es que lo identifica con Jesucristo. Esta identificación rompe con el pasado de la vida de la persona y la abre a un futuro de esperanza. Es

la acción de la misericordia divina que actúa en cada persona para darle, a pesar de su pecado, una nueva oportunidad de vivir. La triple identificación del cristiano con Jesús, Camino, Verdad y Vida se produce gracias a la acción del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, nos hace partícipes de la vida de gracia, es decir, de la vida y del amor de Dios. Esta vida de gracia se manifiesta de un modo excelente en la vivencia de los sacramentos, especialmente en el bautismo. Por eso con razón el Apóstol va a decir que nadie puede invocar a Dios como Padre sino por la acción o influjo del Espíritu Santo. La vida de gracia es dejar que el Espíritu vaya obrando inspirando todas y cada una de las acciones del ser humano. Cuando la persona deja que el Espíritu Santo actúe en ella, entonces es el mismo amor de Dios el que se anida en el corazón del creyente.

En la piedad popular, aunque no tan extendida, si podemos encontrar ejercicios piadosos que nos recuerdan la presencia y la acción del Espíritu Santo en la persona y en la Iglesia. Con el florecimiento y expansión de ciertos grupos llamados pentecostales, alrededor de las década de los 50 y 60, proliferaron diversas expresiones y manifestaciones en las que Espíritu Santo era el protagonista, surgió en la Iglesia la necesidad de redescubrir la presencia del Espíritu Santo que había sido olvidada o, al menos, no apreciada de la misma forma que en estos grupos. Esta necesidad fue cubierta con el apareamiento de la Renovación Carismática Católica en 1970 que, según sus iniciadores

Es una corriente de gracia por medio de la cual el Espíritu de Dios nos lleva a vivir de manera vivencial la realidad del Cuerpo de Cristo, es una conversión y entrega constante a Dios, una docilidad creciente al Espíritu Santo, es un Pentecostés actual para renovar la Iglesia de hoy, es la Iglesia en movimiento, es el moverse del Espíritu Santo(RCC Perú, 2010)

Para favorecer la devoción al Espíritu Santo existen libros de oraciones, libros de cantos, devocionarios y otros subsidios aprobados por la Iglesia y auspiciados, sobre todo, por la Renovación Carismática Católica. En la Renovación Carismática

Católica pueden observarse hechos extraordinarios como el don de lenguas, la profecía, mucho entusiasmo y expresiones de emoción hasta llegar a ciertos estados de éxtasis, presentación de curaciones extraordinarias, etc. Sin embargo existen ciertos excesos propiciados por la influencia protestante que han hecho que la devoción al Espíritu Santo, en algunas circunstancias, pueda convertirse o degenerar en cierta psicosis colectiva y aparentes pruebas de la acción del Espíritu Santo en las que insiste mucho en el sensacionalismo antes que en la práctica vivencial del evangelio en la acción concreta del amor al prójimo.

Frente a estas situaciones la Iglesia ha emitido determinadas normas que permiten mirar claro el panorama de la devoción al Espíritu Santo y recuperar su presencia en la Iglesia. Desde el Concilio Vaticano II el Magisterio de la Iglesia ha procurado explicar con detenimiento el modo como el Espíritu Santo va obrando en la Iglesia, la constitución *Lumen Gentium*, dice en el número 4, que

Cuando el hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia y de esta manera los creyentes pudieran ir al Padre a través de Cristo en el mismo Espíritu. Él conduce la Iglesia a la verdad total. El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los creyentes como en un templo.

Hasta este punto se ha hablado de lo que constituye el fundamento de nuestra fe: el misterio de la Santísima Trinidad y su lugar entre las devociones de la piedad popular. Solo queda por decir, como recomienda el Directorio, de que toda devoción debe tener como punto de referencia la fe en Dios Amor-Comunidad, “es necesario ilustrar a los fieles sobre el carácter particular de la oración cristiana, que tiene como destinatario al Padre, por mediación de Jesucristo, en la fuerza del Espíritu Santo” (DPPL 80). Cuando se asume esa realidad se asume también la piedad no solo como expresión del amor a Dios, sino también como expresión del amor a sus criaturas, es decir, a todo ser humano y a toda la creación en general.

### **3.4. LA COMUNIDAD, LUGAR DE ENCUENTRO CON LOS DEMÁS Y DE VIVENCIA DEL EVANGELIO.**

Pentecostés, es el punto de referencia bíblico, con respecto al inicio de la Iglesia. El relato corresponde a la forma como el Espíritu Santo comenzó a actuar en los apóstoles y en quienes estaban reunidos el día de Pentecostés en Jerusalén procedentes de todos los países conocidos. La acción del Espíritu Santo tiene tal fuerza transformadora que convierte a los discípulos en misioneros dándoles la fortaleza para recordar todo lo que aprendieron con el Maestro y para anunciarlo con valentía. El relato de los Hechos de los Apóstoles en el capítulo dos, aunque tiene algunos elementos correspondientes a las teofanías veterotestamentarias, sin embargo no deja de aparecer de forma sencilla toda la grandeza de la acción de Dios.

Después de ese acontecimiento fundante la Iglesia comienza su actividad en el mundo. Esta actividad se enmarca primero en la formación de pequeñas comunidades en cada lugar a donde llega el Evangelio y también en una masiva actividad misionera.

Al querer definir lo que es la Iglesia nos encontramos con algunas dificultades, la primera de ellas nace de la ausencia de una definición genérica en el Credo. La confesión del Credo antes de definir lo que hace es presentar las propiedades esenciales de la Iglesia: “Creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica”. Cada una de estas propiedades esenciales nos muestra a la Iglesia como comunidad de fe y amor en la que se vive el evangelio y el encuentro con el hermano, en

especial con el más necesitado, de modo que no son características frías y meramente racionales sino expresión de la vida de fe que se lleva en la comunidad.

Al definir la Iglesia, entonces, se necesita primero experimentar la vivencia en comunidad. El mismo término nos traslada a la “asamblea” judía pues la traducción griega también la llama ekklesía. Pero esta “asamblea” es más de culto que de vivencia de fraternidad. En el lenguaje cristiano, afirma el Catecismo, la palabra Iglesia designa no solo a la asamblea litúrgica, sino también a la comunidad local o a toda la comunidad de creyentes o bautizados. San Pablo vislumbra en sus escritos un significado más profundo para la Iglesia y afirma que la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo y es la Esposa del Señor, así lo afirma la Constitución Lumen Gentium en el número 9.

Esta nueva concepción de la Comunidad Cristiana nos hace descubrir que la Iglesia es Pueblo de Dios y que dentro de esta idea nos encontramos con algunas nociones características propias, que se mencionan en Concilio Vaticano II (LG 10):

a. Es el pueblo de Dios.- Dios no pertenece ya a ningún pueblo como en el Antiguo Testamento en donde la alianza se fundamentaba en la promesa de Dios “ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios”. Al mismo tiempo que Dios no pertenece a ningún pueblo también debemos decir que todos los pueblos le pertenecen a Dios y por tanto Él hace de todos los pueblos uno solo con su muerte en la cruz. Por eso el pueblo de Dios en palabras de Pedro es “una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa” (1Pe. 2,9).

b. Miembros por el bautismo. Fiel al mandato de Cristo para entrar a formar parte de manera plena en la Iglesia se necesita del Bautismo. En palabras del evangelio se llega a ser miembro de la Iglesia por el nacimiento del “agua y del Espíritu” (Jn. 3,5), es decir, por la fe en Cristo y por el bautismo.

c. Su cabeza es Cristo. De acuerdo al símil utilizado por Pablo en su carta a los Corintios Cristo es la cabeza de su cuerpo que es la Iglesia (Efe.5, 22-23). Por la unción de Jesús como el Cristo, el Mesías, el Espíritu Santo fluye desde la Cabeza al Cuerpo.

d. Su identidad. La identidad del Pueblo de Dios, “es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo” (LG 9).

e. Su ley. Es el mandato de Cristo, el mandamiento nuevo de amarse los unos a los otros como él nos amó.

f. Su misión es la de ser “la sal de la tierra y la luz del mundo” (Mt. 5,13-14). Es semilla de unidad, esperanza y de salvación para todo el género humano.

g. Su destino es el Reino de Dios que el mismo Cristo comenzó a construir en este mundo y que debe ser extendido hasta el fin de los tiempos, como garantía de que las palabras del Maestro no pasarán.

Pero junto a la concepción de Iglesia como Pueblo de Dios no se debe olvidar mencionar, lo que es motivo de estudio en el presente trabajo, y es que la Iglesia es una comunidad cultual. El culto es parte esencial de su ser de Iglesia. El culto la lleva a rendir el homenaje de adoración y pleitesía al Padre, por Jesucristo en el Espíritu Santo, pero también es el momento de encuentro con el otro, con el hermano, porque el culto nos lleva a sentirnos parte de una comunidad que se reúne con un mismo fin: orar los unos por los otros al Padre común.

El DPPL recuerda que la Iglesia es una comunidad de culto por voluntad de su mismo Señor y Fundador: Cristo. Como hemos dicho en capítulos anteriores tanto la liturgia como la piedad popular deben tener un carácter cristocéntrico, es decir, centrado en la vida, acciones, gestos y palabras que recogen los evangelios acerca

de Jesús. Por tanto, desde sus comienzos, la Iglesia realiza numerosas acciones rituales que tiene como objetivo la gloria de Dios y la santificación del hombre, y que son todas, de distinto modo y en diverso grado, celebraciones del Misterio pascual de Cristo, orientadas a realizar la voluntad de Dios de reunir a los hijos dispersos en la unidad de un solo pueblo.

“En las diversas acciones rituales, la Iglesia debe anunciar el Evangelio de salvación y proclamar la Muerte y la Resurrección de Cristo, realizando a través de los signos su obra de salvación” (DPPL 81). Esto se cumple de manera radical en el oficio litúrgico que la Iglesia celebra tanto en la Santa Misa como en los demás sacramentos. Junto a estas celebraciones cumbres de la Iglesia también se puede encontrar los diversos salmos, himnos y sacramentales nacidos de la fe y el cariño del Pueblo de Dios a su Señor.

Pero la misión cultural de la Iglesia no termina en la Liturgia sino que el Espíritu Santo va inspirando en cada uno de los miembros de la Iglesia el deseo de ir creando nuevas formas de alabar a Dios. Desde el grupo de los discípulos hasta la fecha en la Iglesia han ido naciendo nuevas y variadas formas de hacer oración. Unas veces siguiendo el ejemplo de los grandes maestros de la espiritualidad y otras dejando que el Espíritu invada el corazón de los fieles para expresar sus sentimientos y emociones. Dentro de esta dinámica aparece la piedad popular en la Iglesia como una forma de inculturación del evangelio, en cuanto que la diversas formas de oración que tiene la Iglesia van desarrollándose en un ámbito cultural determinado y reciben de la cultura popular los diversos matices que van a enriquecer las devociones populares.

El Directorio afirma que “las formas auténticas de la piedad popular son también fruto del Espíritu Santo y se debe considerar como expresiones de la piedad de la Iglesia, porque son realizadas por los fieles que viven en comunión con la Iglesia” (DPPL 83). Este es otro elemento fundamental dentro de la piedad popular como actividad eclesial: la pertenencia e identidad eclesial de quienes practican y

viven la piedad popular. Si la Iglesia es comunidad de fe y amor resulta una consecuencia lógica el que las personas que practican estos diversos ejercicios de piedad estén unidas a Ella no solo por el bautismo sino por la adhesión fiel a sus enseñanzas y a la disciplina cultural. De hecho muchas de las expresiones de fe popular han sido explícitamente aprobadas y recomendadas por la misma Iglesia como prueba de su respeto y lealtad a la acción del Espíritu Santo en la misma.

En conclusión se puede decir que la piedad popular es una expresión de la piedad eclesial cuando se somete a las leyes generales del culto cristiano y a la autoridad pastoral de la Iglesia que es la encargada de discernir y declarar como auténtico o necesario de renovación una determinada devoción popular. Esto es lo que el Directorio, en los numerales 87-90, reconoce como Principio eclesiológico y que permite hacer a la piedad popular las siguientes observaciones:

- Estar siempre abierta a los valores universales y a las perspectivas eclesiológicas a partir de los valores locales que nacen de la vivencia de la piedad popular.

- Ubicar la veneración a la Virgen Santísima, a los santos y a los ángeles y el sufragio de las almas de los difuntos dentro del misterio de la Iglesia que trasciende este mundo y se ubica en el plano de la Iglesia triunfante y purgante. Esto evitará pensar que tal o cual devoción prima sobre la esperanza cristiana universal.

- Comprender de modo adecuado y fecundo la relación entre ministerio y carisma. El ministerio como don y servicio en las expresiones del culto litúrgico y el carisma como don y servicio en las manifestaciones de la piedad popular. Tanto el ministerio como el carisma nacen en la comunidad cristiana como signos vivos de la presencia del Espíritu Santo. Hasta hace algún tiempo existía la equivocada perspectiva de que el ministerio era algo exclusivo de la jerarquía eclesial, pero ahora se entiende el ministerio como ordenado y no ordenado y este último como un

servicio a la comunidad que también puede ser ejercido por los laicos. El documento de Aparecida recuerda este particular cuando dice:

La condición del discípulo brota de Jesucristo como de su fuente, por la fe y el bautismo, y crece en la Iglesia, comunidad donde todos sus miembros adquieren igual dignidad y participan de diversos ministerios y carismas. De este modo, se realiza en la Iglesia la forma propia y específica de vivir la santidad bautismal al servicio del Reino de Dios (DA 84)

Con respecto al carisma, es evidente que esa es una de las grandes riquezas que tiene la Iglesia, porque es el momento en el que con más fuerza actúa el Espíritu Santo, pero siempre se necesita de ella que es Madre y Maestra.

### **3.5. LAS OBRAS DE MISERICORDIA, PUNTO DE ENCUENTRO DE LA HUMANIDAD INTERPELADA POR EL AMOR DE DIOS**

El evangelio según san Mateo en el capítulo veinticinco trae el relato que Jesús hace en forma de parábola sobre el juicio final. La escena es majestuosa y solemne y la decisión del rey es determinante: el “lo que hicieron” o “lo que dejaron de hacer” (Mt. 25, 40.45) se corresponde la vida o la muerte eterna respectivamente. A continuación algunos elementos que se puede destacar del relato bíblico para hablar de las obras de misericordia como punto de encuentro de la humanidad interpelada por el amor de Dios:

- La escena se ubica, temporalmente, en el fin de los tiempos, es decir, ya no hay posibilidad de mejorar lo que se ha hecho de malo, se ha llegado al último momento de la historia el que ya no hay vuelta que dar, lo que se hizo o lo que no se hizo será lo único que acompañe al que se presenta delante del rey. “Cuando llegue el Hijo del hombre” (Mt. 25,31)

- En la enumeración de las obras de misericordia corporales se repite el binomio: necesidad – obra de caridad. “Tuve hambre y me disteis de comer” (Mt. 25, 35)

- El rey asume con propio el bien recibido así como también la omisión. “Os aseguro que lo que hayáis hecho a estos mis hermanos menores me lo hicisteis a mí” (Mt. 25, 40)

- La exigencia de la caridad va más allá de la satisfacción de la necesidad. El rey pide compromiso personal. “Porque tuve hambre y me disteis de comer”. La caridad no consiste solo en dar cosas para la persona necesitada se alimente sino el acto mismo de dar de comer.

- El premio estaba reservado para los que hicieron el bien pero el castigo eterno no era para el ser humano, era al principio para el diablo. “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles”. Hasta el último momento el amor misericordioso de Dios espera el cambio de actitud y solo al final, como una opción personal y consciente el ser humano que no ha practicado la caridad irá al lugar donde no era su destino original pero al que optó ir por sus actitudes.

Todos estos elementos exegéticos nos permiten ubicarnos en el contexto de las obras de misericordia como un espacio en el que la humanidad se siente interpelada, cuestionada por el amor de Dios. Se hace realidad aquel himno que recitan los místicos “al atardecer de la vida, me examinarán del amor”<sup>35</sup>

La Iglesia ha establecido que junto a las obras de misericordia corporales que ha previsto el evangelio estén también las llamadas espirituales. Esta últimas nacen

---

<sup>35</sup> La frase es, tradicionalmente, atribuida al místico español San Juan de la Cruz, aunque según algunos criterios, esta tradición no está debidamente fundamentada.

de la sabiduría popular judía contenida en los libros sapienciales y que la Iglesia ha recibido con mucho aprecio.

El Catecismo del Iglesia define las obras de misericordia como “acciones caritativas mediante las cuales socorremos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales” (CCE pág. 534). La opción por los pobres es uno de los fundamentos del Evangelio y, por tanto, de la Iglesia y de su predicación. El amor de la Iglesia por los pobres pertenece a su constante tradición. Desde los comienzos de la fe las obras de misericordia han sido las mejores formas de obtener el perdón por los pecados y para construir un mundo más justo y solidario a partir de la práctica de la caridad.

Recordando las palabras de los santos Padres respecto a la práctica de la caridad podemos apuntar las palabras de san Gregorio Magno “*Cuando damos a los pobres las cosas indispensables no les hacemos liberalidades personales, sino que les devolvemos lo que es suyo. Más que realizar un acto de caridad, lo que hacemos es cumplir un deber de justicia*” (citada en el CCE pág. 534)

En la vivencia de religiosidad y piedad popular ocupa un lugar especial la vivencia de la caridad. Se presenta de diversas maneras de acuerdo a la práctica religiosa que se esté realizando. Se puede apuntar, entre otras, las siguientes:

1. La solidaridad al momento de preparar la fiesta religiosa y la capacidad de compartir con todos la alegría del encuentro son otras manifestaciones de vivencia de las obras de misericordia. Es por eso, que la fiesta religiosa se convierte en un momento de compartir con todos, la comida, la alegría y las diversas actividades de confraternidad. El priste asume la responsabilidad de alimentar a todos los participantes de la fiesta sea o no invitados expresamente a ella.

2. La ofrenda para la Iglesia y para sus obras de caridad no puede faltar al hacer un ejercicio de piedad. Ya sea por un mandato en la confesión, como penitencia, o ya

sea por ser algo que nace como compromiso de vida pero siempre está presente la preocupación por los más necesitados.

3. En las grandes peregrinaciones surgen en el corazón de los caminantes el deseo de ayudar y mostrarse caritativo con los que lo necesitan. Mientras se camina se suscitan verdaderos ejemplos de práctica de la caridad al ayudar a la persona cansada, al compartir con quien no tiene su refrigerio, al curar a quien está golpeado, etc.

4. Condición fundamental para aprovechar con fruto las indulgencias durante las peregrinaciones hacia los santuarios. El tema de la indulgencia, muy discutido en otros tiempos, está íntimamente unido a la revelación bíblica. La relación entre indulgencia y caridad se da por el anuncio profético de que la caridad hecha al prójimo nunca será olvidada<sup>36</sup>

### **3.6. LA VIDA DE GRACIA EN LOS SACRAMENTOS NOS IMPULSA A UNA VIDA MÁS HUMANA Y MÁS CRISTIANA.**

El documento de Aparecida en el numeral 175 habla acerca de cómo los sacramentos van impulsando al ser humano a una vida más humana y más cristiana. El mencionado numeral comienza la reflexión con respecto a los sacramentos, destacando el Santísimo Sacramento de la Eucaristía como fuente y culmen de la vida cristiana y que hace que nuestras parroquias sean siempre comunidades eucarísticas que viven sacramentalmente el encuentro con Cristo Salvador. De la Eucaristía nacen y hacia ella se dirigen las celebraciones de los demás sacramentos por los diversos dones que en ellos se reciben, así:

---

<sup>36</sup>La explicación sobre la relación entre caridad e indulgencias se encuentra en la Constitución Apostólica *Indulgentiarum Doctrina* del papa Pablo VI, sobre la revisión de las indulgencias en el numeral 9.

- En el Bautismo la Iglesia se regocija por la incorporación de un nuevo miembro a Cristo y a su Cuerpo que es la Iglesia.

- En la Confirmación la Iglesia se alegra por la perfección del carácter bautismal y el fortalecimiento de la pertenencia eclesial y de la madurez apostólica.

- En la Penitencia o Reconciliación la Iglesia se llena de júbilo por el perdón que reciben sus hijos y por el camino de conversión que emprenden para combatir el pecado.

- En la Unción de los Enfermos se procura atender con misericordia y compasión, siguiendo el mandato de Jesús en el evangelio, a los que sufren o están en peligro de muerte.

- En el sacramento del Orden, la Iglesia se anima cada vez que uno de sus hijos recibe el ministerio apostólico para seguir ejerciendo en la Iglesia el servicio pastoral del Pueblo de Dios. Al mismo tiempo mira con fe y esperanza, en cada consagrado, la presencia del mismo Cristo que camina en medio de la comunidad para guiarla, cuidarla y entregar su vida por ella.

- En el matrimonio la Iglesia acoge con amor el amor conyugal por ser este una gracia de Dios que germina y crece hasta la madurez haciendo efectiva en la vida cotidiana la donación total que se hacen los esposos.

El Concilio Vaticano II en la Constitución “Sacrosanctum Concilium”, en el número 59, establece que los sacramentos

Están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios, pero, como signos, tienen también un fin instructivo. No solo suponen la fe, también la fortalecen, la alimentan y la expresan con palabras y acciones; por eso se llaman sacramentos de fe

En el texto conciliar podemos descubrir la triple finalidad de los sacramentos en la vida de la Iglesia y en el ser del cristiano tomando en cuenta que tienen su origen en Cristo, pues ha sido instituidos por Él mismo. Esa triple finalidad se admira en cada uno de los sacramentos que santifican, edifican y glorifican a Dios cuando se tiene una catequesis adecuada que permita a los fieles aprovechar esas gracias. Lo contrario ocurre cuando el sacramento se convierte casi en un acto meramente social, en donde los signos no hablan sobre la fe sino sobre cumplimiento de normas y ritos casi mágicos.

Los sacramentos son actos de Cristo y de la Iglesia que transmiten la gracia de Dios y por tanto no están colocados en la vida del cristiano de manera arbitraria sino que se corresponden a un sentido temporal lógico. Por eso el Catecismo de la Iglesia Católica establece que “los siete sacramentos corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: dan nacimiento y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos” (CCE pág. 283). De acuerdo con estos principios los sacramentos son: de Iniciación Cristiana (Bautismo, Eucaristía y Confirmación), de sanación o de curación (Penitencia y Unción de los Enfermos) y de compromiso o de misión (Matrimonio y Orden Sacerdotal)

Pero los sacramentos no son solo actos de encuentro de Dios sino también con la Iglesia porque a la gracia que se obtiene en cada sacramento se añade el compromiso del sujeto del sacramento para con la comunidad. El Bautismo nos hace hijos de Dios pero al mismo tiempo nos compromete a ser parte de su familia, es decir, a considerar a los demás como hermanos. La Eucaristía, por excelencia, es el sacramento de la caridad, de la fraternidad, del compartir, al recibir al mismo Cristo, Él debe transformar nuestra vida en Él mismo puesto que la recepción de la Eucaristía nos hace otros Cristo capaces de hacerse pan para los demás. En la Penitencia al mismo tiempo que nos reconciamos con Dios debemos salir dispuestos a reconciamos con los demás, porque no se puede decir que se ama a Dios si se odia al hermano como nos recuerda san Juan en sus cartas. Por tanto, se debe producir en nosotros una verdadera conversión a Dios y al hermano.

En el Sacramento de la Confirmación se recibe de manera excelente el don del Espíritu Santo, Él mismo que alentó a los discípulos el día de Pentecostés a predicar con valentía el evangelio. Este sacramento está puesto, de manera singular, al servicio de la misión en la comunidad, por tanto no se trata solo de recibir al Espíritu Santo sino de anunciarlo a los demás para que también se animen a vivir esa experiencia.

En los sacramentos de misión o de compromiso se hace más fuerte esta dimensión eclesial del sacramento. Porque tanto el Matrimonio como el Orden Sacerdotal están ordenados al servicio y a la misión en el mundo. El Matrimonio es anuncio misionero del amor de Dios a la humanidad por el testimonio de la fidelidad entre los esposos. El Orden Sacerdotal es anuncio misionero del amor de Dios a la humanidad por el testimonio de fidelidad a la vocación a la que han sido llamados los sacerdotes. El celibato sacerdotal es signo palpable y concreto del amor de Dios a la humanidad pues es signo de entrega total hasta el final.

Finalmente la Unción de los Enfermos tiene también esta doble dimensión. Por una parte la persona que sufre recibe el alivio a sus dolores, y por otra es testimonio de fe y paciencia para la comunidad. Celebrar la Unción de los enfermos, acompañar el dolor y la muerte nos impulsa y motiva a “llevar una vida más humana y más cristiana”. (L.G.11)

De esta manera, siguiendo la línea que atraviesa este capítulo, se puede decir que la celebración de los sacramentos también está dentro del plan amoroso de Dios para la humanidad, por ser los instrumentos que Dios escogió para transmitirnos su misma vida divina.

### 3.7. LA DEVOCIÓN A MARÍA.

El capítulo final de la Constitución Dogmática “Lumen Gentium” del Concilio Vaticano II está dedicado a reflexionar sobre María Santísima. El texto conciliar comienza diciendo que María se encuentra verdaderamente unida al misterio de Cristo, como lo advierte el Apóstol al decir que “cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, para que recibiéramos la adopción de hijos” (Gál. 4, 4-5) La encarnación, primer momento en el plan de salvación, se obra, se hace posible gracias a la disponibilidad de María, gracias a su fiat (Cfr. Lc. 1, 26). El Concilio enseña diversas verdades sobre María:

- Que a la Virgen María se la reconoce y se la venera como verdadera Madre de Dios y del Redentor. Esa es la más grande y extraordinaria gracia que recibe María. Ese don singular hace que Dios la prepare desde la eternidad y en eso aventaja con mucho a todas las creaturas del cielo y de la tierra (LG 53)

- Que María es verdaderamente madre de los miembros de Cristo porque colaboró con su amor que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella Cabeza. En efecto, Dios no utilizó a María como un instrumento puramente pasivo, sino que ella colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres. María es asociada al Redentor desde el primer momento de su fiat cuando el anciano Simeón profetiza la espada que atravesará su corazón (Cfr. Lc. 2, 35) (LG 56).

- Que la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de pecado original, terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que

se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de los Señores y vencedor del pecado y de la muerte (LG 53). En estas líneas se presenta de forma sucinta los últimos grandes dogmas de la Iglesia proclamados en el siglo XIX y en el siglo XX respectivamente: el dogma de la Inmaculada Concepción y el dogma de la Asunción, en cuerpo y alma, al cielo. Ambos dogmas íntimamente relacionados tanto porque nacen en el amor infinito de Dios a María como en el deseo de presentarnos en ella un modelo para nuestro caminar por este mundo.

- Que la Madre de Dios es figura de la Iglesia, ya que, en el misterio de la Iglesia, también es llamada con razón Madre y Virgen, la Santísima Virgen María fue por delante mostrando en forma eminente y singular el modelo de Virgen madre (LG 63). Desde los comienzos de la Iglesia María fue considerada no solo como modelo de todo creyente sino también como modelo de toda la Iglesia misma. Los pasajes joánicos que la mencionan, lo hacen siempre en referencia a la Iglesia. Así la encontramos en Caná invitándonos a hacer su Hijo Santísimo nos diga (Jn. 2, 5), al pie de la Cruz para asumir su maternidad sobre los hermanos de su Hijo y al final de los tiempos, en la escena apocalíptica, para dar una palabra de esperanza y aliento a la Iglesia que es perseguida.

- Que el Concilio, así como anima a todos los fieles a que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, exhorta también con empeño a los teólogos y predicadores de la palabra de Dios a que eviten con cuidado toda falsa exageración, así como una excesiva estrechez de espíritu al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios de modo que el centro de todo sea Jesucristo (LG 67).

Esta última enseñanza es el principio fundamental sobre el que debe asentarse cualquier forma de religiosidad o piedad popular que se le quiera tributar a María. El Directorio afirma que la piedad popular a la Santísima Virgen, “diversa en sus expresiones y profunda en sus causas, es un hecho eclesial relevante y universal” (DPPL 183). Es tan relevante y tan universal que los dogmas referentes a María, se dice que han nacido en la fe y el amor del pueblo cristiano a Jesús

Redentor y en Él a su Madre Santísima. En su entendimiento el pueblo de Dios reconoce que aquella que fue elegida por Dios para ser su Madre continua ejerciendo la maternidad en sus hijos. Este es suficiente motivo para llenar de sentido todo su cariño y devoción a María Santísima pues están seguros de que Ella está llena de misericordia, intercede a su favor y les puede proteger con su intercesión. En el corazón de los creyentes que sufren y que son pobres la figura de María se hace más fuerte porque saben que ella también fue pobre, también sufrió la pérdida de un hijo, también fue migrante pero a pesar de todo se mantuvo fiel hasta el final.

En las celebraciones de la Semana Santa el Pueblo de Dios es especialmente sensible al dolor de la Madre pero con ella también se alegra en la Resurrección. Todo este cariño y esta devoción se desbordan de manera especial en las diversas expresiones de fe popular: fiestas patronales, procesiones, peregrinaciones, caminatas, ofrendas votivas, etc. Pero también se manifiestan en la defensa que los fieles hacen de la Madre de Dios frente a los ataques de ciertos grupos religiosos. De hecho, con mucha razón, se puede decir que la constancia en la fe de los pueblos latinoamericanos se debe a la devoción a María Santísima en sus diferentes advocaciones.

De todas maneras, como recomienda el mismo Concilio, es necesario estar alerta a las exageraciones o desviaciones que pueden darse en las celebraciones de piedad popular, para recordar las enseñanzas del Magisterio sobre el particular. Las orientaciones sobre esto son sencillas pero profundas y están contenidas en el Directorio, en los números 183-188 y en otros documentos de la Iglesia y se pueden resumir en las siguientes:

1. Toda piedad mariana debe expresar siempre la dimensión trinitaria, para ubicar de forma correcta el culto que se le debe a Dios y el que se le da a María. Debe mirarse claramente la dimensión cristológica, para no olvidar que Cristo tiene la única y necesaria mediación, recordando el pasaje evangélico y la invitación de María a

hacer lo que Él nos diga. Se debe tomar en cuenta la dimensión pneumatológica para valorar la acción del Espíritu Santo como autor de toda inspiración de alabanza.

2. La devoción mariana siempre debe estar referida a la Sagrada Escritura, entendida en el sentido de la Sagrada Tradición. Hay que tener especial cuidado con las tradiciones que provienen de los libros apócrifos para darles un sentido a partir del Evangelio cuando eso se lo puede hacer.

3. No descuidar, aunque sin perder la integridad de la confesión de fe de la Iglesia, las exigencias y pedidos del movimiento ecuménico.

4. Considerar los aspectos antropológicos, culturales y sociológicos de las expresiones cultuales en honor a María, de modo de que no se desvirtúe el contenido mismo de estas expresiones en beneficio de las tradiciones o pensamientos ancestrales.

5. Explicitar el compromiso misionero y el deber de dar testimonio como María de su amor a Jesucristo y a su Palabra.

### **3.8. LA ESPERANZA CRISTIANA.**

El Credo cristiano culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al fin de los tiempos, y en la vida futura. En estos dos artículos del credo se fundamenta toda la esperanza cristiana que da sentido a nuestra vida presente y que nos ayuda a aguardar con fe la vida futura. Aunque en el Antiguo testamento la idea de la resurrección solo aparece de forma tardía Jesús la asumió como parte de la revelación divina realizada en sí mismo. Por tanto, podemos afirmar, con seguridad que creer en la resurrección de los muertos ha sido desde sus comienzos un

elemento esencial de la fe cristiana, el apóstol Pablo en sus cartas recuerda con frecuencia en quien y en que hemos puesto toda nuestra esperanza:

Ahora bien, si se proclama que Cristo resucitó de la muerte, ¿cómo decís algunos que no hay resurrección de los muertos? Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo ha resucitado; y si Cristo no ha resucitado, es vana nuestra proclamación, es vana nuestra fe. Ahora bien, Cristo ha resucitado, primicia de los que han muerto (1 Cor. 15, 12-14.20).

La doctrina sobre la resurrección de los muertos tiene un momento cumbre en el debate que el evangelio cuenta, cuando los saduceos presentan a Jesús sus dudas sobre la ley del levirato. Jesús responde magistralmente a la inquietud acudiendo a la idea que el mismo Moisés tiene de Dios, Dios no es Dios de muertos sino de vivos, porque para Él todos viven, es la conclusión a la que llega el Maestro. J. Ratzinger en su obra “Escatología” explica este momento crucial de la revelación divina al decir que en el mensaje de Jesús se nota algo totalmente nuevo: *“la resurrección se sitúa en el centro del credo, ya no es uno de los muchos enunciados de la fe, sino que se identifica con el concepto de Dios. La fe en la resurrección se contiene en la misma fe en Dios”*(Ratzinger, 1992, pág. 114)

La esperanza cristiana, aunque suene paradójico, comienza con la aceptación de la muerte, pero no una aceptación estoica o cabalística, sino una aceptación cristiana con su dolor y pesar. En el sentido cristiano de la muerte se encuentra Dios mismo, porque la muerte no es solo un proceso físico de disolución corporal del que nadie puede evitarse, sino es “salir al encuentro en el arrojamiento del amor, que se abandona a sí mismo y se entrega al otro; la muerte se hace contradictoria en la renuncia a la ventaja propia a favor de la verdad y la justicia” (Ratzinger, 1992, pág. 97). Por eso, la aparente victoria de la muerte, producto del pecado, se transforma en Cristo en la prueba del amor de Dios que es capaz de vencer las ataduras de la muerte. Cuando Pablo se pregunta *¿dónde está tu victoria?*, no hace sino proclamar el amor de Dios del que nada nos puede separar, ni la muerte.

La preocupación sobre lo que pasará después de la muerte forma parte de la escatología cristiana. El tema del juicio, que de una u otra forma ya se planteó en el título sobre las obras de misericordia, está a continuación del tema de la muerte. Como cristianos esperamos el juicio de Dios sobre lo que hemos hecho en esta vida. Y luego del juicio la Escatología cristiana se plantea lo último que le queda al ser humano, es decir, el purgatorio, el cielo y el infierno.

El tema del purgatorio ha traído no pocos problemas debido a la ausencia del término en el relato bíblico. El término purgatorio hace referencia a la purificación del ser humano hasta verse desnudado de sus posesiones y aún de sí mismo para entrar en comunión con Dios. El fundamento del purgatorio, en cuanto a contenido, se encuentra en la misma Sagrada Escritura y está unida a la veneración que se tributa a los difuntos y a las oraciones que se hace por ellos para que sean perdonados de sus pecados (2Mac. 12, 41-42). Pero el fundamento del purgatorio es más profundo es el mismo amor cristiano. Es el amor sustitutorio para el cual no existe la frontera de la muerte, quienes estamos en este mundo podemos y debemos orar y realizar sacrificios en beneficio de quienes están en el purgatorio. El papa emérito Benedicto XVI dice respecto de este tema “las posibilidades de ayudar y beneficiar no se agotan para el cristiano con la muerte, sino que abarcan a toda la comunión de los santos de este y del otro lado de la muerte. La posibilidad y hasta el deber de corresponder a ese amor que va más allá de los sepulcros, constituyen el dato verdaderamente radical de esta corriente de la tradición” (Ratzinger, 1992, pág. 216).

Finalmente al hablar de esperanza cristiana hay que referirse al tema del cielo y del infierno. El Catecismo establece que la Iglesia tiene, dentro de sus tareas, advertir a los fieles de la triste y lamentable realidad de la muerte eterna llamada también infierno, cuya pena principal consiste en la separación eterna de Dios en quien solamente puede tener el hombre la vida y la felicidad para las cuales ha sido creado y a las cuales aspira. El infierno es la desaparición de toda esperanza, es el

sin sentido de la vida. Frente a esta realidad la Iglesia ruega para que ninguno de sus hijos se pierda, pues el deseo de Dios es que todos se salven.

El cielo, por el contrario, es el encuentro definitivo con Dios, es ese “*dominio sobre el mundo que le compete al nuevo espacio del cuerpo de Cristo, a la comunión de los santos. Es una realidad escatológica, manifestación de lo definitivo y totalmente otro. Su definitividad procede del carácter definitivo del amor de Dios, amor irrevocable e invisible*”(Ratzinger, 1992, pág. 220)

La escatología con todos sus elementos está presente en la piedad popular y en la religiosidad popular. Quizá sea la parte más complicada de evangelizar por estar llena de alusiones a los rasgos culturales ancestrales y a las formas antiguas de concebir el mundo y la vida. Solo queda por decir que al hablar de temas escatológicos se debe afirmar los dos principios básicos que se ha explicado en este capítulo: la vida y el amor. La esperanza cristiana se funda en esos dos criterios hasta iluminar de un modo totalmente nuevo el misterio de la muerte, de la separación temporal, del sufrimiento y del dolor. En la práctica pastoral es necesario mostrar, a pesar del dolor y el sufrimiento, la necesidad de creer en la vida después de la muerte no como una actitud de resignación sino como una aceptación del amor infinito del Padre.

**CAPÍTULO IV**  
**HACIA UNA RELIGIOSIDAD Y PIEDAD POPULARES**  
**IMPREGNADAS DEL EVANGELIO**

En este último capítulo queremos dar unas pautas, a la luz del magisterio de la Iglesia, sobre el modo como debemos obrar para aprovechar, adecuadamente, toda la riqueza que tienen la religiosidad y la piedad populares en el camino de evangelización.

**4.1. LA RELIGIOSIDAD POPULAR Y LA PIEDAD POPULAR EN LA ACTUALIDAD**

El DPPL, escrito hace ya doce años, enuncia una serie de problemas ocasionados por la escasa preocupación en la evangelización de las diversas formas de piedad y religiosidad populares que tiene nuestro pueblo. Entre las principales dificultades que se explican en el Directorio y otras que planteamos como fruto de la experiencia pastoral, tenemos:

1. Escasa conciencia o disminución del sentido de la Pascua y del lugar central que ocupa en la historia de la salvación. Esta dificultad viene dada por la influencia de sectas o grupos religiosos que han puesto en duda el misterio salvífico de Cristo en la cruz y su consecuente celebración en la liturgia, especialmente de la Santa Misa dominical. Otra causa es que durante la Semana Santa siguen primando los actos

propios del Viernes Santo en detrimento de las celebraciones pascuales. Consecuencia de esta situación es que los fieles orientan su piedad hacia otros episodios de la vida de Cristo y hacia la Virgen Santísima, los Ángeles y los Santos.

2. Pérdida del sentido del sacerdocio universal. Aunque menos que en otras épocas, subsiste aún la primacía del clérigo sobre los laicos en las celebraciones litúrgicas. Esto ha hecho que el fiel busque en las diversas manifestaciones culturales de la piedad popular el espacio para ser participante activo.

3. Escaso conocimiento del lenguaje propio de la Liturgia, es decir, el lenguaje, los signos, los símbolos, los gestos rituales, etc., motivo por el cual los fieles pierden en gran medida el sentido de lo que celebran en la Liturgia. De alguna manera la Liturgia se convierte en algo extraño e incompleto que es necesario aclarar y completar con la creación de nueva y distintas formas de piedad popular. Estas nuevas formas de piedad popular quieren responder a esta necesidad y dan preferencia al aspecto cultural de la celebración y en algunos casos responden con más acierto que una celebración litúrgica a las exigencias y situaciones concretas de la vida cotidiana.

4. Se da poco valor a la riqueza que tiene la piedad popular y la religiosidad popular, cuando no se la reconoce como una realidad eclesial promovida y sostenida por el Espíritu y sobre la que el Magisterio debe autenticar, corregir y garantizar. Este fenómeno ocurre en nuestro país, en muchos casos, por la presencia de sacerdotes venidos de otros lugares del mundo, que no alcanzan a entender el sentido religioso y de fe que tienen un sinnúmero de prácticas piadosas. En su afán de purificar lo que está contra el Magisterio de la Iglesia lo que se hace es cortar de raíz estas prácticas creando en el corazón de los fieles tristeza, confusión y, en no pocos casos, abandono de la Iglesia.

5. Negar los frutos de gracia y de santidad que ha producido y sigue produciendo la piedad popular. Como se dijo en el numeral anterior la piedad popular y la

religiosidad popular deben ser consideradas como espacios en donde también sopla el Espíritu Santo para saciar esa sed de Dios que tiene el ser humano. Se niega o se desprecia esa acción cuando no se valora los abundantes frutos de gracia y santidad que propician estas prácticas religiosas. No podemos solo plantearnos lo negativo de estas formas de expresión popular de la fe sino que debemos ayudar para que ese negativo que puede haber se convierta en una oportunidad para avanzar en el camino de la nueva evangelización.

6. En la religiosidad y en la piedad popular se confunde el sentimiento con el sentimentalismo. Esto quizá constituye uno de los grandes males de la actualidad en lo que se refiere a la piedad popular. Se ha aprovechado del sentimiento de la gente tanto para sacar provecho económico como para resignar el inicio de un verdadero proceso de conversión que permita descubrir la riqueza de la piedad popular como el inicio de un camino de fe comprometido.

7. Aceptación de ciertas costumbres desedificantes que quieren convertir a los vicios en parte de la idiosincrasia de un pueblo. Este mal ocurre de manera frecuente en nuestros pueblos. Las personas que viven una fiesta religiosa sea patronal o sea por los sacramentos unen a la celebración el consumo del licor e incluso lo justifican.

8. Despertar de ideologías y filosofías ancestrales indígenas. En los últimos años se ha producido un redescubrimiento de la cultura indígena con sus elementos propios. Esto ha generado cierta confusión en los creyentes cristianos porque se les quiere convencer que en el período de la primera evangelización ocurrió una eliminación violenta de la cultura y religiosidad indígena a favor de los elementos propios de la fe cristiana. Esta idea ha hecho que se comience una purificación de las diversas tradiciones indígenas para rescatar lo auténticamente autóctono. Con este proceso se olvida que en la primera evangelización se produjo no una imposición sino un diálogo de fe entre dos culturas y cada una aportó para la mejor comprensión del mundo y del entorno. Dividir estos aportes sería traicionar el trabajo de generaciones

y generaciones que lo único que buscaban era que el Evangelio llegue a todas las personas respetando su peculiaridad cultural y social.

#### **4.2. LA RELIGIOSIDAD Y PIEDAD POPULAR EN EL CONCILIO VATICANO II.**

El Concilio Vaticano II marca una nueva etapa en el caminar de la Iglesia. El anhelo de Juan XXIII de mostrar un rostro más humano, más limpio a los ojos del mundo se hace realidad en los diferentes documentos que los padres conciliares elaboran para una mejor comprensión de la Iglesia, de sus necesidades y de su labor en el mundo.

Uno de los puntos a reflexionar, es el relacionado con la religiosidad y la piedad popular. El Concilio en la Constitución Dogmática “Sacrosanctum Concilium” establece dos principios para la vivencia fructífera de los ejercicios de piedad popular. El primer principio consiste en no olvidar que la piedad y la religiosidad popular son espacios en los que el Espíritu Santo inspira a los fieles nuevas y gratificantes formas de orar, *“la vida espiritual no se agota solo con la participación en la sagrada Liturgia. El cristiano está llamado a orar sin interrupción”* (SC 12) El segundo principio ayuda a recordar que todo ejercicio de piedad debe estar ordenado al fortalecimiento de la pertenencia a la iglesia universal, por lo que los ejercicios de piedad deben estar debidamente recomendados y conformes a las leyes y normas de la Iglesia.

Junto a estos dos principios fundamentales el Concilio expresa la supremacía de la Liturgia sobre cualquier otra devoción o ejercicio de piedad popular al decir que *“toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia”* (SC 7). Esta supremacía

de la Liturgia se origina en la comprensión profunda que la Iglesia tiene de celebrar, a cada momento, el Misterio de la Redención, es decir, el Misterio Pascual de Cristo.

A partir del Concilio aparecen ciertas dificultades en la praxis pastoral que es necesario conocer para ir evangelizando. Entre otras tenemos:

- Se dice que la Liturgia, por su propia naturaleza, inhibe la espontaneidad y resulta repetitiva y formalista, al contrario, la piedad popular es un ámbito adecuado para celebrar de manera libre y espontánea. Esto resulta ser una falacia porque al afirmar aquello se va en contra del principio básico de la fe cristiana que es Cristo resucitado, Cristo vivo. La Liturgia aunque mantiene una estructura medular permite en muchos momentos la libre creatividad en la participación de los fieles siempre y cuando no se pierda de vista la solemnidad que debe existir en la celebración.

- La piedad popular habla al corazón de la persona mientras que la Liturgia resulta un poco fría al momento de dialogar con el ser humano. Esta dificultad radica en el poco interés que se ha dado a la catequesis litúrgica que mostraría la riqueza inmensa que tiene la Liturgia en signos, gestos y palabras. Estos signos, gestos y palabras tienen la gracia de ser universales y propios de la fe cristiana que como tales deben ser conocidos, valorados y vividos en el seno las de diversas comunidades.

- La piedad popular es un espacio auténtico y real para la vida de oración por cuanto los fieles sienten que su diálogo con el Señor se realiza con palabras que han nacido de su ser o de su entorno y no son impuestas o elaboradas por otros en las fórmulas previstas. Una vez esta dificultad desconoce la historia y el desarrollo de la Liturgia a los largo de los dos mil años de existencia de la Iglesia. En esos dos mil años la Iglesia ha ido acumulando un saber y una piedad extraordinarios fruto de la acción del Espíritu Santo que actúa en los fieles. Afirmar que las oraciones dichas en la Liturgia son ajenas a la comunidad es negar la misma acción del Espíritu que, a lo

largo de los siglos, ha inspirado las oraciones que ahora forman parte del tesoro espiritual de la Iglesia.

Frente a estas dificultades el Concilio es firme para afirmar la supremacía de la Liturgia sobre cualquier otra forma de religiosidad o piedad popular porque en ella se realiza la obra de nuestra Redención. Esto sin embargo no debe ser motivo para desvalorizar el aporte de la religiosidad y piedad popular en el camino de fe de todo cristiano pues le ayuda a impetrarse de la emotividad necesaria para reconocer con sencillez el inmenso amor de Dios a la humanidad.

El Concilio recomienda también para la formación litúrgica de los futuros pastores el que se haga un estudio serio proveniente de otros campos de la ciencia sobre el fenómeno religioso. De esta manera los futuros presbíteros sabrán valorar el aporte de la fe popular al proceso de evangelización, los respetarán y ayudarán para que la religiosidad y piedad popular sean baluartes de la nueva evangelización.

El ciclo del Concilio se cierra con la encíclica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, en ella el papa nos invita a observar tres actitudes básicas frente a la religiosidad y piedad popular. Las tres actitudes son: sensibilidad hacia la piedad popular, percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables, y, ayudarle a superar sus riesgos de desviación (citado en Gómez, 1995, pág. 35).

Con respecto a la primera actitud se recomienda descubrir las abundantes manifestaciones de fe popular que tiene cada pueblo o región. Solo conociendo todas y cada una de esas manifestaciones se podrá valorarlas. Es necesaria esta sensibilidad a la piedad popular para saber que devociones o manifestaciones de fe son de más afecto en el pueblo de Dios y sus motivos.

En cuanto a percibir sus dimensiones interiores la Encíclica recomienda un estudio desde diversos puntos de vista acerca de la religiosidad y piedad popular. Este estudio integraría ciencias como la Fenomenología de la Religión, la

Antropología, la Historia de la Iglesia y de la Cultura, la Teología, etc., ciencias que pueden aportar, cada una en su ámbito, a una mejor comprensión del fenómeno religioso popular.

El tercer paso del que habla Pablo VI se refiere a la valoración, desde la fe cristiana, de la piedad popular sacando en claro sus valores y sus riesgos. Respecto a los valores que se puede encontrar tenemos: experiencia viva del sufrimiento y capacidad para asumirlo, actitud receptiva al mensaje, solidaridad frente al dolor y la muerte de los demás, asimilación de experiencias vividas, amor a las tradiciones de los antepasados, actitud agradecida por los dones recibidos, vivo deseo de cumplir las obligaciones con los difuntos, marcado apego a una advocación o devoción en conexión con lugares o épocas del año y valoración positiva de los sacramentos y de los sacramentales.

En las limitaciones podemos encontrar: poco formación religiosa adecuada, prevalencia de los sentimientos sobre la razón, vivencia de la fe mezclada con deformaciones (supersticiones, utilitarismo, licor), prevalencia de los ritos sobre la adhesión al Evangelio y el compromiso apostólico, prevalencia de un sentido religioso privado o colectivo sobre lo comunitario, peligro de privatización de la fe en beneficio de un grupo o de un sector o de un pueblo y necesidad de promover proyectos y actitudes evangélicos que impulsen una conversión de la persona y de la sociedad.

#### **4.3. LA RELIGIOSIDAD Y PIEDAD POPULAR EN EL DOCUMENTO DE APARECIDA.**

El documento de Aparecida (2007) es el documento insignia de la nueva evangelización para América Latina. En sus páginas los obispos latinoamericanos procuraron plasmar toda la riqueza del pensamiento cristiano latinoamericano con el

objetivo de iluminar la nueva realidad de la Iglesia en el continente de modo que se pueda dar una mejor comprensión de la vivencia de la fe en nuestro continente a partir de la valoración de la religiosidad y a la piedad popular como elementos fundantes y constitutivos de la fe de nuestros pueblos. Entre los aportes de Aparecida nos encontramos con los siguientes:

1. La esencia teológica de la religiosidad popular. En el número 37 Aparecida menciona a la religiosidad popular, especialmente la devoción mariana, en su papel noble y orientador que ha contribuido a hacernos más conscientes de nuestra común condición de hijos de Dios y de nuestra común dignidad ante sus ojos, pese a las diferencias sociales, étnicas o de cualquier tipo. Al igual que en otros lugares del mundo donde la Iglesia ha tenido que pasar por momento de crisis, en nuestro continente la vivencia de la piedad popular ha sido el baluarte de la defensa de la fe cristiana.

2. Los valores que transmite la vivencia de la religiosidad popular. Retomando lo ya afirmado por el documento de Santo Domingo, Aparecida indica los valores que garantizan una auténtica religiosidad popular. Esos valores son: apertura a la acción de Dios por los frutos de la tierra, el carácter sagrado de la vida humana, la valoración de la familia, el sentido de la solidaridad y la corresponsabilidad en el trabajo común, la importancia de lo cultural, la creencia en la vida ultraterrena. Cuando la religiosidad popular alimenta y hacer crecer estos valores en los fieles estamos frente a una adecuada vivencia de la fe popular.

3. La religiosidad popular y la Liturgia. En el literal b del número 99 de Aparecida, al describir la situación de la Iglesia en el continente, se indica que ella ha hecho un gran esfuerzo por superar la dicotomía Liturgia-piedad popular, mediante la formación y la inculturación de la Liturgia, sobre todo en los espacios celebrativos de las culturas indígenas y afroamericanas. Esto ha llevado a un crecimiento de las manifestaciones de la religiosidad popular, especialmente la piedad eucarística y la devoción mariana.

4. La piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo. Esta afirmación es quizá el principal aporte de Aparecida a la comprensión de la religiosidad popular. A este punto el documento le dedica desde el número 258 al 265. En ellos los Obispos procuran sintetizar el papel de la piedad popular como espacio de evangelización.

En el proceso de evangelización que emprende el discípulo misionero éste debe comprender que la piedad popular es un punto de partida imprescindible para conseguir que la fe de nuestros pueblos madure y de frutos. Ese punto de partida hay que evangelizarlo, es decir, dotarlo de un contacto más directo con las Sagradas Escrituras y con el Magisterio de la Iglesia de modo que lleve a los fieles a una vivencia de los sacramentos y de la caridad cristiana.

No se puede negar que uno de los puntos fuertes de la religiosidad popular es su apelación a la emotividad y al sentimiento. Esto no es malo en sí mismo y necesita de una orientación adecuada que permita trasladar esa emotividad a los compromisos prácticos de una vivencia del evangelio. La religiosidad popular “es una manera legítima de vivir la fe, un momento de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros...les ayuda a aferrarse al inmenso amor que Dios les tiene y que les recuerda permanentemente su dignidad” (DA 264).

5. La religiosidad popular es una forma de proclamar la fe. En el ambiente laico que nuestros pueblos viven la religiosidad popular con sus procesiones y actos de fe públicos, ayudan a nuestras sociedades a no perder de vista la dimensión religiosa que, a veces, el Estado quiere hacer olvidar. Con las demostraciones públicas de fe nuestros pueblos confiesan que Dios actúa en la historia y sigue acompañando el camino de sus hijos a través de la historia.

## **SUGERENCIAS PASTORALES Y CONCLUSIONES**

Al concluir este trabajo dentro del marco de las conclusiones quisiera colocar también algunas orientaciones pastorales actuales que nacen del Mensaje final de la XIII Asamblea ordinaria del Sínodo de los obispo y un breve comentario al Plan Pastoral de la Arquidiócesis de Quito 2013-2017, en lo que se refiere a la religiosidad y piedad populares.

### **Orientaciones pastorales actuales**

Del 7 al 28 de octubre de 2012 se realizó en Roma la XIII Asamblea ordinaria del Sínodo de los obispos, con la finalidad de reflexionar sobre “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”. Entre los grandes temas de estudio se encuentran la religiosidad popular y la piedad popular como formas milenarias de expresión de la fe. No se han extinguido sino que han convivido unas veces enfrentadas y otras en armonía con respecto a la Liturgia. Terminado el Sínodo se emitió el documento oficial que se lo llamó “Mensaje del Sínodo sobre la Nueva Evangelización (2012).

En este documento se menciona a la piedad popular cuando se habla de la parroquia:

Sentimos, ahora, el deber de exhortar a nuestras parroquias a unir a la tradicional cura pastoral del Pueblo de Dios las nuevas formas de misión que requiere la nueva evangelización. Éstas, deben alcanzar también a las variadas formas de piedad popular (Mensaje 8)

En relación con las Iglesias de América Latina y el Caribe y la presencia de la religiosidad popular en ellas se dice:

Nos llama la atención en particular como se han desarrollado a través de los siglos en vuestros países formas de piedad popular fuertemente enraizadas en los corazones de tantos de vosotros... ahora frente a los desafíos del presente, sobre todo la pobreza y la violencia, la iglesia en Latinoamérica y en el Caribe es exhortar a vivir en un estado permanente de misión, anunciando el evangelio con esperanza y alegría, formando comunidades de verdaderos discípulos misioneros de Jesucristo, mostrando con vuestro testimonio como el evangelio es fuente de una sociedad justa y fraterna. (Mensaje 13)

En las 57 Propuestas que han sido presentadas al papa como síntesis del trabajo sinodal, también se habla de la piedad popular. En la Propuesta N° 13 trata sobre “La proclamación en los diferentes contextos del mundo”. Se hace referencia a la religiosidad popular indicando su importancia pero también su insuficiencia:

La religiosidad popular es importante, pero no suficiente; se hace necesario hacer algo más para ayudar a reconocer el deber de proclamar al mundo la razón de la esperanza cristiana a aquellos católicos no vinculados suficientemente a la Iglesia, a los que no siguen a Cristo, a las sectas y a aquellos que hacen experiencias con diferentes formas de espiritualidad.

La Propuesta N° 39 está dedicada expresamente a la piedad popular y la nueva evangelización, resaltando sus dimensiones más positivas:

La piedad popular es un verdadero lugar para encontrar a Cristo y para expresar la fe del pueblo cristiano en al Bienaventurada Virgen María y los Santos. La nueva evangelización reconoce el valor de estas experiencias de fe y las anima como caminos para crecer en la virtud cristiana. Las peregrinaciones a los santuarios son un importante aspecto de la nueva evangelización. No solo porque millones de personas siguen haciéndolo, sino porque esta forma de piedad popular en este tiempo es especialmente una oportunidad prometedora para la conversión y el crecimiento de la fe. Es importante, por tanto, que el Plan Pastoral desarrolle adecuadamente la

acogida de los peregrinos y en respuesta al profundo deseo del peregrino, le ofrezca oportunidades de modo que el tiempo de la peregrinación sea vivido como un auténtico momento de gracia.

La piedad popular es definida como lugar, experiencia y camino para encontrar a Cristo, para expresar la fe, para crecer en la virtud. Después se centra en las peregrinaciones a los santuarios como importante aspecto de la nueva evangelización y se afirma que “esta forma de piedad popular en este tiempo es especialmente una oportunidad prometedora para la conversión y el crecimiento de la fe”.

El documento de la Universidad de Salamanca, sobre la religiosidad popular y la nueva evangelización, esboza algunas posibilidades para lograr una relación fructífera entre nueva evangelización y religiosidad popular:

- Redescubrir la presencia del Espíritu en la piedad popular: probablemente bajo mil nombres. Y dejar que el evangelio lleve la piedad popular a la verdad completa, es decir, hacia la centralidad del misterio Pascual, hacia Jesús y su comunidad.
- Entender la piedad popular desde la Palabra de Dios: la vivificación de la piedad popular desde la Palabra de Dios.
- Orientar la piedad popular hacia una experiencia de la alianza con Dios en la cual todo es posible. La piedad y la liturgia se encuentran en evidente relación, deben armonizarse.
- Transformar el movimiento popular en un gran movimiento comunitario: Pasar de la índole individualista, de un cristianismo sin pertenencia, de un cristianismo socio-cultural al cristianismo de la convocación eclesial.

- Introducir en los signos y gestos el estilo humilde de Jesús: No al fetichismo ni a la superstición, ni al fatalismo, ni a la magia.

### **La religiosidad y piedad populares en el Plan Pastoral 2013-2017 de la Arquidiócesis de Quito**

Por todo lo analizado en estos documentos es urgente y necesario que la religiosidad popular sea incluida en serios programas de misión evangelizadora. En el caso de la Arquidiócesis de Quito se ha planteado ya el tema en el Plan Pastoral 2013-2017 como Pastoral de la Religiosidad Popular y Santuarios que está integrada a la Comisión Pastoral de la vida de la gracia y la santificación. El objetivo que se plantea para esta área pastoral es “acompañar, purificar y potenciar, en actitud de discernimiento respetuoso, la religiosidad de nuestro pueblo, expresión privilegiada de la inculturación de la fe y el encuentro con Jesucristo vivo” (Arquidiócesis de Quito, 2013, pág. 142). En el objetivo se destaca el hecho de que la religiosidad popular es una expresión privilegiada del encuentro con Jesucristo vivo, por lo que se debe aprovechar todas las oportunidades para hacer de ella, con respeto y consideración, una expresión vivencial del evangelio.

Para cumplir con este objetivo se plantean algunas líneas pastorales:

a. En la parte organizativa y de coordinación se establece la formación un equipo arquidiocesano formado por los rectores de santuarios existentes en la Arquidiócesis para que valore, revise, proponga y elabore planes de trabajo. Pese a esta iniciativa es necesario recordar y tener presente que la religiosidad popular no se agota en los santuarios sino que vive en las parroquias y comunidades y que en el equipo se debe contar con los párrocos de los lugares en donde se manifieste con mayor expresividad la religiosidad popular. Notamos además que, al igual que en otros documentos de la Iglesia, en el Plan Pastoral se asume el termino religiosidad

popular como sinónimo de piedad popular, lo cual tiene ciertas desventajas en la práctica pastoral, ya que no permitirá valorar por separado la riqueza de estas dos expresiones de fe.

b. En la segunda línea pastoral se plantea el “fomentar el culto a la Santísimo Eucaristía con las Cuarenta Horas, las Jueves Sacerdotales, las procesiones eucarísticas y la experiencia de la Adoración perpetua en las parroquias” (Plan Pastoral 2013-2017, 2013, pág. 143). Se nota en esta línea el valor que tiene la piedad popular, más cercana a la liturgia, que la religiosidad popular de la cual no se menciona ni en esta ni en las posteriores líneas pastorales. Este detalle nos hace perder el inmenso aporte de la religiosidad popular a la vivencia de la fe y también la oportunidad de evangelizarla.

c. La tercera línea pastoral está dedicada a las devociones y se pide cultivarlas a las circunstancias actuales y a las necesidades del entorno humano, guardando la unidad de criterios pastorales.

d. En la cuarta línea se recuerda la importancia de la atención sacramental en los santuarios. Una vez más echamos de menos el mencionar el aporte de la religiosidad popular en la vivencia de los sacramentos y, al mismo tiempo, la necesidad de purificar ciertas formas de religiosidad popular que podrían atentar contra la liturgia sacramental y la vivencia del evangelio.

e. Finalmente, en la última línea pastoral se indica la necesidad de revisar la reglamentación para la erección de santuarios diocesanos. En esta revisión debe ocupar un lugar especial la valoración de las diversas manifestaciones de fe que se originen en los lugares que aspiren a ser elevados a santuarios y la factibilidad pastoral para atender de la mejor manera el futuro santuario.

Quisiéramos elaborar algunas recomendaciones pastorales para lograr la tan anhelada relación entre liturgia y religiosidad popular; y ahora también, entre nueva evangelización y religiosidad popular:

1. Presencia de la Palabra de Dios. Toda forma de religiosidad o piedad popular debe tener una orientación bíblica adecuada y que corresponda al proceso de fe y de conversión que se quiere comenzar con cada acto de piedad que se realiza. Según las recomendaciones del Concilio Vaticano II de la Biblia (DV 25; SC 24) deben tomarse textos para la lectura y para el canto, para la oración común y para la meditación u oración personal; de la Biblia deben tomarse también las figuras, las comparaciones y los símbolos que se utilicen en los actos de piedad. Pero, sobre todo, lo que se ha de tomar de la Escritura son los grandes contenidos del mensaje cristiano: la historia de la salvación, el misterio de Cristo y los principales temas de la revelación.

2. Utilización de fórmulas litúrgicas de plegaria. No se trata de hacer una parodia de la celebración litúrgica en cada celebración de fe popular que se haga sino de ayudar a que los fieles admiren la gran riqueza en himnos, cantos, oraciones y plegarias que tiene la Iglesia y que ha sido recogida por ella a lo largo de los siglos. Seguro muchos de estos elementos litúrgicos fueron primero parte de la piedad popular.

3. Inspiración en las estructuras de las celebraciones litúrgicas. Con la misma observación del numeral anterior, los ejercicios de piedad popular deben procurar seguir un esquema que permita mostrar la unidad de la Iglesia en la diversidad de dones y carismas.

4. Aprobación del Obispo diocesano. Sin llegar a un control intransigente es responsabilidad del Obispo velar por la integridad de la fe y la sanidad de los diferentes actos de fe con el fin de que no creen confusiones en los fieles o peor aún, vayan en contra de lo enseñado por el Magisterio.

5. Ámbitos de la religiosidad popular. Es importante rescatar la vivencia de la piedad popular en familia en una especie de liturgia doméstica, en la que los niños vayan aprendiendo a gozar de la presencia de Dios en los actos de culto. La carta “Familiaris Consortio”, en el número 61, entre otros documentos de la Iglesia, establece la importancia de la familia como Iglesia doméstica al decir que “además de las oraciones de la mañana y de la noche, hay que recomendar explícitamente la lectura y meditación de la Palabra de Dios, la preparación a los sacramentos, la devoción y consagración al Corazón de Jesús, las varias formas de culto a la Virgen Santísima, la bendición de la mesa, las expresiones de religiosidad popular, el rezo del santo Rosario”

Todos estos aspectos son determinantes a la hora de evangelizar los diversos espacios de fe popular que nuestro pueblo tiene. Solo de esa manera se podrá aprovechar la inmensa riqueza de la religiosidad popular y ponerla al servicio del Evangelio para la conversión de los corazones y la transformación de la sociedad.

## **Conclusiones**

Al terminar este trabajo de disertación sobre religiosidad y la piedad popular como expresiones vivenciales del evangelio quisiera destacar lo siguiente:

a. El presente trabajo nos ha servido para ubicar con certeza la distinción de algunos términos que, en el lenguaje pastoral, son utilizados como sinónimos y que es necesario diferenciar. Tal es el caso de religiosidad popular, piedad popular, devoción, etc. La correcta utilización de estos términos permite valorar, de manera asertiva, cada una de las realidades que estos términos presentan.

b. Estudiar el mundo de la religiosidad popular y de la piedad popular permite, de alguna manera, volver a nuestro primer encuentro con Dios. Solo de esa manera se puede mejorar nuestra comunicación con Él para que se vuelva un diálogo de Padre a hijo y no solo una relación distante, temerosa y ajena. La religiosidad popular y la piedad popular recuperan en la relación con Dios, valores como la familiaridad, el diálogo, la ternura que, en algunos casos, por demasiados formalismos pueden haber sido olvidados con el paso de los años.

c. Hablar de religiosidad popular y de piedad popular es contar la vida de un pueblo desde sus más afincadas tradiciones y costumbres. En la práctica pastoral, como recomienda el papa Francisco, es necesario mirar, empaparse de la realidad para luego iluminarla con la Palabra y no querer destruir aquello que forma parte de la identidad propia de un pueblo que bien puede ser aprovechado para transmitir el mensaje del evangelio. La religiosidad popular y la piedad popular son parte de la idiosincrasia de muchos pueblos, son la fuente de identidad de muchas comunidades y, por tanto, es un valor que se debe aprovechar con humildad.

d. La vivencia de la religiosidad popular y de la piedad popular en la práctica pastoral debe ser la oportunidad para transmitir el mensaje del Evangelio. El centro del mensaje del Evangelio es el amor a Dios y al prójimo. Esto debe manifestarse en las diferentes expresiones de fe popular para que sean expresiones de una fe verdadera y no se contaminen con elementos ajenos al Evangelio.

e. Como recomienda el Concilio Vaticano II y el Directorio para la Piedad Popular, en la práctica de la religiosidad popular y piedad popular nunca se debe olvidar la primacía que debe tener la Liturgia como oración universal de la Iglesia y signo de unidad de todos sus hijos. De esta manera se podrá evitar reemplazar, en algunas ocasiones, de manera peyorativa, las celebraciones litúrgicas por los actos de religiosidad y piedad populares.

f. Es urgente incorporar en la malla de estudios de los aspirantes al sacerdocio la materia de religiosidad popular y piedad popular. Esta iniciativa puede ayudar a los futuros pastores a valorar desde el inicio la gran riqueza moral, espiritual y comunitaria que tienen estas expresiones de fe. De este modo, también se podrá evitar cualquier prejuicio o exageración al momento de corregir o purificar las expresiones de fe de nuestros pueblos.

El presente documento ha procurado ser el resultado de una investigación bibliográfica actualizada y completa que ha tenido como eje fundamental las Sagradas Escrituras y los documentos del Magisterio de la Iglesia, en especial los documentos conclusivos del Concilio Vaticano II y el documento de Aparecida. Junto a la investigación bibliográfica ha sido, de un valor inestimable las experiencias vividas en las comunidades en las que hemos trabajado, comunidades en las que se vivencia de manera amplia y plena la religiosidad y la piedad populares.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aciprensa. (2013). *Aciprensa*. Recuperado el 28 de octubre de 2013, de <http://www.aciprensa.com/Rosario/surgio.htm>
- Anders, V. (30 de noviembre de 2001). *Valentín.Dechile.net*. Recuperado el 24 de octubre de 2013, de <http://etimologias.dechile.net/?religio.n>
- Arquidiócesis de Quito. (2013). *Plan Pastoral 2013-2017*. Quito: Imprevel.
- Bergoglio, J. (23 de julio de 2013). Aparecida. (A. Tornielli, Entrevistador)
- Biblia del Peregrino. (1993). Madrid: Ed. Mensajero
- Camarero, D. (6 de julio de 2011). *mercaba.org*. Recuperado el 8 de noviembre de 2013, de [http://mercaba.org/Pastoral/R/religiosidad\\_popular\\_en\\_america.htm](http://mercaba.org/Pastoral/R/religiosidad_popular_en_america.htm)
- Catecismo de la Iglesia Católica. (1992). Quito: Librería Espiritual
- Catholic.net. (s.f.). *Catholic.net*. Obtenido de <http://www.es.catholic.net/aprendeorar/688/2090/articulo.php?id=33650>
- Comby, J. (2007). *Para Iler la Historia de la Iglesia*. Madrid: Verbo Divino.
- Concilio Vaticano II. (2004). *Documentos Completos*. Madrid: BAC
- Congregación de la Doctrina de la Fe. (1984). *Vatican.va*. Obtenido de [http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_19840806\\_theology-liberation\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19840806_theology-liberation_sp.html)
- DA. (2007). *DOCUMENTO FINAL DE LA V ASAMBLEA GENERAL DEL CELAM*. Quito: Ed. Conferencia Episcopal Ecuatoriana.

- Ferrater Mora, J. (1999). *Diccionario de Filosofía* (Vol. II). Barcelona: Ariel.
- Gastaldi, Í. (1995). *El hombre un misterio*. Cuenca: Don Bosco.
- Gómez, Á. (1995). Religiosidad popular. *Dossier sobre religiosidad popular y santuarios*, 28-30.
- HAAG, H. (1987). *Diccionario de la Biblia* (Novena ed.). Madrid: Herder.
- Kail, R. (2008). *Desarrollo Humano*. México: Cengage Learning.
- Levenson, L. (1994). *psicologosenliena*. Recuperado el 24 de octubre de 2013, de <http://psicologosenlinea.net/156-emocion-psicologia-concepto-general-de-la-emocion-en-la-psicologia-6-caterorias-basicas-de-la-emocion.html>
- Moreno, S. (15 de septiembre de 2012). *Memoria Musical del Ecuador*. Recuperado el 30 de octubre de 2013, de <http://soymusicaecuador.blogspot.com/2012/09/salve-salve-gran-senora-carta-mesias.html>
- Moya, L. (1995). *La fiesta religiosa indígena en el Ecuador*. Quito: Abya Yala.
- Navarro, Joaquín (Dir.). (2002). *Religiones del mundo*. Barcelona: Océano.
- Niño, V. (2007). *Fundamentos de Semiótica y Lingüística*. Bogotá: Ecoediciones.
- Peña, D. (2011). *Las Tres horas y Cantos de Difuntos*. Quito: Abya Yala.
- Ramírez, J. (1997). Recuperado el 7 de noviembre de 2013, de [bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cips/caudales05/Caudales/ARTICULOS/ArticulosPDF/0915R070.pdf](http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cips/caudales05/Caudales/ARTICULOS/ArticulosPDF/0915R070.pdf)
- Ramírez, J. (1997). Recuperado el 7 de noviembre de 2013, de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cips/caudales05/Caudales/ARTICULOS/ArticulosPDF/0915R070.pdf>
- Ratzinger, J. (1992). *Escatología*. Barcelona: Herder.

RCC Perú. (2010). *Renovación Carismática Católica del Perú*. Recuperado el 3 de noviembre de 2013, de <http://www.rccperu.org/>

Real Academia Española de la Lengua. (2001). *Diccionario de la RAE*. Madrid: Rotapapel.

Rivero, J. (13 de febrero de 2013). *Devocionario Católico*. Recuperado el 30 de octubre de 2013, de [http://www.devocionario.com/jesucristo/via\\_crucis\\_0.html](http://www.devocionario.com/jesucristo/via_crucis_0.html)

Santillana Ediciones. (2006). *Filosofía II*. Bogotá: Santillana.

Vacas, V. (7 de julio de 2011). *Wordpress*. Recuperado el 10 de noviembre de 2013, de <http://cmorejofoto.wordpress.com/2011/07/07/241/>

Zubirí, X. (7 de octubre de 1998). *Dimensión histórica del ser humano*. Recuperado el 18 de octubre de 2013, de [www.zubiri.org/works/spanishworks/Dimensiónhistórica.htm](http://www.zubiri.org/works/spanishworks/Dimensiónhistórica.htm)

## TRABAJOS CITADOS

- Aciprensa. (2013). *Aciprensa*. Recuperado el 28 de octubre de 2013, de <http://www.aciprensa.com/Rosario/surgio.htm>
- Anders, V. (30 de noviembre de 2001). *Valentín.Dechile.net*. Recuperado el 24 de octubre de 2013, de <http://etimologias.dechile.net/?religio.n>
- Arquidiócesis de Quito. (2013). *Plan Pastoral 2013-2017*. Quito: Imprevel.
- Bergoglio, J. (23 de julio de 2013). Aparecida. (A. Torielli, Entrevistador)
- Camarero, D. (6 de julio de 2011). *mercaba.org*. Recuperado el 8 de noviembre de 2013, de [http://mercaba.org/Pastoral/R/religiosidad\\_popular\\_en\\_america.htm](http://mercaba.org/Pastoral/R/religiosidad_popular_en_america.htm)
- Catholic.net. (s.f.). *Catholic.net*. Obtenido de <http://www.es.catholic.net/aprendeadorar/688/2090/articulo.php?id=33650>
- Comby, J. (2007). *Para Iler la Historia de la Iglesia*. Madrid: Verbo Divino.
- Congregación de la Doctrina de la Fe. (1984). *Vatican.va*. Obtenido de [http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_19840806\\_theology-liberation\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19840806_theology-liberation_sp.html)
- DA. (2007). *DOCUMENTO FINAL DE LA V ASAMBLEA GENERAL DEL CELAM*. Quito: Ed. Conferencia Episcopal Ecuatoriana.
- Ferrater Mora, J. (1999). *Diccionario de Filosofía* (Vol. II). Barcelona: Ariel.
- Gastaldi, Í. (1995). *El hombre un misterio*. Cuenca: Don Bosco.

- Gómez, Á. (1995). Religiosidad popular. *Dossier sobre religiosidad popular y santuarios*, 28-30.
- HAAG, H. (1987). *Diccionario de la Biblia* (Novena ed.). Madrid: Herder.
- Kail, R. (2008). *Desarrollo Humano*. México: Cengage Learning.
- Levenson, L. (1994). *psicologosenliena*. Recuperado el 24 de octubre de 2013, de <http://psicologosenlinea.net/156-emocion-psicologia-concepto-general-de-la-emocion-en-la-psicologia-6-caterorias-basicas-de-la-emocion.html>
- Moreno, S. (15 de septiembre de 2012). *Memoria Musical del Ecuador*. Recuperado el 30 de octubre de 2013, de <http://soymusicaecuador.blogspot.com/2012/09/salve-salve-gran-senora-carta-mesias.html>
- Moya, L. (1995). *La fiesta religiosa indígena en el Ecuador*. Quito: Abya Yala.
- Navarro, Joaquín (Dir.). (2002). *Religiones del mundo*. Barcelona: Océano.
- Niño, V. (2007). *Fundamentos de Semiótica y Lingüística*. Bogotá: Ecoediciones.
- Peña, D. (2011). *Las Tres horas y Cantos de Difuntos*. Quito: Abya Yala.
- Ramírez, J. (1997). Recuperado el 7 de noviembre de 2013, de [bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cips/caudales05/Caudales/ARTICULOS/ArticulosPDF/0915R070.pdf](http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cips/caudales05/Caudales/ARTICULOS/ArticulosPDF/0915R070.pdf)
- Ramírez, J. (1997). Recuperado el 7 de noviembre de 2013, de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cips/caudales05/Caudales/ARTICULOS/ArticulosPDF/0915R070.pdf>
- Ratzinger, J. (1992). *Escatología*. Barcelona: Herder.
- RCC Perú. (2010). *Renovación Carismática Católica del Perú*. Recuperado el 3 de noviembre de 2013, de <http://www.rccperu.org/>

Real Academia Española de la Lengua. (2001). *Diccionario de la RAE*. Madrid: Rotapapel.

Rivero, J. (13 de febrero de 2013). *Devocionario Católico*. Recuperado el 30 de octubre de 2013, de [http://www.devocionario.com/jesucristo/via\\_crucis\\_0.html](http://www.devocionario.com/jesucristo/via_crucis_0.html)

Santillana Ediciones. (2006). *Filosofía II*. Bogotá: Santillana.

Vacas, V. (7 de julio de 2011). *Wordpress*. Recuperado el 10 de noviembre de 2013, de <http://cmorejofoto.wordpress.com/2011/07/07/241/>

Zubirí, X. (7 de octubre de 1998). *Dimensión histórica del ser humano*. Recuperado el 18 de octubre de 2013, de [www.zubiri.org/works/spanishworks/Dimensiónhistórica.htm](http://www.zubiri.org/works/spanishworks/Dimensiónhistórica.htm)